



Sandra Bree

Porque
Tú eres mi
crush

Selecta



Porque tú eres mi Crush

Sandra Bree

Selecta

Prólogo

En ese momento, a Cristina lo único que le importaba era la mano firme que le guiaba hacia la salida del pub. El calor que desprendía sobre la suya, la presión que ejercía y que hacía que se olvidara de todo lo que la rodeaba, era algo tan inesperado que sentía que debía asegurarse de no estar soñando.

Sonrió, agradecida de que la noche se le estuviera dando tan bien. Había pensado irse a casa, ver algo en la televisión y marcharse a dormir pero, en menos de un minuto, ya tenía nuevos planes. Y mejores.

No era la primera vez que salía con un hombre. Pero él no era como el resto de los mortales. Él era Mario, conocido también por ser un picaflor, un calavera y un mujeriego. Sin embargo, ella, aunque asumía sus fatídicas cualidades, prefería pensar en él como en el hombre del que llevaba enamorada toda su vida. Su *crush*.

Cristina lo conocía bien. Era el primo de Paula, su mejor amiga desde que iban juntas a primaria. Le sacaba diez años. Ella iba a cumplir los veinte y él los treinta. Pero nada de eso importaba desde el momento en el que él había comenzado a seducirla. Todo lo esencial desapareció de su mente, y los gritos de advertencia que hacía tan solo unos segundos inundaban su cabeza con fastidio, diciéndole que saliera corriendo de aquel lugar sin mirar atrás, desaparecieron de repente.

Si Paula, esa noche, no se hubiera marchado dejándola colgada para irse con uno de sus ligues, ella jamás habría tenido la oportunidad de estar con Mario.

Lo miró por el rabillo del ojo. Era tan guapo como un actor de cine.

Tenía claro que se quería acostar con él sin importar el día de después. Ya sufría lo increíble al verlo a diario pasear con unas y otras de la mano, y seguiría sufriendo igual al día siguiente. Pero, al menos, le iba a quedar el consuelo de saber que lo había besado, lo había tocado y había sentido su amor por un efímero instante.

Todas las mujeres lo superaban, ¿por qué ella iba a ser diferente?

Comprendía que él no tenía la culpa de ser tan guapo. Además, no engañaba a nadie con sus artes de seducción ni ocultaba como era en realidad.

Cristina tenía la esperanza, en un pequeño rincón de su mente, de que ella podría ser la mujer que de verdad lograra conquistarle. Aunque imaginaba que el resto de las féminas que habían pasado por su vida, y por su cama, albergaban la misma idea que ella en esos momentos. Era inevitable hacerse ilusiones. Por otro lado, no tenía que envidiar a la belleza de nadie. Desde pequeña había sido una niña hermosa, y su atractivo había aumentado con los años. Era alta, con piernas largas y torneadas, cintura estrecha y pechos turgentes. Una melena rubio ceniza caía por sus hombros y espalda en suaves ondas. Sus ojos, claros y grandes, estaban rodeados de tupidas pestañas, y su boca era de labios generosos, más el inferior que el superior.

Nunca había pasado inadvertida entre sus compañeros de la escuela. Los hombres sentían la necesidad de protegerla y pululaban en torno a ella como las moscas a la miel. E incluso en secundaria tuvo dos profesores que la agasajaron y la halagaron sin descanso. Uno de ellos, Juan Antonio, encargado de la asignatura de Educación Física, consiguió salir con ella fuera del instituto en varias ocasiones.

Pero el corazón de Cristina tenía dueño. Era un secreto que solo ella conocía, pues Paula habría puesto el grito en el cielo si lo hubiera sabido. Y la madre de Paula. Y el padre. Y lo que era peor, el propio padre de ella, Héctor. Sin embargo, Mario era el único que hacía que se le secara la boca, que el corazón latiese salvaje y, sobre todo, el único que conseguía que sus bragas se mojaran con solo mirarla.

Sintió que la mano que sostenía la suya presionaba con más fuerza. Alzó sus ojos y se encontró con los verdes de él, que la observaban con una sonrisa de infarto en su boca de labios sensuales.

—¿De verdad quieres que nos vayamos? Estás a tiempo de pararme los pies y decir que no quieres venir conmigo.

Ella tragó saliva, nerviosa. No debía ir, mas lo deseaba con toda el alma. Era consciente de que una vez emprendiese aquel viaje, no tendría retorno. Pero estaba tan excitada..., tenía tantas ganas de estar con él a solas...

—¿Cristina?

Asintió con la cabeza simulando una seguridad en sí misma que, en realidad, no sentía.

¿Por qué confiaba en él si sabía de primera mano cómo era? Muchas veces, sentada en el salón de la casa de Paula, le había visto llegar hablando de sus ligues. O incluso, en familia —se consideraba una más de ellos desde que tenía diez años— solían dialogar de si habían visto a Mario con tal o con cual.

Según la madre de Paula, todas las mujeres que iban con él eran tontas por creer que podían conseguirlo. Y allí estaba ella ahora, dejándose llevar para satisfacer el calentón que los dos llevaban encima.

«Va a ser solo sexo», se repitió.

—Estoy segura de querer ir contigo —respondió mirando hacia la puerta roja del pub.

Deseaba preguntar si él también lo estaba, pero se negaba a estropear aquel momento. Temía

que despertara del trance propio en el que había caído y terminara dándose cuenta de que, a quien pretendía llevar a su cama, era a la amiga de su prima. A quién él llamaba canija.

Mario tiró un poco de ella y la acercó a su cuerpo. Soltó su mano y rodeó la estrecha cintura con el brazo. Sus costados quedaron pegados. Cristina sintió cómo un calor abrasador inundaba ciertas partes de su anatomía, en especial la que iba desde encima de los muslos hasta justo debajo del cuello. La chaqueta cruzada que llevaba sobre la blusa disimuló las proporciones que habían adquirido sus ahora sensibles pezones.

Salieron a la calle apenas sin hablar y se dirigieron al coche que había estacionado al final de la calle. Era primeros de junio y en Madrid comenzaba a hacer calor.

Él abrió la puerta, caballeroso, y Cristina se acomodó en el interior. Todo olía a él.

Mientras Mario rodeaba el coche, ella aspiró con fuerza al tiempo que lo perseguía con la vista. Se pellizcó con suavidad el dorso de la mano. Debía asegurarse de que aquello era verdad y no estaba en uno de sus sueños en los que siempre acababa despertándose antes de tiempo.

Él entró estirando sus largas piernas por debajo del volante. La miró sobre el hombro con una sonrisa enloquecedora. De un solo movimiento agitó la cabeza de arriba abajo.

—¿Bien?

Cristina sonrió feliz. Sin pensarlo, alargó los brazos hasta rodearle el cuello y lo besó con entusiasmo. Él devolvió el beso acariciando con sus manos la delgada espalda para dejar las palmas sobre las caderas. Murmuró contra los labios de ella:

—Será mejor que esperemos a llegar a casa.

Ella se apartó, jadeante, y asintió.

—Tienes razón, adelante.

Mario arrancó el coche y lo movió para meterse de lleno en la carretera. Ella estiró el brazo hacia él de nuevo y enredó los dedos entre sus gruesos mechones castaños. No quería dejar de tocarlo ni un solo instante. Su cabello era espeso y suave.

—Y ahora que has terminado con los estudios, ¿has pensado qué vas a hacer? —preguntó él para entablar conversación. Su voz era cálida como la caricia del terciopelo.

—Todavía no lo tengo claro pero, antes de pensar en ello en firme, debo ir a ver a mi madre.

—Ella no es de Madrid, ¿no? ¿Dónde dijiste que vive? ¿Montana?

Sacudió la cabeza divertida. Era una sorpresa que él prestara atención a las conversaciones familiares en las que ella participaba.

—En Phoenix, en el estado de Arizona.

—Sí, eso. No me quedo bien con los nombres. ¿Te gusta Arizona?

—Sí, no está mal.

—¿Por qué no te fuiste a vivir con tu madre cuando se divorció?

—Su marido no me... entusiasmo demasiado.

Él giró la cabeza unas décimas de segundo para observarla.

—¿Te ha hecho algo? —inquirió, serio.

El pecho de ella se expandió al sentir su preocupación.

—¡No! —Soltó una carcajada suave—. Es un hombre agradable, casero... —Aunque Mario había vuelto a poner los ojos en la carretera, fruncía el ceño, suspicaz—. ¡Estoy hablando en serio! Charly es un buen hombre. Siempre es muy atento y me trata bien. Sin embargo, yo siento que... traiciono a mi padre si él... me llega a agradar.

Charly solo se preocupaba de que su madre fuera feliz. Vivían en una casa bastante grande, con jardín, gimnasio, piscina y otros lujos que podían permitirse. En su comunidad eran muy respetados y queridos. Y cada vez que ella los visitaba, la hacían sentir muy bien.

—¿Tu padre qué dice de él?

—Lo odia. Piensa que es un pusilánime. Podemos pasarnos horas enteras enumerando sus defectos. Pero, en realidad, no los tiene.

Mario sonrió, comprensivo.

—Y eso hace que tu padre se sienta mejor.

—Así es. —Hacía un rato que Cristina había dejado de tocar su cabello, aunque sus ojos continuaban clavados en su duro perfil—. Mi padre lo pasó fatal cuando sucedió lo del divorcio. Ahora ya está más tranquilo. De hecho, ha empezado a salir con alguien.

Siguieron charlando un poco más hasta que él aparcó el coche junto a una acera y lo detuvo.

—¿Qué pasa? —preguntó Cristina con el corazón encogido.

Mario tiró del freno de mano, apagó las luces y sacó la llave del arranque. Ofreció una sonrisa que derrochaba promesas.

—Vivo aquí.

—¿Aquí? —preguntó con sorpresa.

Él asintió y salió del coche. Ella también lo hizo y, una vez en la calle, paseó la mirada por la zona con atención. Sabía que tenía un apartamento, pero como casi siempre estaba en casa de sus tíos... Claro, ¡qué boba! No podía llevarla allí. Los padres de Paula los matarían a ambos.

Mario se acercó a ella y cogió su mano, instándola a caminar hacia uno de los portales. El barrio estaba bien. Era una zona nueva, llena de farolas, y tenía más edificios en construcción. Un par de altas grúas, con garras de hierro, se recortaban en la oscuridad un poco más adelante.

Cristina respiró con fuerza y otra vez disimuló una sonrisa. Por un momento, había llegado a pensar que él estaba arrepentido. Sin embargo, una vez que entraron en el ascensor y Mario la apretó entre sus brazos para besarla los labios, olvidó quién era él, y quién era ella. No pudo evitar sentir esta vez que el calor crecía entre sus muslos.

Su sueño se iba hacer realidad.

Capítulo 1

El secreto

Mario se levantó de la cama arrastrando los pies. No había podido dormir mucho y, aunque no se arrepentía de ello, tenía que enfrentarse a la realidad.

Abrió el grifo del agua fría y se lavó con ella. Alzó la cara y encontró sus ojos en el espejo. Gotas de agua pendían de la barbilla y la nariz. ¿Qué demonios había hecho? Cristina era un miembro más de su familia. ¡Por Dios! ¡Era la amiga de su prima!

Inspiró hondo. Agarró la toalla y se secó la cara.

No podía decir que no sabía lo que hacía cuando devoró sus labios con ansia, cuando bebió de su piel. Cuando hizo que la joven clavara las uñas en las sábanas mientras él se hundía en su cuerpo con los dedos incrustados en la estrecha cintura. ¡Por supuesto que sabía quién era ella! La había visto crecer, fascinado por cómo su cuerpo había ido cambiando y madurando a lo largo de esos años. Cautivado por el azul de sus ojos. Maravillado con toda ella, desde los pies hasta el último pelo de la cabeza. Pero ¿qué iba a pasar ahora?

Tragó con dificultad. Su tío Raúl y su tía lo matarían si se enteraban.

—No se lo voy a decir a nadie —escuchó que decía ella desde detrás.

Se volvió a mirarla. No había escuchado sus pasos. Cristina llevaba el cabello revuelto sobre los hombros y unos cuantos mechones claros acariciaban la frente lisa. Tenía los ojos ligeramente hinchados por el sueño. Pero más tenía los labios, que brillaban rosas. Alargó la mano hacia su cara y plantó su palma en la mejilla. Ella era suave y cálida, y todavía desprendía el aroma del perfume que llevaba la noche anterior. Se inclinó sobre ella y atrapó sus labios con suavidad. Jamás había besado unos labios tan dulces. Una boca que lo llevaba al paraíso, o al mismo infierno. Necesitaba aprovechar los últimos minutos con ella.

¿Y después? ¿Iba a ser capaz de volver a verla y de actuar como si nada entre ellos hubiera pasado?

Afianzó el beso. Quería beber hasta el último aliento de aquellos labios tiernos y blandos que se amoldaban a su boca como si hubieran nacido para estar allí. Y cuanto más acariciaba la

lengua con la suya, más deseaba que aquel tormento no se acabara nunca.

La empujó contra la pared del pasillo y utilizó la pierna para obligarla a abrir las suyas. Luchó por no perder el control de su cuerpo, aunque era consciente de que esa noche había descubierto que intentar hacer el amor con ella de un modo calmado era algo muy difícil. Cristina era muy sexy y, con solo clavar sus ojos azules en él, lograba desarmarlo por completo.

Las manos de Mario comenzaron a deslizarse por el cuerpo femenino por debajo de la camiseta hasta alcanzar los pechos. Sus caricias arrancaron gemidos de placer al detenerse en ellos y jugar con sus duros botones. Los senos eran redondeados, perfectos para el hueco de sus manos.

Ella alargó los brazos para rodearlo, pero Mario sabía que, si lo hacía, estaría perdido. Echó la cabeza un poco para atrás, impidiéndolo, y respiró despacio, tranquilizándose. Tras unos segundos, empujó la espalda de la mujer contra su cuerpo hasta que sus torsos quedaron tan unidos que ni siquiera el aire podía pasar entre ellos.

La joven estaba desnuda bajo la camiseta. Sin embargo, la prenda no le duró mucho tiempo puesta. Mario necesitaba verla mientras, en su fuero interno, detenía todos los relojes del mundo y lanzaba una plegaria silenciosa pidiendo que ese momento no acabara nunca.

Arrojó la camiseta al suelo y volvió a arroparla entre sus brazos, suspirando al contacto con los pechos turgentes que se aplastaban contra su torso. Ella, por fin, consiguió rodear su cuello con sus delgados brazos y le ofreció la boca de nuevo, devolviéndole el beso con la misma fuerza y pasión con la que él se lo daba. Se olvidaron de respirar. O respiraban el uno del otro.

Mario la alzó e hizo que sus largas piernas se anclaran en sus caderas. La tomó allí mismo, en el hueco de la puerta del baño. Una de sus manos aferrada a un puñado de cabellos rubios, sosteniendo la cabeza femenina. La otra estaba colocada en la estrecha cintura y hundía los dedos en ella con cada embiste que daba.

A cada movimiento sentía los pechos saltar entre sus cuerpos, acariciando su torso. Ella se aferraba a sus hombros con la cabeza inclinada hacia atrás, y con los ojos cerrados gemía y suspiraba llevada totalmente por la pasión. Era preciosa. Su cuerpo era precioso.

—Abre los ojos, canija —suplicó él—. Mírame, por favor.

Le obedeció en seguida. Le impactaba ver el azul de sus ojos. Eran limpios, cristalinos, puros.

No había estado con tantas mujeres como creía su familia. Y no con todas se había acostado. Aquellas que satisfacían sus ansias y sus caprichos solo buscaban, al igual que él, sexo y pasar un buen rato. Justo desde hacía seis años, las relaciones que tenía con ellas eran polvos sin más. Todo para poder sacar de su cabeza a quien lo mantenía preso de sus emociones más fuertes. Para sobrevivir a la tortura de ver a Cristina sentada en el sillón, viendo la televisión junto a Paula, o haciendo deberes en la mesa del comedor. La había visto en el patio vistiendo un top diminuto que cubría sus pechos, dos globos turgentes que se habían ido formando ante sus ojos. La había contemplado en bikini jugar a mojarse con una manguera junto a sus primos más pequeños. Había escuchado sus risas. E incluso había adorado oírla cantar, aunque lo hiciera de

una forma horrible y estridente.

—Canija —la llamó. De repente, guardó silencio al darse cuenta de que estaba a punto de declararse y expresar todo el amor que sentía por ella. No se arriesgó a que se riera de él.

—¿Sí? —El monosílabo quedó apagado por un nuevo gemido. Ella se mordía el labio inferior, machacándolo, concentrada.

«¿Te acordarás de esto siempre?».

No se lo preguntó. No tenía sentido hacer el ridículo ante ella.

—Dime que te gusta así.

—Sí, así me gusta mucho —respondió con voz entrecortada.

El corazón de Mario alcanzó una velocidad frenética al sentir que ella estaba próxima a llegar al orgasmo. Penetró su cuerpo con más fuerza, rozando con su miembro todas sus terminaciones nerviosas. Ella apretó más las piernas alrededor de su cintura y le clavó las uñas en los hombros. Mario se apropió de sus labios evitando tener que decir algo de lo que más tarde se podía arrepentir. Exploró y saqueó su boca sin compasión hasta beberse el grito de la joven y los suspiros que le siguieron. Entonces él cerró los ojos y se dejó llevar con un último empujón.

Cristina quedó laxa entre sus brazos y él la mantuvo apretada contra su torso, con el corazón golpeando potente. Se negaba a abandonar su cuerpo para siempre. Le gustaba la sensación de estar dentro de ella.

La joven le había dicho la noche anterior que tomaba la píldora. En otras circunstancias, se habría puesto de igual modo un preservativo. Pero no quiso hacerlo con ella. No soportaba que un simple y delgado látex le prohibieran sentir el fuego que desprendía. Necesitaba guardar, durante toda su vida, aquel recuerdo.

—Se hace tarde —murmuró ella moviéndose para que saliera de su cuerpo.

Mario no tuvo excusa para no hacerlo. Con cuidado, la sostuvo hasta que afianzó las piernas sobre el suelo y la sintió estable.

Cristina buscó su camiseta mientras se cubría los senos con las manos. Sus mejillas lucían sonrosadas y parecía avergonzada por lo que acababa de pasar.

—Creo que ya he visto todo lo que quieres ocultar —dijo él, divertido, subiéndose los holgados pantalones del pijama que había bajado para liberar su miembro antes de poseerla.

—Llevas razón —contestó ella, pasando la lengua sobre el labio inferior de un modo muy sensual. Con una gracia sublime, felina, cual diosa griega, caminó hacia donde estaba la prenda. Con movimientos seductores y provocativos se inclinó a por ella y la pasó por su cabeza. La camiseta cayó despacio sobre sus muslos. Sus ojos claros le miraban, incitándole, llamándole en silencio.

Mario la observaba con atención, luchando contra sí mismo para no abalanzarse de nuevo sobre ella y mandar al infierno todo.

Se escuchó un perro ladrar desde algún lugar de la calle y Cristina se movió hacia una ventana.

—¿Hay por aquí cerca alguna parada de autobús que me lleve a casa?

Él espabiló y sacudió la cabeza.

—Yo te llevo.

—No te molestes por mí, Mario.

—Prefiero llevarte yo —insistió—. No quiero que te pase nada en el trayecto de vuelta. Además, todavía es muy temprano, acaba de salir el sol, y el autobús va a tardar en llegar y el metro queda bastante lejos.

Ella se encogió de hombros con una sonrisa agradecida.

—Vale. Voy a vestirme. No quiero llegar más tarde y que mi padre se preocupe. Estaba avisado de que tal vez no iba a ir a dormir, pero siempre aparezco para el desayuno.

Mario se tensó cuando preguntó:

—¿Sales bastante a menudo a dormir fuera?

Ella negó con la cabeza.

—A veces me quedo con Pauli, aunque siempre procuro ir a casa por muy tarde que se haga.

Mario sintió que su cuerpo se relajaba de repente. Sabía que no era el primer hombre con el que había estado. Eso le había decepcionado un poco, pues había tenido esperanzas de serlo. Ni ella, ni su prima, hablaban de eso en casa, lo cual era comprensible conociendo a su tío. ¿A qué padre le entusiasma que su hija hablara de novios delante de él?

Cristina desapareció en la habitación y Mario escuchó como trasteaba por allí. No se quiso acercar para poder mantener a raya sus locos impulsos de retenerla en su dormitorio hasta que el infinito se disolviera.

Observó el salón. Como decía su tía Eva, la casa era minimalista. Él tenía que admitir que no hacía vida allí, solo acudía para dormir y ducharse. No necesitaba muchas cosas más.

La mesa de café, el sofá —cómodo y amplio—, el televisor y un mural sencillo, sin atavíos, era lo único que lo adornaba. La cocina y el baño estaban equipados con lo básico.

Cristina volvió a aparecer vistiendo la camiseta y llevando la ropa del día anterior en las manos.

—Me voy a dar una ducha rápida. ¿Te importa?

—No, claro. Voy a por una toalla, la que hay ahora está húmeda.

Mientras ella pasaba al baño, Mario fue al mueble de su dormitorio y sacó una de color negro, mullida, con olor a suavizante.

La puerta del baño estaba entreabierta y el agua de la ducha caía con fuerza. El vaho comenzaba a inundarlo todo, empañando el espejo circular que colgaba de la pared. Él entró:

—Te la dejo al lado del lavabo —dijo alzando la voz para que le escuchara—. ¿Quieres desayunar algo, canija?

La voz de ella llegó apagada por el ruido del agua.

—No, gracias. Mi padre ya estará en el garaje entretenido con la moto, y seguro que espera que le lleve churros con chocolate. Hay una cafetería a la vuelta de mi casa.

Mario escudriñó su cuerpo a través del cristal esmerilado de la mampara. Se distinguía la

silueta y el color rosado de la piel, la forma de sus pechos y la melena que se adhería a su espalda.

No entendía qué le sucedía con ella. Cuanto más la veía, cuanto más cerca la tenía, más la deseaba. Era como oxígeno para sus pulmones.

Salió del baño con desgana y fue al dormitorio. Se vistió unos vaqueros azules desgastados y una camiseta blanca. Sus ojos se posaron sobre la cama revuelta, rememorando cada momento de la noche. Todas las palabras y los susurros entremezclados con suspiros y gemidos que la habían inundado.

¿Volverían a ver esas sábanas a Cristina? ¿Volvería él a poseerla de nuevo?

Mas tarde, de camino de la cafetería, Mario preguntó:

—¿Tiene tu padre moto?

—Es un forfo de ellas. Las quiere con locura. Mi madre las odia y le hizo prometer que nunca me dejaría llevar una hasta que fuera mayor de edad.

—Supongo que cumplió su promesa.

—No me he interesado mucho como para montar sola.

—Pero recuerdo que dijiste que tu padre era camionero, ¿no?

—Sí, conduce un tráiler.

—¿Y no pasa ninguna noche fuera?

—Dos o tres por semana. A veces más.

—¿Quién se quedaba contigo cuando él se marchaba?

—¿Te refieres a antes de alcanzar la mayoría de edad? —Mario asintió. Quería saberlo todo de ella—. Con diez años ya me dejaban sola, pero estaba la vecina, Pilar, que me echaba un ojo de vez en cuando. Si necesitaba cualquier cosa, solo tenía que llamarla. —Se encogió de hombros y le regaló una sonrisa deslumbrante—. No hizo falta nunca que la avisara.

—Llevarías a casa a todo el que te diera la gana —comentó, como de pasada.

—No. Solo Pauli venía algunas veces. ¡Mi padre me hubiera degollado igual que a un pollo!

Mario se sintió feliz al escuchar eso aunque, en el fondo del alma, sabía que no tenía derecho de sentirse así.

—¿Te apetece conocer a mi padre y desayunar con nosotros? —preguntó ella de repente.

Al principio le pilló por sorpresa, pero no tuvo ni que pensarlo.

—Me gustaría mucho.

Compraron churros y chocolate, y fueron directos a casa de Cristina. Mario pasaba muchas veces por esa calle sin saber que ella estaba tan cerca. Eran casas de dos plantas con un jardín pequeño y garaje cerrado. Sin embargo, el padre de la joven tenía el portón abierto de par en par y, como había dicho ella, trabajaba en una moto.

—Hola, Héctor. —El hombre levantó la mirada al escuchar el saludo de su hija con voz alegre. Ambos tenían el mismo color azul de ojos—. He traído churros.

—Churros y algo más —dijo dejando una pieza de metal que tenía en las manos, sobre un banco de trabajo. Agarró un trapo y comenzó a limpiarse las palmas.

—Él es Mario, el primo mayor de Pauli. Ha salido temprano y no le importaba venir a traerme.

—¡Ah, el primo de Pauli! —Se estrecharon las manos. Héctor llevaba un mono verde bastante viejo, lleno de manchas de aceite de motor. Era un hombre alto y desgarbado, con una barba delgada, larga y gris que peinaba en forma de trenza—. Espero que Cris no os dé mucho la tabarra cuando está en vuestra casa. Ella dice que no, pero claro...

—Se porta muy bien. Mis primos pequeños dan más guerra ¿verdad, Cristina?

—Están para comérselos. Son unos bichos —respondió ella caminando hacia un mueble bajo en donde dejó su bolso. Sacó un paquete de vasos de plástico. Sirvió el chocolate en tres y guardó el resto. Después entregó uno a cada uno y cogió un churro.

—¿Conduces motos, Mario? —inquirió Héctor.

Los tres comenzaron a desayunar de pie en medio del garaje, como si lo hubieran hecho así toda la vida.

En una de las paredes había una estantería que iba desde el suelo hasta el techo y se encontraba llena de cachivaches. Mario pudo ver bujías, ruedas, baterías de coche, herramientas, líquido de frenos...

—Prefiero repararlas —respondió.

—¿No me digas? —Héctor lo miró, animado y sorprendido—. ¿Entiendes de mecánica?

Mario sintió.

—Me dedico a ello. Tengo un taller para vehículos.

—Entonces, tal vez puedas ayudar a Cris. Verás, ella entiende bastante de mecánica y se ha sacado un grado, pero quiere seguir aprendiendo todo lo relacionado con ello.

Mario observó a Cristina con estupor y ella se sonrojó.

—Por supuesto que puedo. Desconocía que estudiabas esto. ¿No sabías tú que el padre de Paula y yo tenemos un taller?

Ella asintió con la cabeza.

—La especialidad de Cris son los camiones. Con solo escucharlos, ya sabe lo que les sucede.

—¡Héctor! —se quejó ella, abochornada.

—Es la verdad, además de que es capaz de moverte el tráiler y aparcarlo en cualquier lugar, por difícil que sea.

La sorpresa de Mario fue mayúscula. ¿Ella, manejando un monstruo de esas dimensiones?

Capítulo 2

La verdad sale a la luz

Los ojos azules no apartaron la vista del coche de Mario hasta que no dobló la esquina. Con una sonrisa, recogió los vasos de plástico y los tiró al cubo de la basura situado junto al portón.

—Cris, ese hombre te gusta.

Se volvió hacia su padre con el ceño fruncido. Lo llamaba por su nombre porque él así lo quería.

—¿Quién? ¿El primo de Pauli?

—A ese mismo me refiero. No he visto a ningún otro hombre por aquí, a parte de mí.

Ella cruzó los brazos sobre el pecho intentando que no se notara que acababa de ponerla nerviosa.

—Pues no, y tampoco sé por qué lo preguntas.

—No lo he preguntado. Creo conocerte más que de sobra —dijo él sin apartar la vista de sus ojos, como si pudiera leer en su interior.

—Te confundes, Héctor. No sé por qué piensas eso. Conozco a Mario desde hace muchos años y, para mí, solo es el primo de Pauli. —Descruzó los brazos. Las palmas de las manos estaban sudadas—. Voy a cambiarme de ropa y a descalzarme. —Se marchó antes de darle la oportunidad de decir algo más.

Entró en casa y subió los peldaños de la escalera a la carrera, nerviosa. Si lo primero que había hecho había sido presentar a Mario recalando que era el primo de su amiga fue, más que nada, para que Héctor no sospechase nada. Tenía que hacer que su padre se olvidará de él. ¿Qué tal si se le ocurría decir a Paula, cuando esta fuera a su casa, que conocía a su primo? Su amiga se haría un montón de preguntas.

En su dormitorio, cerró la puerta. Cada fibra de su ser estaba por completo embargada de emoción.

Lo que más deseaba en el mundo era contarle a Paula todo con pelos y señales, mas no podía hacer eso. Era del todo imposible.

Se dejó caer sobre la cama y hundió la cara en la almohada. Seguía sin poder creer que había

pasado una noche maravillosa. Una noche de sexo maravillosa, se corrigió. Apartando los sentimientos que tenía hacia él y amarlos del modo en el que lo hacía; Mario era un amante experto que sabía exactamente qué hacer o qué decir para excitar a una mujer. Y a ella la había vuelto completamente loca.

Toda su piel se erizó al recordar cada palabra, cada caricia suya. Los dedos, largos y elegantes hundiéndose en su carne, sus labios recorriendo cada porción de piel, su lengua saboreando hasta más allá de su infinito. Había perdido la cuenta de todos los orgasmos que había alcanzado esa noche. ¿O quizá es que era multiorgásmica y nunca se había dado cuenta?

El viento arrastró el ruido del motor de la moto de Héctor y se dio la vuelta sobre el colchón, clavando los celestes ojos en el techo.

Mordió su labio inferior, dando vueltas en su cabeza a todo lo ocurrido.

—¡Pauli!

Corrió a coger su teléfono móvil. No tenía batería y lo enchufó al cargador. Con impaciencia, esperó a que se encendiera mientras su mirada paseaba a través de la ventana. El sol ya lucía sobre un cielo azul raso y no se veía ni una sola nube. Ese día iba a hacer mucho calor.

Había varias llamadas perdidas de Paula y algún mensaje de WhatsApp. Comenzó a marcar su número, pero una llamada entrante la interrumpió. Era ella. Descolgó de prisa y la voz de su amiga cortó su saludo con un medio grito.

—¡Ya era hora de que cogieras el maldito teléfono! ¡Te he llamado mil veces! ¡Mierdas! ¡Estaba muy preocupada por ti, Cris!

—¡No hace falta que me chilles! —respondió observándose en el espejo de encima de la cómoda. Tenía los labios más rojos de lo normal y sus ojos chispeaban alegres—. Estoy bien, te lo prometo. Me quedé sin batería, eso es todo.

—¿Eso es todo?

—Oye, ¡que fuiste tú quién me dejó tirada! —se quejó.

Paula guardó silencio unos segundos y después se disculpó:

—Lo sé y lo lamento. No sabes cuánto me arrepiento de haberlo hecho.

—¿Por qué? ¿No se te dio la noche tan bien como esperabas?

—No estuvo mal —respondió con tono aburrido.

Cristina dejó escapar una risita.

—Admítelo, ha sido un muermo.

Paula soltó una carcajada.

—Ya te digo. Ese tipo era más parado que un avión de mármol.

Cristina rio y se recostó contra la almohada.

—¿Vas a volver a quedar con él?

—No lo creo. ¿Y tú que hiciste?

Se moría por contarle la verdad, pero no podía.

—Me encontré con unos amigos y me quedé con ellos, bailando.

—¿Te diste cuenta de que mi primo Mario estaba en la discoteca?

Un fuerte escalofrío recorrió su columna vertebral.

—No —mintió.

—Le dije que te vigilara, pero seguro que pasó de mí.

Cristina apretó los labios con fuerza. ¡Claro que la había vigilado! ¡Y de muy cerca, además!

—¿Ya estás en casa, Paula?

—Sí, llegué hace un montón. Me da una pena haberte dejado así... La semana pasada no pudimos ir a celebrar que habíamos terminado los estudios por culpa de tu gastroenteritis, y ayer, me marchó. Qué mala amiga soy.

—No seas boba. —«Es una de las mejores cosas que has hecho»—. Y del estómago ya estoy bien. Era un virus.

—Bueno, cuenta, Cris. ¿Hubo sexo anoche?

«Salvaje».

Ahogó un suspiró.

—Nada. Iba dispuesta a lo que surgiera, pero no surgió nada.

—Para una vez que ibas a ser chica fácil... —rio Paula.

—Ni así me quieren —bromeó recordando todas las posturas que había practicado en la cama de Mario. Estaba segura de que ni el Kamasutra tenía tantas.

—No digas tonterías. Había unos cuantos que no dejaban de mirarte. ¡Hasta mi primo creo que lo hizo!

Cristina se ruborizó. Por suerte no podía verla.

—No me fijé en nada —mintió de nuevo—. ¿Te apetece que vayamos esta tarde al cine y me hablas de tu chasco de anoche? —Prefería llevar la conversación en otra dirección.

—Iba a decirte que vinieras a casa, pero escojo el cine. Paso a buscarte después de comer.

—Déjame dormir un poco de siesta, anoche no pegué ojo, casi.

—¿Hasta tan tarde te quedaste bailando?

Cristina se odió por tener que mentirle.

—Sí, muy tarde. Lo pasamos muy bien.

Tras unas cuantas palabras más, colgaron. Ahora tenía un problema. Paula conocía a todos sus amigos y, con toda seguridad, iba a preguntarle con quiénes había estado con exactitud. No quedaba más remedio que decir que había conocido a gente nueva.

Cristina tenía mucho en que pensar.

Antes de empezar a trabajar o iniciar prácticas, quería visitar a su madre en Phoenix.

No pretendía que fuera una estancia muy larga, aunque era consciente de que lo que ella tenía en mente y lo que ocurriría en realidad eran cosas muy diferentes. Su madre recriminaría que

estuviera tan poco tiempo de visita y Cristina, como siempre, acabaría cediendo al sentirse culpable. Una semana podía convertirse en tres.

Por otro lado, Mario había dicho que iba a hablar con su tío, aunque ambos eran socios a partes iguales, para que ella pudiera ir al taller un par de horas al día para hacer prácticas, y todavía no tenía ninguna noticia. Al menos esa noticia, ya que Paula le había contado que él había regresado con una exnovia de su juventud llamada Carla.

Frente a su amiga, había hecho de tripas corazón para que no notase el dolor que aquello le causaba. Sin embargo, era incapaz de quitarse las penas en la soledad de su alcoba.

—Deberías ir al oculista para que te vea, Cris. Tienes los ojos demasiado irritados —dijo Paula una tarde que ambas veían la televisión en su casa. Cristina llevaba dos semanas poniendo excusas para no ir. Pero no podía mantenerse escondida de Mario durante toda la vida. Debía ser consecuente con lo que había pasado y asumir que solo había sido una noche de sexo—. Parece que has estado llorando.

—Para nada. En realidad, es que vuelvo a estar enferma del estómago. Me mareo y siento náuseas como la otra vez. —No era mentira. Llevaba un par de días pensando que debía de haber vuelto a coger el virus.

—¡A ver si vas a estar embarazada!

—Del espíritu santo —soltó mientras negaba con la cabeza—. Tomo la píldora, ya sabes.

—Este mes no confíes mucho en eso. Hay gastroenteritis que anulan el efecto de la pastilla. ¡Si no, que te lo diga Gema! Así fue como ella se quedó embarazada.

Cristina perdió el color de la cara y su piel se volvió cenicienta.

—Dime que eso no es cierto, Pauli —susurró, asustada.

Paula, morena, de piel bronceada y cabello oscuro, miró a su amiga con ojos dilatados.

—Me estás acojonando, Cris. ¿Has hecho algo sin usar condón?

Mario apareció en ese momento y se paró de golpe al ver a las dos jóvenes sentadas en el sofá.

—No sabía que estabais aquí —dijo disculpándose. Sus ojos verdes recorrieron el rostro de Cristina—. ¿Te encuentras bien? No tienes buena cara.

Ella asintió incapaz de decir nada —no podía reaccionar a pesar de haber esperado ese encuentro en el mismo momento de poner los pies en esa casa—, después negó y seguidamente volvió a asentir. Terminó enterrando la cara entre las manos, compungida.

—¡Cris! —Paula rodeó el cuerpo de su amiga con los brazos—. No te preocupes, lo vamos a solucionar, ya verás —murmuró contra su pelo.

Intrigado, Mario dio un paso hacia ellas.

—¿Qué pasa?

—Nada, nada —contestó su prima, agitando una mano para que se marchara. Pero él no se movió de donde estaba—. Venga cielo, esto no es el apocalipsis.

—¿Me podéis decir qué es lo que ocurre?

El tono ansioso en su voz hizo que Cristina levantara la cara hacia él.

—¿De verdad quieres saberlo? —Mario asintió casi de un modo imperceptible—. Pasa que hace dos semanas me acosté con un hombre que no se puso preservativo. —Los ojos verdes pestañearon, sorprendidos—. Y aunque yo me tomo la píldora, es posible que no me haya hecho efecto.

—¿Por qué?

—Cris había estado la semana anterior mal del estómago, y ahora otra vez está igual —respondió Paula. Miraba a su amiga sin entender como ella le estaba confesando tal cosa a su primo.

—¿Y qué vas hacer, canija? ¿Estás del todo segura que...?

Ella negó con la cabeza. Se retiró el pelo que se había ido hacia su cara, intentando tranquilizarse.

—No. No estoy segura. Me haré las pruebas primero.

Él tragó con dificultad.

—¿Y si lo estás?

—Tendrá que abortar —dijo Paula, en voz muy baja, para que nadie de los que estaban en el patio los escuchara—. No creo que ahora sea el momento de tener un hijo.

Mario apretó con fuerza los puños contra sus piernas.

—¡Me niego! —Su mirada verde se clavó sobre Cristina—. ¡No puedes hacer eso!

Ella se levantó del sofá enfrentándolo con el ceño fruncido y los ojos brillantes por la furia.

—Primero esperaré a que me baje el periodo, y si no me baja, ya veré lo que hago, que para eso es mi cuerpo y mi vida.

—¡Supongo que yo tendré algo que decir!

—¡Claro que no! —Paula también se puso en pie, observándolo con atención. —Tú no tienes nada que ver con es... —Se interrumpió al comprender todo y dejó escapar un gemido. Tanto Cristina como Mario se miraban muy serios, sin apartar la vista el uno del otro—. ¡No! ¡No! Tú no...

—Por favor, Pauli, baja la voz —rogó Cristina en un susurro—. Se van a enterar todos.

—¿Estáis locos o qué os pasa? —inquirió en un áspero murmullo.

Cristina se dirigió a Mario con voz acerada.

—Sí estoy embarazada o no, te lo haré saber. Ahora, mejor me voy a casa.

Él se ofreció.

—Te acompaño.

Paula sacudió la cabeza.

—¡Tú no vas! Ya has hecho bastante —siseó con los dientes apretados. Estaba muy enfada con los dos. Pero sobre todo con él.

Mario aspiró con fuerza una bocanada de aire.

—No te metas, Paula.

—¿Cómo crees que no? —La mirada que le lanzó, siempre llena de cariño y admiración,

estaba teñida de una profunda decepción—. Cris es como mi hermana y tú lo sabías.

Cristina se sintió mal por los dos. Posó una mano sobre el brazo de su amiga.

—Él no tiene... toda la culpa.

—La culpa es mía por dejarte sola esa noche —replicó.

—¿Podemos hablar de esto con tranquilidad en un lugar más privado? —pidió él—. Canija, te llevo a casa y en el camino...

—No —contestó, peinándose con los dedos la melena en un acto reflejo—. Mario, sigue con tu vida normal y con todas tus novias, que yo puedo apañármelas sola. No te preocupes por nada.

Se hizo un silencio brutal en el salón. Él asintió con brusquedad, enfadado. Con largas zancadas se marchó por el corredor y se encerró en el baño.

Cristina sintió un vacío enorme por la manera en la que él se había ido. Sus ojos se llenaron de lágrimas que no llegaron a caer.

—¿Por qué no me lo habías contado? —preguntó Paula, molesta.

—Sabía que te enfadarías.

—Así es. Estamos hartos de repetir hasta la saciedad como es mi primo. —Respiró con fuerza, y otra vez dejó ir un gemido—. Vamos a tu casa y charlamos más tranquilamente. No quiero que mis padres, ni los demás, se den cuenta.

Cristina recogió sus cosas y siguió a Paula hasta el coche. Una vez allí, acomodadas en los asientos de piel del Ford, retomaron la conversación.

—¿Mi primo te obligó?

—¡No! ¡Claro que no! —exclamó—. ¿Cómo puedes pensar eso?

—Llevas razón. A él no le hace falta obligar a una mujer a que le abra las piernas para follarla. —Meció la cabeza—. No lo comprendo, Cris.

—Le quiero, Pauli. No es tan difícil de entender. Estoy loca por él desde hace muchos años, desde que empecé a fijarme en los chicos. Cuando esa noche me fui con Mario, sabía bien lo que estaba haciendo. Era consciente de que iba a ser una más de sus conquistas y no me importaba. Tampoco había contado con esto de la píldora, si no, le habría obligado a ponerse preservativo.

—Tenías que haberlo hecho. ¡Existen las enfermedades venéreas!

—Él no tiene ninguna.

—¡No se trata de eso!

Cristina suspiró, desolada.

—Lo sé, Pauli, de verdad. Lo último que me apetece es que la gente se entere, y mucho menos que tú te enfades conmigo.

—No se lo voy a contar a nadie —respondió—. Pero me da tanta pena por ti...

—Bueno —Cristina se encogió de hombros—, todo el mundo tiene un *crush*^[1].

—Sin embargo, tú eres para él otra más del montón. O mejor dicho, de una alta montaña.

—De una gigantesca cordillera de montañas.

Los labios de Paula se curvaron en una sonrisa triste.

—No sé cómo puedes bromear en un momento así.

Cristina se pasó la lengua por el labio inferior. Ella tampoco lo sabía puesto que, el solo pensar que podía estar embarazada, le daba ganas de suicidarse.

—¿Podemos pasar por la farmacia para que me den un test de embarazo?

—Como quieras, pero no creo que sea fiable hasta que no tengas la primera falta. ¿Cuándo te tiene que venir el periodo?

—Siete días más o menos.

—Lo mejor es esperar. Ya tampoco va a pasar nada por unos días antes o unos después.

—Tienes razón. —Cristina guardó silencio durante unos minutos. Miró a Paula de reojo—. ¿Sabes qué es lo peor? —Su amiga negó—. Que todavía no tengo decidido lo que quiero hacer en caso de estarlo.

—¡No seas ilusa, Cris! No vas a poder retener a mi primo solo por tener a su hijo.

—¡No creo eso! ¡No lo hago por él! Mario ha vuelto con su ex y no quiero meterme en medio. Paula negó con la cabeza.

—Ya no están juntos. Al parecer, Carla fue a buscarlo, pero mi primo pasa. Ella es la culpable de que él sea de esta manera. Estuvo muy enamorado, y lo dejó por otro. —Miró a Cristina. Sus ojos estaban llenos de lástima—. Piensa bien lo que vas a hacer. Tienes veinte años y toda la vida por delante. ¿Estás segura de que quieres convertirte en una madre soltera? Sé que Héctor te ayudaría mucho, e incluso tu madre. Pero ¿de verdad vas a renunciar a todo por un error?

Cristina sabía que Paula llevaba razón. Dejó caer la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

—No lo sé —musitó en voz tan baja, que Paula llegó a pensar que se trataba de un suspiro.

Capítulo 3

Hacer las cosas bien

Las horas de visita hacía rato que habían pasado, pero Pilar ignoraba saberlo. No era la primera vez que iba a casa de Cristina pasadas las diez de la noche, sobre todo cuando Héctor estaba de ruta con el camión.

Cristina fingía que le agradaba verla, pero no se acercaba a la realidad. Su vecina no era fruto de la devoción de nadie, mucho menos de la suya. Considerada la cotilla más grande del barrio, pocos la tenían en alta estima. Y hacía bastante tiempo que la joven desconfiaba de ella y evitaba las conversaciones serias y profundas.

El timbre volvió a sonar con insistencia. Con desgana, se puso las zapatillas que había dejado junto al sofá, nada más llegar de la calle. Cuando Paula se hubo marchado, fue al supermercado a por algunas cosas que faltaban en la despensa.

—¡Ya voy! —gritó caminando hacia la puerta.

Abrió, y sus ojos se desplazaron desde unas deportivas blancas hasta el bronceado rostro de Mario, pasando por sus vaqueros desgastados y la camiseta negra. Dentro de su pecho, su corazón comenzó a latir con violencia.

—¡Mario! ¿Qué haces aquí? ¿Ha pasado algo?

—Quería verte. Tengo que hablar contigo.

—Es mejor que no. —Nerviosa, llevó la vista hasta la casa de su vecina. Pilar acababa de encender la luz de la cocina—. Pasa. —Se apartó para dejarle entrar y cerró la puerta—. Mi vecina es una cotilla y está todo el rato pendiente de lo que hago y lo que no. —Advirtió que él miraba sus labios cuando hablaba y un escalofrío recorrió su columna vertebral. ¡Cuánto deseaba besarlo! Se obligó a retirar ese pensamiento de su cabeza. ¿Qué podía querer decirle a esas horas?—. No tenías que haber venido. Mi padre hoy no está.

—Lo sé. Canija, no voy a dejarte sola con todo esto. Me siento culpable de lo ocurrido.

—Los dos somos culpables.

—Si estuvieras embarazada, me gustaría que siguieras adelante con ello.

Ella frunció el ceño, confusa. Le hizo pasar al salón y tomaron asiento. No podía estar hablando en serio. No le pegaba nada con su fama de ligón empedernido.

—¿Me estás diciendo que te harías cargo del niño?

—Del niño y de ti. Podríamos... casarnos.

Los ojos azules se dilataron por la sorpresa.

—¡No me hagas reír! Tú no eres de los que se casan. Eres infiel por naturaleza.

Él negó suavemente con la cabeza.

—No sabes cómo soy.

Cristina arqueó las cejas.

—Si digo esto, es porque lo sé con exactitud. Recuerda que no soy una desconocida. —Se encogió de hombros con una sonrisa irónica en los labios—. Me he criado en tu entorno. —Mordiéndose el labio inferior, aspiró una bocanada de aire, suficiente para llenar sus pulmones y hablar del tirón—: No niego que te puede hacer ilusión lo del hijo, pero eso no es base suficiente para... el matrimonio. Hablo desde la razón, Mario. He visto a mis padres y cómo han acabado...

—Cristina, te quiero.

—¡Quieres a todas! —le recordó, mordaz.

—¡No soy como crees! —replicó.

Ella lo miró, cuidando de no perderse en los ojos verdes. Una cosa era arriesgar una noche con él, y otra dejarse engañar toda una vida entera. Meció la cabeza.

—Nunca podría tener fe en ti. Iba a ser muy difícil comenzar una relación basada en la desconfianza.

Se sintió culpable al contemplar que el rostro de Mario se había colmado de pesar. Habría dado un mundo por creer en él y aceptar todo lo que le ofrecía. ¡Pero lo conocía!

—Dame una oportunidad —suplicó.

Cristina tragó saliva y negó con la cabeza. Le dolía en el alma tener que rechazarle, pero era consciente de que, a la larga, se lo agradecería.

—No quiero estar contigo.

Él comprimió los labios con fuerza. Asintió. Sus ojos brillaban, heridos.

—Te voy a demostrar lo equivocada que estás conmigo —susurró con voz áspera. Se puso en pie como si sobre los hombros llevara un peso enorme—. Si resulta que estás embarazada, decidas lo que decidas, házmelo saber, por favor.

Ella asintió. Tenía un nudo en la garganta que no le permitía respirar.

Mario caminó hacia la puerta y agarró el picaporte, pero Cristina lo detuvo antes de que saliera.

—Sé por qué lo haces —dijo.

La miró sin entender.

—¿A qué te refieres?

—Te sientes obligado conmigo por Pauli.

—No —respondió, tajante.

—Yo sé que sí —insistió con voz temblorosa. Le dio la espalda. Se detuvo al escuchar como él salía de su casa y cerraba la puerta.

Mario no podía hablar en serio. No dudaba de que pudiera quererla, aunque la palabra que hubiera tenido que emplear era «afecto». Sin embargo, estar con alguien que sabía que jamás podría corresponderla de la manera en que ella deseaba, era la tortura más grave que podía infligirse. Pero ¿no era eso lo que había pretendido al acostarse con él?

Había prometido a Paula no volver a ocultarle nada relacionado con ningún miembro de su familia. Marcó su número de teléfono y, cuando la puso al corriente de todo, su amiga se sorprendió más que la propia Cristina.

—¿Y mi primo te ha dicho eso?

—Sí, Pauli, eso mismo.

—¿Cómo se supone que te va a demostrar que te quiere de verdad?

Se encogió de hombros a pesar de que su amiga no podía verla.

—Pues, si te soy sincera, no tengo ni idea. No lo imagino llamándome de seguido, ni comprándome regalos, ni lo que es más importante, no puedo imaginarlo sin salir con otras mujeres.

—Cris, me encantaría que Mario se reformara, que sentara la cabeza y que descubriera que eres la mujer de su vida. Tal vez algo así sea lo que le haga falta.

—No te puedo negar que también me gustaría mucho, pero ambas lo conocemos muy bien.

—Por desgracia —musitó Paula, desinflada.

—Tu primo no va a cambiar nunca.

—Lo sé. Él está preocupado por lo del embarazo.

—¡Y yo también! Intento no pensar en ello y, sin embargo, no puedo sacarlo de mi cabeza desde que me has recordado lo de Gema. Por lo menos, a ella le sucedió con su novio y no tuvo ninguna complicación.

—Sí, Vadillo y Gema están muy enamorados. ¿Sabes qué te digo, Cris? Lo mejor es no obsesionarnos con eso. Quizá nos estemos preocupando por nada. Este fin de semana nos vamos de fiesta y nos emborrachamos.

—Sin tíos, sin ligues, y sin nadie que nos joda la noche.

—Ni a nosotras —rio Paula—. ¿Llamamos a Marta y a las demás?

—Me parece bien, aunque sé de buena tinta que Carol no va a poder venir. Se ha tomado unos días de vacaciones y ha salido de viaje con su novio el escocés. Beatriz seguro que se apunta.

—Pues vamos las cuatro solas. Lo vamos a pasar en grande.

—Pero, Pauli, no digamos nada de lo mío con lo de tu primo, ¿vale?

—Tranquila, no pensaba hacerlo. Será una noche de chicas.

Después de colgar, una vez más se sintió vacía. No le apetecía salir de fiesta, y mucho menos emborracharse, pero tenía que ser práctica. No se iba a hundir en casa y propiciar una depresión

de caballo.

Trató de imaginar a Mario con un bebé en brazos. No era tan difícil hacerlo, él tenía primos, y también sobrinos de su hermana pequeña, y Cristina le había visto jugar con ellos desde que nacieron. Aun así, la imagen que vio en su cabeza era pura ternura. Un hombre tan grande como era él, con un cuerpo diminuto y vulnerable en sus manos.

—¿Qué haces, Cris? —se regañó, sacudiendo la cabeza con vigor para borrar cualquier vestigio de la película que se acaba de montar en su mente. Ya se lo había dicho a él: un bebé no iba a cambiar las cosas entre ellos. ¡Ni siquiera sabía si estaba embarazada o no!

Revisó la casa asegurándose de que todo estaba cerrado y se fue a dormir. No conciliaba muy bien el sueño por las noches y, últimamente, unas pesadillas muy extrañas, sin pies ni cabeza, la asaltaban. Se sentía perseguida, como si alguien la acechara con tenacidad. Odiaba sentirse así. Sobre todo, cuando se había quedado tantas noches sola y siempre había dormido como un tronco.

Mario salió de casa de Cristina confuso, aturdido y enfadado.

Estaba de acuerdo en que no había sido la declaración más romántica del mundo. ¡Había sido una mierda!, admitió. Pero ella tampoco le había otorgado la oportunidad de hacerlo bien. Cristina no entraba en razón.

¿Quién tenía la culpa?

Él y solo él, por haber permitido que pensarán que le gustaban todas las mujeres y que no tenía reparos en irse con cualquiera de ellas.

¿De qué le había servido ganarse esa fama? Solo y exclusivamente para que la mujer que él amaba desconfiara de él. Lo peor es que no podía culparla de actuar así. Pensaba demostrarle que poseía corazón y que ella le importaba más que cualquier otra cosa en el mundo.

Cristina no quería estar con él. Eso había dicho ella. Pero en ningún momento había dicho que no le quisiera. Y gustarle, tenía que gustarle, no por algo había estado follando con él toda una noche. Su forma de mirarlo no le engañaba. Ella tenía sentimientos por él, aunque se negara a admitirlo.

Pero no todo iban a ser desventajas para Mario. Algo muy importante jugaba a su favor, y no era precisamente el que pudiera estar esperando un hijo suyo. Eso tan solo le había dado el empujón para armarse de valor frente a ella. Algo que no se había planteado nunca.

Aspiró hondo y volvió la cabeza hacia la casa de la joven. Todo estaba a oscuras excepto la débil luz del salón. Esta de repente se apagó y, unos segundos más tarde, se iluminó una habitación de la planta de arriba.

Se subió en el coche y puso el motor en marcha. Debía hacer que Paula confiase en él. Tenía que ayudarle a demostrarle a Cristina que la amaba, hubiera niño o no.

Capítulo 4

Veneno en la sangre

Era fin de semana. Bastantes sábados por la noche, Mario se recorría los pubs de la zona este de Madrid en busca de diversión. Ese día no quiso salir. Prefirió ir a casa de sus tíos. Llevaba en mente la idea de ver a Cristina cuando pasara por allí para buscar a Paula.

—¿Os apetecen unas palomitas? —preguntó su tía de camino a la cocina.

Eva y Paula se parecían mucho físicamente. Su prima quizá era más seria que su madre.

—Si vienen acompañadas de una cervecita fría, quiero —respondió Raúl, palmeando el muslo de Mario que estaba sentado a su lado en el sofá—. ¿Hoy no sales? ¿No has quedado con nadie?

—Hemos tenido una semana bastante movida y necesito descansar.

—Tienes razón, con eso de que la gente se va de vacaciones, todo el mundo deja las revisiones de los coches para última hora.

—Tenemos que reconocer que es cuando más caja hacemos. El verano y los puentes nos vienen bien.

Raúl sintió.

Mario estaba a punto de preguntar por Paula, temiendo que se hubiera marchado pronto. Pero, en ese momento, la vio salir de su dormitorio y caminar, con sus altos tacones, hacia donde ellos estaban. Llevaba un maquillaje discreto, a excepción del tono rojo brillante de sus labios. Un ajustado vestido negro delineaba su silueta de un modo muy atractivo.

—¿Dónde vas tan guapa? —se atrevió a preguntar. Más bien por saber dónde ubicar a Cristina.

Paula no era tonta y contestó curvando los labios en una sonrisa ladeada.

—Por ahí, no lo sabemos seguro.

Eva llegó trayendo un bol de palomitas. Toda la casa olía a maíz tostado.

—¿Te vas a llevar el coche, cariño? Ya sabes, si bebes, no conduzcas.

—No. En el centro luego no se puede aparcar. Cogemos un Uber para volver.

—Hace mucho que no veo a Marta y a Beatriz, salúdalas de mi parte. —Eva dejó el cuenco

sobre la mesa y fue a la cocina a buscar la bebida.

—¿Y ahora cómo vas? —preguntó Mario, encerrando entre sus dedos un puñado de palomitas.

—Cojo el metro. He quedado con Cris allí. —Se colgó del hombro un bolso negro y lanzó varios besos al aire, destinados para todo el que quisiera cogerlos—. Nos vemos luego, y no os preocupéis si llego tarde. Puede que me quede con Cris a dormir.

—Ten mucho cuidado, Paula. Si sucede cualquier cosa o necesitas que vayamos por ti, llama —dijo Raúl.

—No va a pasar nada.

—Por si acaso —insistió Eva. En las manos llevaba tres latas de cerveza.

—Sí, mamá. —Paula se burló de ella poniendo cara de niña buena—. No cogeré ningún caramelo de desconocidos. Ni siquiera hablaré con ellos.

—Ni los mirarás —añadió Raúl, a lo que Paula contestó:

—¡No te pases!

Con una carcajada y un repiqueteo de tacones, salió de casa dejando tras de ella una estela de perfume.

—¿Y dónde van? —inquirió Mario contemplando a Raúl como si estuviera obligado a saberlo. ¡Era su hija! ¡Tenía que saberlo!

—Ya la has oído. Por ahí.

¡Por ahí, podía ser cualquier sitio!

—Mario ¿a ti hoy no te espera nadie? —preguntó Eva sentándose en el sofá.

—Oye, que si molesto me voy.

—¡No seas tonto! —replicó—. Solo me estaba pareciendo raro que no salieses hoy.

—Tampoco me marchó todos los fines de semana —objetó.

Raúl conocía de sobra a su sobrino como para intuir que algo sucedía. Él nunca estaba tan serio y llevaba unas semanas bastante extraño. Preguntó, preocupado:

—¿Tienes algún problema, Mario?

—No. Simplemente es que no quiero salir.

—¿Has vuelto a saber algo de Carla?

—Pasó unos días aquí y se marchó. Venía a Madrid a visitar a su abuela y necesitaba algún lugar donde dormir, por eso se puso en contacto conmigo.

—¿No hablasteis de lo que pasó?

—No quise tocar ese tema. El pasado es el pasado. Hemos quedado como amigos y ya está. En realidad, me he dado cuenta de que nosotros siempre nos hemos llevado mejor como amigos que como pareja.

—Lo importante es que no haya rencores entre vosotros.

—No. Ya te digo que se fue. Me envió un mensaje para decirme que llegó bien. Me tiene que mandar la llave del apartamento por correo.

Raúl asintió. Él no era como su sobrino. Si Eva o cualquier otra le hubiera puesto los cuernos,

y después lo hubiera dejado por otro, no habría vuelto a querer saber de ella ni a mirarla a la cara. En cambio, Mario era de los que perdonaban. Aunque cuando Carla lo engañó, se llenó de rabia. Comenzó a tomar pastillas y a mezclarlas con alcohol. Hubo veces que llegaba tan borracho a casa que debió meterlo en la cama para que sus hijos, Paula y Miguel, no lo vieran en ese estado. Por fortuna, Mario despertó del pozo en el que había caído y dijo que iba a aprovechar cada instante de la vida y de las mujeres, sin que ninguna lo atase.

—¿Y Carla está saliendo con alguien? —quiso saber Eva, curiosa.

Mario se encogió de hombros con indiferencia.

—No se lo pregunté. No lo sé. Quería que nos enrolláramos mientras estuviese en Madrid, pero no me interesó. —No le pasó desapercibida la mirada que intercambiaron Eva y Raúl—. ¡No me voy follando a todo dios!

—Hijo, estás de un irascible hoy... —dijo Eva abriendo una lata de cerveza, que entregó a su marido.

—Es posible —gruñó Mario entre dientes. No le apetecía hablar de mujeres, ni de ligues, ni de nada. Lo único que le interesaba era saber dónde podían estar Paula y Cristina—. ¿Y Miguel?

—Está en su dormitorio, jugando a alguna de las consolas que tiene.

Mario se levantó cogiendo su cerveza.

—Me voy un rato con él.

Cristina quería animarse. Necesitaba hacerlo, aunque no con alcohol. No era abstemia ni mucho menos, pero de solo pensar que, si resultaba que estaba embarazada, si se tomaba algo iba a sentirse muy culpable.

Cogió su refresco de la mesa y le dio un buen sorbo. Estaban en una discoteca nueva de la zona. El edificio tenía tres plantas y, en cada una de ellas, sonaba música diferente. Ellas estaban en la primera, donde canciones latinas resonaban por todos los rincones.

En ese momento Beatriz, y Paula bailaban en la pista mientras ella charlaba con Marta, dentro de lo que se podía, pues la música estaba muy alta, en unas de las mesas diseminadas por la estancia.

Marta era una romántica empedernida que se pasaba el día leyendo novelas de romántica, afición que compartía con Beatriz. Entre las dos, quisieron inducir a Carolina, la amiga que faltaba y que se había echado de novio a un escocés llegado de las mismas *highlands*, a que leyese. A pesar de que Carolina lo intentó con ahínco, solo fue capaz de leerse una novela —no consiguieron atraparla—. En ese momento, Marta intentaba lo mismo con Cristina. Tampoco lo logró.

—Acabo de terminar de empollar para técnico de electromecánica de vehículos y no me apetece leer nada más de momento. Ahora mismo tengo la cabeza saturada con las operaciones

de mantenimiento, montaje de accesorios, mecánica, hidráulica, neumática y electricidad. Y no me digas que es interesante, porque te conozco. Mentirías.

Marta se echó a reír.

—¡Es un coñazo, Cris! No sé cómo te puede entusiasmar eso.

Cristina se encogió de hombros.

—Del mismo modo que a ti una novela de la escritora Ana Álvarez.

—¡No puedes compararlo! —Rio. Marta y las demás llevaban ya su tercer pelletazo de ginebra con Seven Up.

Paula y Beatriz se acercaron a la mesa junto a tres tíos que acaban de conocer. Les presentaron a Cristina y a Marta. Los hombres eran pasables. Parecían divertidos y bromeaban de continuo, haciéndose los simpáticos.

—Habíamos dicho que nada de tíos —susurró Cristina a Paula en su oído, durante un momento que parecía que nadie las prestaba atención.

—¡No he sido yo! —Con el mentón, la muchacha señaló a Beatriz—. Le gusta el rubio. Ha sido ella la que los ha invitado a acercarse.

Cristina observó al rubio. De los tres, tal vez era el más atractivo. Alto, delgado, aunque para nada de su gusto. Tenía los ojos azules, pero había una expresión en ellos que no terminaba de convencerla.

De repente, él cruzó la vista con la suya y sonrió de una manera que pretendía ser seductora. Se encaminó hacia ellas, lamiéndose los labios.

—Se acerca —avisó Cristina en un susurro, sin despegar los labios.

Paula fingió observar la pista de baile durante unos segundos. Sonaba una canción de Alejandro Sanz.

—Hola —saludó él—. ¿No bailáis?

—No nos apetece ahora —respondió Paula, agitando la melena oscura al volverse hacia él.

—Oye, Cristina, eres muy guapa. ¿Tienes novio?

Ella se tensó y apretó su vaso de limonada con fuerza. Paula la miró mecánicamente.

—No, no tengo novio.

—¿Quieres bailar conmigo?

—No, gracias —contestó.

—¿Te puedo invitar a una copa?

La joven le mostró su refresco y sacudió la cabeza.

—Ya estoy bebiendo.

—¿Qué es lo que bebes?

Cristina no pudo evitar mirar a Paula. Lo que menos le apetecía de todo, esa noche, era tener que soportar a alguien que trataba de ligar con ella y no sabía leer entre líneas.

—De verdad que no quiero que me invites a nada. Estoy tomando limón, pero este es el último, y después nos vamos.

Él frunció el ceño. Su cabello amarillo dorado parecía atrapar las luces del techo y, en algunos momentos, se le veía azul, y otros en rojo.

—¿Os vais tan pronto?

—Voy a pasar al baño —dijo Paula interrumpiéndolos. Tomó el brazo de su amiga—. Ven, acompáñame.

Cristina dejó su bebida sobre la mesa, junto a la de sus amigas y, tras una disculpa con el rubio ligón de discoteca, ambas se fueron a los servicios.

Cristina llevaba un vestido celeste. La falda, aunque corta, tenía un vuelo muy bonito que se agitaba con cada paso que daba. El cuerpo se ajustaba con tirantes en los hombros dejando un escote sencillo en forma de corazón.

La pista de baile estaba llena de gente y tuvieron que dar un pequeño rodeo para alcanzar el pasillo de los baños. Los suelos estaban encharcados como si a alguien se le hubiera caído la bebida varias veces allí. Dentro, una chica esperaba frente al espejo, pintándose los labios, para pasar al inodoro.

—Nos tomamos esto y nos deshacemos de ellos —dijo Paula mirando a Cristina—. No pensaba que te iba a entrar de esa manera. Es que ha ido a saco contigo.

—Ya te digo —respondió—. Pero tampoco quiero estropearos la noche. Podemos ir a otro lado, o decirle a ese que no tengo novio porque tengo novia y que no intente nada conmigo. De verdad, Pauli, es que no me apetece estar con nadie, y ese tipo no parece de los que se vaya a rendir con facilidad.

—Lo sé, te comprendo. Y si Bea lo ha visto, no me extrañaría que ella misma los mandara a paseo. Solo los invité por él y, si no le hace caso, pues no tiene sentido que estén con nosotras.

Estuvieron un rato más charlando en el baño, retocándose frente al espejo, cuando la otra chica desapareció. Regresaron a la mesa y vieron que, por fortuna, Marta y Beatriz bailaban con ellos en la pista.

Aunque en la discoteca el aire acondicionado funcionaba a toda máquina, el calor humano era demasiado intenso como para no sentir agobio. Cristina se acomodó en uno de los butacones y cogió su refresco de nuevo. Bebió el limón antes de que se calentase del todo y no tuviera más remedio que pedir otro.

En el centro de la pista había una esfera que giraba y que reflejaba todas las luces de la sala, lanzando rayos en todas las direcciones. También varios focos bordeaban la bola encendiéndose y apagándose de continuo con luces de colores.

A Cristina no le apetecía bailar, mucho menos con aquellos chicos. No se sentía a gusto con ellos. El rubio, aunque charlaba con sus amigas, no dejaba de lanzar furtivas miradas hacia ella, acompañadas de sonrisas lascivas.

De pronto, entre las luces y el ruido, sintió que se mareaba. Era como si de repente tuviera un montón de sueño. Se levantó del butacón a duras penas.

—Cris, ¿te encuentras mal? —Paula dejó su bebida en la mesa, advirtiendo sus movimientos,

y la miró preocupada.

—Estoy... borracha.

Frunció el ceño.

—Eso es imposible. No has bebido nada que tuviera alcohol.

—Te digo que me encuentro... borracha. Con un pedo enorme.

Paula la agarró de la cintura para que no se desparramase sobre la mesa.

—Siéntate hasta que se te pase.

Los ojos de Cristina se fueron a su limonada. Estaba casi vacía.

—Creo que me han echado algo en la bebida —balbuceó.

—¿Qué? —Paula cogió su vaso y olió el contenido.

Una mujer joven se acercó hasta ellas y se detuvo, dando la espalda a la pista de baile.

—¿Se encuentra mal? —preguntó a Paula. Esta asintió—. Tened mucho cuidado con esos tipos —susurró—. Me ha parecido ver que uno de ellos echaba algo en los vasos. A alguien que conozco una vez le echaron burundanga en la bebida, aunque no pudo demostrarlo.

—¿Eso qué es? —inquirió Paula, sacando su teléfono móvil del bolso.

—Es una droga que reduce la voluntad y borra la memoria de las personas mientras dura su efecto. —La mujer saludó a alguien con la mano—. Os aconsejo que no os vayáis solas a casa esta noche.

—Coge tu bolso, Cris —Paula marcaba el número de su padre. Cristina, con ojos nublados y un mareo bastante importante, estuvo a punto de caer al suelo cuando se inclinó a por él.

Su amiga logró sujetarla. Marta y Beatriz se acercaron hacia ellas.

—Pauli, ¿qué ocurre? —preguntó una de ellas.

—Voy a llamar a la policía para que analicen la bebida de Cris, creo que la han drogado —respondió.

No volvieron a ver ni al rubio, ni a los otros.

Capítulo 5

Confesiones

Cristina aquella noche no fue consciente de muchas cosas. Agarrada de la mano de Paula, como una niña pequeña e indefensa, salió de la discoteca.

En la calle corría un viento fresco que no logró despejar su embotada mente.

No se dio cuenta de que Mario y Raúl esperaban en la acera de enfrente. Ni de que la metieron en el coche, y que más tarde, entre Eva y Paula, le pusieron un pijama y la introdujeron en la cama.

Al día siguiente abrió los ojos cuando un luminoso rayo de sol dio de lleno en el espejo de la pared del dormitorio e incidió sobre su rostro.

Ahogó un gemido. Sentía que su cabeza pesaba como si tuviera a una persona sentada sobre ella. Entrecerró los ojos.

Lo primero que advirtió fue que no estaba en su alcoba, y que a su lado alguien dormía plácidamente.

Se asustó. No tenía ni la más remota idea de cómo había llegado hasta allí, ni de con quién se había acostado aquella vez. Apenas recordaba nada de la noche anterior. ¿Tal vez la persona que ocupaba el otro extremo del colchón era el rubio ligón?

No se atrevió a mirar. Si lo hacía y descubría que era él, era capaz de abrirle la cabeza.

Justo en ese mismo momento, su compañero de cama giró y pasó una pierna desnuda por encima de las suyas. La piel era suave y blanda, y estaba caliente.

Contuvo la respiración y se tensó. Sentía la boca seca y la lengua espesa. Su cabeza se quejaba del mismo modo que lo hacía cuando tenía resaca. Pero ella no bebió alcohol, ¿verdad?

Paseó la mirada por el dormitorio hasta donde le alcanzaba la vista sin mover ni un solo músculo de su cuerpo. Era el cuarto de Paula. Más de mil veces había estado allí. Frunció el ceño y se atrevió a mirar a quien descansaba la pierna sobre sus muslos.

Ahogó una exclamación. ¡Paula dormía con ella! ¡En la misma cama!

¿Por qué?

La habitación contaba con dos camas y ellas nunca habían dormido juntas. Al menos, no tan juntas. ¡Y Paula estaba en bragas con los pechos al descubierto!

—¡Dios mío, qué hemos hecho! —exclamó para sí misma sin querer despertar a su amiga. No podía enfrentarse a lo sucedido, en aquella cama, esa noche.

«Puede que no haya pasado nada», se dijo. Era posible que Paula durmiera con las tetas al aire. ¡No! ¡Imposible! La conocía bien.

Sin hacer movimientos bruscos que delatasen su presencia, huyó levantando la pierna de Paula con mucho cuidado. Se observó en el espejo, y luego desde el pecho hasta los pies. Por lo menos estaba cubierta. Llevaba un pijama de pantalón corto y top con el dibujo de *Sailor Moon* en el pecho.

Su amiga se estaba volviendo un poco anime, además de friki.

Observó la otra cama. La que solía usar ella las veces que se quedaba a dormir. Estaba revuelta. Intuyó que en algún momento de la noche se levantó desplazándose hasta la de Paula. Tal vez, las dos, con un roce por aquí y un roce por allá...

Salió de la habitación y cerró la puerta despacio.

—*Si no me acuerdo, no pasó* —cantó suave la canción de Thalía y Natti Natasha, con el corazón agitado—. Primero el primo, después mi amiga. ¿Qué será lo próximo? ¿En qué me estoy convirtiendo? —musitó.

Llegó a la cocina arrastrando los pies. Necesitaba tomarse un café y, sobre todo, recordar.

Se sirvió una taza sin azúcar ni leche y tomó asiento ante la mesa redonda, exprimiendo su cerebro al máximo para que confesara la verdad.

La claridad del día penetraba por la ventana que estaba sobre el fregadero.

—Buenos días, Cristina. ¿Como estás?

Se sorprendió con la voz de Mario. Lo miró sobre el hombro. Él se acaba de levantar y tenía el cabello revuelto. La sombra de una incipiente barba le cubría la parte inferior del rostro. Se le veía muy atractivo y sexy, con un pantalón de algodón holgado y una camiseta que se ajustaba a su torso como un guante. «Ahí, marcando pectorales».

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella.

—¿No lo recuerdas?

Cristina frunció el ceño. ¿A qué se refería? ¿Qué es lo que tenía que recordar? ¿Sería posible que todos se hubieran enterado de los suyos con Paula? ¿O de los suyos con él? Suspiró con fuerza al tiempo que se llevaba las manos a la cabeza.

—¿Soy una puta? —susurró.

A Mario le pilló desprevenido. Ella tenía la mirada puesta sobre la mesa.

—¿Qué?

—Primero follo contigo, ahora con Pauli. No tengo medida. He perdido el control.

Él carraspeó.

—¿Qué estás diciendo?

Alzó los ojos, mirándolo con fijeza.

—¡He amanecido en la cama de Pauli! ¡Las dos juntas!

—No es la primera vez que te quedas...

—¡Sííí! —Ella alargó mucho la i—. Es la primera vez que pasa. Yo estaba en su cama y ella tenía... —Se señaló el pecho con la palma de la mano haciendo círculos en el aire—. ¡Estaba medio desnuda! ¡Tenía las peras al aire!

Mario se atragantó con su propia saliva. Antes de poder decir nada, su prima entró en la cocina llevando un vestido floreado y vaporoso.

—Buenos días. ¿De qué habláis?

Las mejillas de Cristina irradiaron fuego. Era incapaz de mirar a su amiga. Solo podía pensar en ellas dos en la cama, frotándose, tocándose...

—De nadie en particular —respondió Mario echándole un capote.

Paula se acercó a ella y, con suavidad, tocó su pelo antes de sentarse en una silla, a su lado.

—¿Y cómo estás?

—Bien —murmuró con los ojos clavados en su café.

—¿No te duele nada? —insistió Paula.

Cristina abrió muy grande sus ojos azules. «¿Qué posturas habremos hecho para hacer esa pregunta?».

—No recuerda nada —contestó Mario por ella.

—¿Nada de nada?

Por fin, Cristina miró a su amiga, muy seria.

—Dime la verdad, Pauli. ¿Ha pasado algo entre nosotras anoche?

—¿Entre nosotras? ¿A qué te refieres?

—¿Por qué duermes sin camiseta?

—¡Ah, coño! Anoche hizo un calor del demonio. ¿No pasasteis vosotros calor?

—Sí que lo hizo —dijo Mario sirviéndose un vaso de café con leche.

—Pauli —Cristina no sabía cómo decirlo—, tú y yo, no nos hemos enrollado, ¿verdad?

—¡No! ¡Qué pregunta más tonta!

—Cristina se ha despertado en tu cama y se ha montado su propia película.

Paula miró a su primo frunciendo el ceño y luego a su amiga.

—Anoche te levantaste y me dijiste que tenías miedo. Te dije que te acostaras conmigo y que no te movieras mucho. No pasó nada más.

Cristina soltó un exagerado suspiro de alivio.

—¡Menos mal! ¡Madre mía!

—Pero sí hay algo que tienes que saber, Cristina. —Mario miró a su prima—. ¿Se lo dices tú o yo?

Paula se mordió el labio inferior, inquieta.

—Contádmelo, por favor. No me dejéis en este sin vivir —pidió.

—A veces eres de un exagerado... —dijo Paula sin llegar a sonreír. Eso preocupó mucho a Cristina. Un escalofrío recorrió su columna vertebral—. ¿Te acuerdas de que fuimos a la discoteca con las chicas? —Asintió—. Pues alguien te drogó. Te puso algo en la bebida. Por suerte, nos avisaron y mi padre y Mario vinieron a recogerlos.

Cristina la miró con estupor.

—¿Que me... drogaron? —¿Por qué no se acordaba de eso?

—Sí.

—¿Quién fue?

—Unos tíos que conocimos anoche.

—¿El rubio y sus amigos?

Paula asintió.

—¿De ellos sí te acuerdas?

—Sí, íbamos a despistarlos—respondió con el ceño fruncido—. ¿Me llegaron a hacer algo? ¿Me tocaron?

—No. Te lo puedo asegurar. No te perdí de vista ni un solo instante.

—¡Oh, Dios! —Cristina se llevó las manos a la cara—. ¿Sabes seguro que fueron ellos?

—Sí. Me pareció raro la manera en que te entró el rubio. Pero cuando me dijiste que ibas borracha...

—¿Te lo dije?

Paula asintió.

—¿Tampoco te acuerdas de eso?

—Solo recuerdo que salimos del baño y nos sentamos a charlar. Luego ya... —Sacudió la cabeza. Su mente no iba más allá. Por más que se estrujara el cerebro no conseguía sacar nada en claro—. ¿Como puede haber gente tan mierda?

—Gracias a Dios no pasó nada y vinieron a buscarnos bastante rápido.

Cristina llevó la vista hacia Mario.

—¡Vaya, te corté anoche el rollo con alguna de tus chicas! ¡Cuánto lo lamento! —soltó con ironía.

Por la mirada del hombre cruzó un brillo de dolor que desapareció en cuanto él le dio la espalda, moviendo el café con la cucharilla.

En seguida, Cristina se sintió culpable. No tenía que haberle dicho eso. Había estado fuera de lugar.

—Te has pasado —susurró Paula—. Se ha estado moviendo toda la noche para localizar a esos tipos.

—Déjalo, Paula —dijo él con voz firme.

Cristina se incorporó y caminó hasta él. Puso la mano sobre su brazo.

—Lo siento mucho. He sido cruel contigo —admitió con angustia. No sabía por qué. O tal vez sí. Pero deseaba que sufriese como lo hacía ella—. Sé que no has tenido la culpa en esto y que no

tengo derecho a decirte nada. Pretendía hacerte daño.

Después de unos tensos segundos, él la miró con expresión herida y asintió:

—Lo sé.

—En serio, perdona.

—No te preocupes. —Los labios de Mario se curvaron en una sonrisa que no llegó, ni de lejos, a sus ojos verdes—. Entiendo lo que sientes.

—Gracias por venir a buscarme.

No le dio tiempo a decir nada. Ella se echó sobre él y le rodeó la cintura por debajo de los brazos. Aplastó la cara en su pecho, sintiendo como su corazón latía con fuerza.

Mario pasó el brazo por sus hombros para consolarla y, como al descuido, acarició los cabellos rubios.

—Todo va a estar bien —susurró contra su cabeza.

Ella alzó la mirada hasta sus ojos verdes.

—¿Los han cogido?

—No. Dicen que lo intentarán, pero las descripciones que hay de él no son muchas. ¿No los conocíais de antes?

—Mario, ya te he dicho que no. Era la primera vez que los veía —dijo Paula—. Ni siquiera sé si podré reconocerlos de nuevo.

Cristina se apartó de Mario, avergonzada por haberlo abrazado.

—Si me encuentro con el rubio, sí que lo reconozco —dijo ella.

—La policía seguro que quiere hablar contigo para que le des más detalles. —Paula se encogió de hombros—. Nos hicieron llamar a tu padre...

—¿Está en Barcelona con el camión!

Paula agitó la cabeza.

—Viene de camino. Nos dijo que no te dejáramos sola.

—Entonces, me voy a casa.

—Yo te acompaño y me quedo contigo hasta que llegue —se ofreció Paula. Cristina estuvo de acuerdo. Lo que más deseaba era volver a su casa, darse un baño y recostarse en la cama.

Capítulo 6

Positivo

Se hizo el último test de embarazo por si los otros cuatro anteriores estaban confundidos. En los diminutos cuadrados del predictor no dejaban de aparecer rayas que no se borraban.

Cerró los ojos y aguantó la respiración. No sabía cómo se sentía. Iba a tener un hijo de Mario. ¿Y ahora qué?

Lo sensato, según Paula, era abortar, y ella a veces le daba la razón y otras, no. Imaginaba una criaturita diminuta a la que poder cuidar, vestir y dar cariño. Pero en la cruz de la moneda, estaba la pregunta de si sabría cuidar a esa criaturita, si podría darle todo lo que necesitaba, y si no sería para ella más que un mero juguete del que poder cansarse.

Sentada en la taza del váter con las piernas semiabiertas, inclinó la cabeza hacia adelante, sosteniéndola con ambas manos. Clavó los ojos en la alfombrilla naranja.

¿Cómo se lo diría a Héctor y a su madre? ¿Cómo reaccionarían Mario y su familia? Si la intervenían nadie tenía que enterarse de aquello. Pero ¿quería eso?

Alzó la cabeza y se mordisqueó la uña del pulgar al tiempo que sus ojos se encontraban en el espejo. Jamás había sentido tanta indecisión en su vida. Hiciera lo que hiciera, más tarde se podía arrepentir.

Suspiró con fuerza y llamó a su madre. Aunque no le gustase su noticia, era la única que podía aconsejarla desde el corazón. Sabía que primero iba a echarle la bronca —lo normal en esos casos—, pero después, una vez aceptada la idea, la ayudaría. Para esas cosas Héctor era diferente. Él diría, «es tu cuerpo y tu vida, y tú decides. No te va a faltar de nada y bla, bla, bla». Sin embargo, no era lo que Cristina necesitaba oír en ese momento.

A pesar de ser las seis y media de la mañana en Arizona —no tuvo en cuenta ese detalle a la hora de llamar—, Isabel cogió el teléfono en el tercer toque. Su voz sonó entre agitada y preocupada al otro lado de la línea.

—¿Qué ocurre, Cristina? ¿Ha sucedido algo?

—No —respondió—. Solo necesitaba hablar contigo y escuchar tu voz.

—Entonces sí que ha pasado algo. Cuéntame. ¿Es grave?

—Te prometo que no. —Al menos no para morirse.

—¿Tiene que ver con lo que te hicieron el sábado esos degenerados?

Había tenido que llamarla para contárselo, obligada por su padre.

—No. No he vuelto a saber nada de ese tema. Es otra cosa. ¿Qué estás haciendo ahora?

—Cristi, cariño. Me acabas de despertar. Ahora no estoy haciendo nada. Bueno, sí, voy a hacerme un café y luego me daré un baño en la piscina. Dime qué te pasa, cielo.

Cristina sintió unas ganas terribles de echarse a llorar. Y lo habría hecho si no fueran nueve mil kilómetros los que la separaban de su madre.

—Hay un hombre del que estoy muy enamorada. Una noche nos acostamos y... —Hizo una pausa corta— estoy embarazada. —Esperó impaciente a que Isabel dijera algo, pero al otro lado solo se oía un profundo silencio. Respiró con fuerza—. Él y yo no estamos juntos. Y yo no sé qué hacer.

—¿Lo sabe tu padre?

—No.

—Pues no se lo digas porque es capaz de matar a ese capullo.

Isabel era muy directa, de las que llamaban al pan, pan y al vino, vino.

—Las cosas no son así, mamá. Ese capullo quiere que tenga al hijo.

—¿Y por qué no estáis juntos? Sí tú lo quieres y él...

—Él quiere al bebé, no a mí.

—Explícame eso. ¿Algo así como un vientre de alquiler?

Cristina no pudo evitar mirar la pantalla del teléfono con el ceño fruncido. ¿De dónde sacaba eso su madre?

—¡No! —exclamó—. A mí me tiene mucho cariño. Nos conocemos desde hace tiempo. Pero sale con otras mujeres.

—¿Eso lo sabías antes de acostarte con él? —Su tono de voz cada vez se volvía más duro.

Tragó saliva.

—Sí, lo sabía.

—¿Pero qué te pasa, Cristi?! ¿Es que no piensas o qué? ¡Por el amor de Dios! ¿Para qué tenemos la cabeza? ¿Eh? ¿No te tomabas la píldora?

—¡Y lo hago! Pero he estado mal de la tripa y no...

—¿Te has hecho la prueba?

—Sí, mamá —respondió en un hilo de voz—. Estoy embarazada. No tengo ninguna duda.

—Y tú ¿qué es lo que quieres hacer?

—No lo sé. —Su voz tembló al borde del llanto—. Es que no sé qué quiero hacer.

Isabel guardó silencio por tanto tiempo que Cristina creyó que había colgado. Pero entonces dijo, con tono calmado:

—Ven a pasar una temporada aquí conmigo, y juntas lo pensamos. ¿Te parece? Hoy mismo le

digo a Charly que te coja un billete...

—No —respondió—. No puedo irme así, sin más. Primero tengo que hablar con él, explicarle...

—Si barajas la posibilidad de deshacerte de ese niño, no creo que debas hablar con ese hombre y darle falsas esperanzas.

—¡Pero le dije que le daría una respuesta, fuera cual fuera!

—De acuerdo, mira, habla con él. Me vas contando lo que sea. Tenéis que pensar muy bien qué es lo que de verdad queréis hacer y, sobre todo, si estáis preparados.

Cristina se mordió el labio inferior, pensativa.

—Cuanto te quedaste embarazada de mí, ¿sabías que estabas preparada?

—Tu padre y yo nos acabábamos de casar y estábamos muy emocionados. Ni él ni yo nos arrepentimos nunca de haberte traído al mundo. Te queremos.

No paró de dar vueltas a esas palabras. Estaban tan nerviosa que, si no salía de casa, era capaz de subirse por las paredes. Decidió que tenía que ir a ver a Mario. Merecía enterarse antes que Paula. Esperaba que su amiga lo comprendiese, porque quienes verdaderamente tenían un problema era ella y Mario.

Se quitó la ropa fresca que usaba para estar en casa y se preparó para ir al taller. Poco antes de salir, Héctor envió un mensaje. Necesitaba que alguien mirase el camión, y ya que ella conocía a mecánicos de confianza...

—Mario, te buscan.

—¿Quién? —preguntó levantando los ojos de las facturas que tenían en la mano. Estaba revisando un pedido de piezas que acababa de llegar.

A través del ventanal de la oficina se veía todo el taller, aunque desde fuera no podían verlo a él, por las varillas de la persiana.

Deslizó los ojos sobre el personal —Raúl y él dirigían el taller y tenían a cuatro personas más a su cargo— y sobre los vehículos que, en ese momento, ocupaban el taller. Entonces la vio a ella. A Cristina.

La joven estaba cerca de la entrada y los rayos de sol bañaban su cuerpo transformando su cabello claro en puro oro. Vestía unos vaqueros rotos en las rodillas, y una blusa blanca con capullos celestes. A la espalda cargaba, como de costumbre, una mochila azul de la que colgaban un montón de llaveros que nada tenían que ver los unos con los otros.

Mario no se dio cuenta de que Raúl, colocado detrás de él, observaba también la sala, hasta que preguntó:

—¿No es esa Cris? —Y echó a andar hacia la puerta que separaba la oficina del taller.

—Espera, Raúl —lo llamó—, la canija ha venido a verme a mí por algo del camión de su

padre. —Ya pensaría en otra buena excusa, pero eso era lo primero que se le ocurrió. Le entregó las facturas—. Ya lo he repasado y está todo bien, pero míralo tú también, por si acaso.

Por suerte, Raúl no lo siguió y se quedó ojeando los papeles.

Según se acercaba a Cristina, notaba el pulso disparándose. La noche que fue a buscarla a la discoteca, hubiera sido capaz de matar al hombre que la drogó, de haberlo encontrado. Pero parecía que la tierra se lo había tragado, al igual que a sus amigos.

Se detuvo ante ella sin poder apartar los ojos de sus labios rosados. Ansiaba con toda su alma poder besarla.

—Hola, Mario. ¿Tienes un poco de tiempo? Debo comentarte un par de cosillas.

—Claro, ¿quieres qué vayamos a algún lado? —señaló una cafetería cercana. Ella sacudió la cabeza.

—Va a ser muy rápido. Antes de que se me olvide, mi padre necesita que le echen un vistazo al camión y él ha pensado en ti. —Lo dijo como dejando muy claro que la idea no era de ella en absoluto.

—¿Para cuándo?

—Si es posible, para hoy. Mañana sale de viaje a Granada.

Mario echó un rápido vistazo al taller, contando los vehículos que había. Asintió.

—Dile que lo traiga. Se lo miro yo.

—¿Ahora?

—Ahora es mejor —asintió.

Vio como ella sacaba el teléfono del bolsillo de su vaquero y mandó un mensaje. En seguida recibió una respuesta.

—Dice que te lo trae para aquí ahora.

—Vale. ¿Cómo estás tú?

Ella se puso nerviosa.

—De eso quería hablarte. Me he hecho las pruebas esta mañana. —Se mordió el labio inferior, intranquila—. He dado positivo. Estoy embarazada.

Él se quedó sin palabras. Solo podía mirarla, buscando algún signo en ella que le dijese qué era lo que pensaba hacer. Al final, tuvo que preguntar, puesto que Cristina lo contemplaba de igual manera, como esperando a ver cómo reaccionaba.

—¿Y bien? ¿Qué quieres hacer?

—¿Qué quieres tú, Mario?

El corazón del hombre se saltó varios latidos seguidos.

—Creo que ya lo sabes. Me gustaría que siguieses adelante, pero que estuvieras conmigo.

Ella lo miró con angustia y un millón de indecisiones pintadas en sus ojos azules.

—Me gustaría hacerlo, y me gustaría creerte, pero...

—Cristina, te quiero. Me tienes loco desde hace mucho tiempo. ¿Crees que me hubiera ido contigo esa noche si no sintiera nada por ti? —Se acercó tanto a ella que fue capaz de oler su

perfume—. Si no te respetase, Eva me mataría, y tu padre, y...

—Te cansarás de mí y te irás en busca de otras. —Agitó la cabeza—. No puedo hacerlo.

Mario puso las palmas de sus manos sobre los delgados hombros y la obligó a que lo mirase.

—Vamos a hacer una cosa, Cristina. No te estoy pidiendo que nos casemos. Ni siquiera que te vengas a vivir conmigo, aunque es lo que más desearía —admitió—. Te dije que te iba a demostrar que estabas confundida conmigo, y eso es lo que quiero hacer. Necesito que confíes en mí. ¿Te parece que empecemos saliendo un poco? ¿Qué puede pasar? ¿Que te deje embarazada?

Por como ella lo observó, no parecía que estuviese poniendo un buen ejemplo.

—Ya lo estoy —musitó.

—Déjame que te cuide, que sea... tu novio.

Ella se pasó la lengua sobre el labio inferior, inquieta.

—Hay algo que necesito saber, y tienes que ser muy sincero conmigo. Si no hubiera niño ¿querrías estar conmigo también?

—Siempre he querido estar contigo y nunca me he atrevido a decirlo, por cómo lo verían los demás. Tal vez antes no, pero una vez que Paula descubrió lo nuestro, me propuse conquistarte. Sé que al menos te gusto un poco.

Ella sonrió de manera fugaz. Sus ojos azules chispearon como dos piedras preciosas.

—Me gustas bastante.

—Yo te quiero, a ti te gusto yo. Eso, por ahora, es algo —bromeó, sin poder ocultar lo dichoso que se sentía.

—También te quiero. Siempre has sido mi *crush*.

—¿Qué es eso?

—Mi persona especial, mi amor imposible y platónico.

Se sorprendió. Jamás se le había pasado por la cabeza que ella pudiera sentir eso por él.

Estaba a punto de besarla sin importar que ambos estuvieran justo en la entrada del taller con unos cuantos pares de ojos sobre ellos. Pero la bocina de un camión hizo que levantara la mirada hasta la cabina del tráiler que acababa de entrar en la calle.

—Es tu padre —dijo, sonriendo nervioso.

—No le he dicho nada, Mario. Vamos a esperar un poco para hacerlo.

Él frunció el ceño.

—¿Tenes miedo? Si es así, yo puedo acompañarte cuando se lo cuentes.

—No —respondió ella—. Pero quiero decírselo de un modo tranquilo, en casa.

—¿Estás segura?

—Sí, de verdad. Sé que no va a haber ningún problema.

—Como tú quieras, canija.

Héctor se bajó del tráiler, se acercó a ellos y saludó a Mario con un apretón de manos y a su hija con un beso en la mejilla.

—¿Qué tal? Me ha dicho Cris que podía venir ahora.

—Sí. ¿Podrías estacionar el camión allí? —Señaló las puertas de un garaje que les pertenecía. De ese modo, aquel monstruo no molestaría a los demás clientes.

El hombre le entregó las llaves a Cristina y, con el mentón, indicó el lugar que había dicho Mario.

Ella se despojó de la mochila, que colgó en un hombro, y se fue hacia la cabina. Subió con agilidad los altos escalones y en seguida puso aquella mole en marcha. Tanto Raúl, como el personal y resto de los usuarios, se asomaron a mirar. Esperaban que la chica, como poco, arañase el vehículo. Sin embargo, ella lo aparcó a la primera sin ayuda ni indicaciones. Le dio las llaves a Mario.

—Me voy a casa de Pauli, tengo que hablar con ella —dijo, despidiéndose.

Mario la siguió con la vista hasta que salió de su campo de visión.

—Dime, Héctor —caminó con el hombre hacia el camión—, ¿qué le sucede?

—He visto esta mañana que había agua en el aceite del motor.

—Eso va a ser de la junta de culata, que está quemada o en mal estado.

Capítulo 7

La vida es un sueño maravilloso

Raúl y Eva no tomaron nada a bien que Mario estuviera saliendo con Cristina. Mucho menos el haberla dejado embarazada. Pero, por más que dijeran y opinaran sobre el tema, terminaron con la promesa de que él nunca le haría daño ni la engañaría.

Cristiana tampoco pudo evitar que Eva le diera un sermón. Después de todo, la veía más que a su propia madre.

Héctor fue el último en enterarse, y la joven pudo ver en sus ojos que la noticia le hacía ilusión. Le gustaba mucho Mario como yerno, aunque también advirtió a su hija sobre la diferencia de edad que existía entre ellos.

Cristina escuchó con atención todas las advertencias y consejos que le dieron. Todo ello lo empaquetó en un rincón de su mente y se lanzó de lleno a la relación, confiando en Mario. La falta de confianza era el único obstáculo que impedía que fueran felices, y necesitaba superarlo.

Mario resultó ser diferente a lo que ella creía. La mayoría de las veces siempre estaba bromeando. Hacía que ella se riera muchísimo con sus payasadas. Le permitió hacer prácticas en su taller y empezaron a compartir mucho tiempo juntos.

Él se portaba con Cristina como un verdadero caballero, novio y amante devoto. Siempre pendiente de ella, y eso la halagaba.

No importaba con quién estuviera hablando que, si ella llegaba para decirle algo, interrumpía la conversación solo para escucharla.

Por el contrario, en la cama no era tan caballero, y eso también le encantaba. Su poder de seducción era extraordinario. La excitaba. A veces llegaba a hacer que se sonrojase de la cabeza a los pies, y en otras ocasiones era ella quien lo obligaba a suplicar por tenerla.

Cristina retrasó la visita a su madre y, a finales de Julio, Paula planeó un largo fin de semana, de jueves a domingo, para toda la familia, en un camping de la playa de Levante.

El lugar contaba con todas las instalaciones muy bien equipadas; duchas, baños, agua caliente, restaurante, supermercado, piscina, pistas deportivas y discoteca, a pie de playa.

—¿Paula va a dormir con nosotros? —le preguntó Mario en el oído, al ver como su prima metía todos sus bártulos en la tienda de campaña que Cristina y él iban a compartir.

Cristina se limitó a encogerse de hombros y a responder de la misma manera:

—Es tu prima y no pienso meterme en medio.

Lo de en medio no fue retórico, puesto que aquella noche, y las demás, durmió entre él y Paula, cual bocadillo de mortadela, sobre unos incómodos colchones hinchables.

La primera noche fue la peor. Ella nunca había dormido en la calle y le preocupaba que solo una delgada lona fuera a protegerlos de las inclemencias del exterior. No se cansó de dar vueltas y de molestar, sobre todo a Paula, ya que Mario, una vez cerró los ojos, se quedó frito por completo. Aunque él, al día siguiente, alegara que se había enterado de todo. Cristina lo dudaba.

Las mañanas tampoco fueron muy buenas para ella. Nada más poner los pies fuera de la tienda, sentía náuseas y debía salir corriendo hacia los aseos. Mario la acompañaba siempre, pero él no tenía más remedio que quedarse en la puerta. Los baños eran diferentes para hombre y mujer.

Sin duda, lo mejor y más memorable eran los largos paseos que daban por la playa al atardecer. Y cómo, sentados en la orilla, dibujaban corazones sobre la arena y observaban al sol esconderse, dando paso a la luna, que convertía las aguas del mar Mediterráneo en plata.

En el mes de octubre, Cristina decidió mudarse al apartamento de Mario. Lo pensó mucho y antes pidió permiso a su padre. Prometió que continuaría pasando por casa siempre que él no estuviera de ruta, y sintió una gran pena al salir de su hogar. Pero también mucha ilusión por la nueva vida que iba a comenzar con el hombre que amaba.

Poco a poco fueron decorando la casa al gusto de los dos y en noviembre comenzaron a conversar de boda.

Ella quería esperar a que naciera el niño —la última ecografía confirmó que era un varón—, para poder casarse con un bonito vestido y sin tripa. Estaba de cinco meses y su estado ya se notaba.

Cogieron fecha para mayo, de ese modo el bebé ya tendría más de un mes. Pactaron el restaurante y la iglesia e involucraron a Paula y a Eva para que los ayudaran con la organización.

A Cristina le sorprendía que la madre de su amiga fuera a ser su tía, y a veces bromeaba con Paula, llamándola prima.

—¿Y qué sabes de tu madre? —preguntó Mario una tarde en la que ambos descansaban en el sofá. Terminaban de ver una película de aventuras. Cristina estaba recostada sobre él y, distraída, enredaba su dedo en uno de sus gruesos mechones castaños.

—Ayer hablé con ella. Quiere estar presente cuando nazca su nieto, de modo que la tendremos con nosotros a primeros de marzo. —Alzó la vista para mirarle a los ojos—. Lo bueno es que Charly no va a acompañarla. Él vendrá para la boda.

—¿Ella se queda aquí en casa?

Cristina se mordió el labio inferior.

—Sí. Con mi padre no quiere quedarse, y me parece absurdo que pague un hotel, aunque eso es lo primero que me dijo. No quiere molestar. —Se incorporó un poco para ver mejor cada uno de sus gestos—. ¿Te importa?

—No. Hombre, parece buena persona por lo que he visto en las videoconferencias.

—Lo es. —Ella dejó caer la cabeza sobre su pecho—. No es la mejor madre del mundo, pero no es mala.

—¿Por qué dices eso?

—Me hubiera gustado verla mucho más. Ella siempre ha tenido dinero suficiente para poder escaparse a España cuando le diera la gana, sin embargo, no ha sido así.

—¿Ha sido difícil que te criara tu padre?

—A veces sí, y más cuando eres una mujer. La primera vez que me bajó el periodo, se fue al supermercado y me trajo támpax del tamaño de un elefante. Me asusté solo de pensar que debía meterme eso por ahí. —Soltó una risa al recordar—. Creí que perdía la virginidad. Me puso hasta vídeos de YouTube para que aprendiera. Yo me moría de la vergüenza.

Mario se echó a reír.

—Puedo imaginarme a Héctor.

—Una vez le dije a mi vecino que, si volvía a decir que yo era su novia, lo iba a enterrar vivo.

—Te cuidaba, es normal.

—¡Mario! ¡Teníamos seis años!

Él soltó una risotada.

—¿Ves?, eso también me lo imagino. Tu padre es genial.

—¿Es genial, de qué es genial? ¿O solo lo dices porque ahora todos los camioneros de la zona van a tu taller a hacer las revisiones?

—Por las dos cosas —admitió. Se giró un poco para poder mirarla de frente y besó sus labios con suavidad—. Si no estuvieras tú, ayudándome con esos pedazos de cacharros, no podría hacerlo. Sé te da de miedo manejarlos. Tienes a todo el personal del taller alucinados. En cuanto ven que te subes a un tráiler, dejan todo solo para observarte.

Cristina se sonrojó.

—En su fuero interno desean que los roce o me choque con algo.

—Pero nunca lo haces —susurró en su oído, besándola. La calidez de su aliento envió un sinfín de corrientes eléctricas a sus partes más íntimas. Él giró, invirtiendo las posiciones en el sofá.

—Mario —susurró.

Él deslizó los labios por sus mejillas para acomodarlos en el cuello y lamer la piel. Respondió con un gruñido bajo.

Cristina se movió contra él. Sentía como el endurecido miembro apretaba su abdomen. Sus bragas se mojaron de inmediato.

Él llevó una mano hasta su pecho para cubrirlo. Entre los dedos, frotó el pezón y lo pellizcó

haciendo que adquiriese una proporción bastante notable.

Cristina comenzó a ronronear igual que un gatito ante un plato de leche. Su mente se apagó, otorgando todo el control a su anatomía.

Con las manos, rodeó el cuello de Mario instándole a que besara sus labios. Él obedeció y hundió la lengua en su boca, de manera apasionada, al tiempo que se mecía con cuidado entre las piernas de ella. Cristina se estremeció. Deseaba tenerlo enterrado en su interior.

Mario debió leer en sus ojos el deseo, pues se apartó de su boca y se alzó lo suficiente para poder sacarle el jersey por la cabeza. Cristina se quitó los pantalones como pudo mientras él aprovechaba para deslizar su bóxer y su pantalón más abajo de las caderas.

Él inclinó la cabeza sobre sus pechos y atrapó un firme y duro pezón entre sus labios. La joven gimió, ansiosa de que profundizara en ella y la colmara del modo en que solo él sabía hacer. Levantó las caderas y volvió a susurrar su nombre. Le imploró hasta que él no tuvo más remedio que acatar sus ruegos. Se introdujo en ella y Cristina se amoldó a su cuerpo. Estaba desesperada por explotar en ese torbellino de emociones que conseguía que se olvidara de todo. Era como si, de algún modo, su cuerpo y su mente se resetearan tras alcanzar el orgasmo.

Todos los músculos de su cuerpo comenzaron a temblar al mismo tiempo que se tensaban como si fueran a partirse.

La boca de Mario se apoderó de nuevo de la de ella y Cristina explotó arqueando la espalda sobre el sofá. Los gruñidos de deseo y satisfacción de ambos se mezclaron los unos con los otros.

—Eres preciosa —susurró entre jadeos—. Y muy sexy a pesar de tener barriguita. —Metió la mano por entre sus cuerpos para acariciar su vientre. Aún no había salido de ella. Les gustaba quedarse así después del acto, recuperando el aliento y haciendo que sus pulsos volvieran a la normalidad.

—¿Dirás lo mismo cuando no sea barriguita y sea barrigaza?

Él se encogió de hombros.

—Te follaré igual.

No era eso lo que ella esperaba oír. Tal vez un: «da igual como estés, siempre serás la única».

Capítulo 8

Sin celebrar las Navidades

Era primeros de diciembre y las temperaturas eran bastante bajas en Madrid. En la televisión decían que España estaba sufriendo una de las peores olas de frío polar de los últimos años. Debía de ser cierto, pues Cristina tenía todo el día los pies y las manos heladas. No salía de casa sin guantes, bufanda, y su gorro de lana.

Mario tenía mucho trabajo, primero por el puente de la Almudena, que se acercaba a pasos agigantados, y después por la proximidad de las Navidades. Todo el mundo quería tener los coches a punto para poder desplazarse, ya bien de vacaciones o, simplemente, para reunirse con la familia.

Cristina todavía se encontraba ágil, aunque comenzaba a sentir calambres en las piernas, sobre todo por las noches. Para evitarlo, comía muchos plátanos y bebía leche, pero estos le daban ardor de estómago. Según Eva e Isabel, se debía a que el bebé iba a nacer con mucho pelo.

Mario trataba de convencerla de que no bajara tanto al taller. Al principio no le hizo caso, pues un par de manos de más siempre venía muy bien. Sin embargo, aquellos días comenzó a ir solo por las mañanas. En casa se dedicaba a preparar la cena y la comida del día siguiente y a repasar los libros de mecánica. Algunas tardes experimentaba con postres nuevos, que salían con una pinta horrible, aunque de sabor estuvieran más o menos bien. Otras tardes se iba a casa de Paula, hacía recados...

Ese día, Eva quería salir a comprar regalos para las fiestas. Paula decidió acompañarla, pero Cristina se quedó en casa. El día anterior Héctor le había regalado un abeto de Navidad, y estaba deseando ponerlo en el salón y decorar las paredes.

Empezó a poner cintas de colores en las lámparas, rodeando los cuadros, en el mueble del comedor...

No le gustaban especialmente esas fiestas. Casi nunca las celebraba, pues con Héctor no podía contar, al no saber cuándo le tocaba salir de ruta; y cuando él, por un casual, estaba en casa, cenaban, quizá de un modo más abundante, veían la televisión y se iban a dormir en cuanto les

entraba el sueño.

Pero ese año Cristina quería que fuera especial para todos. Era la primera vez que su *crush* y ella estaban juntos. En Nochebuena iban a ir a casa de Eva, y ellos celebrarían las campanadas de fin de año en su piso. Con un poco de suerte, si Héctor estaba, tenía pensado acompañarlos y llevar a la mujer con la que estaba saliendo.

Cristina terminó de decorar y se detuvo a contemplar su obra de arte. Pensó divertida que había convertido el salón en una tienda de chinos, con todo entremezclado, lleno de cintas, adornos y lucecitas de colores que parpadeaban sin parar. Imaginó la cara que pondría Mario cuando lo viese.

Cogió el teléfono e hizo unas fotografías para guardarlas de recuerdo. Quería que aquello fuera una tradición que continuara durante muchos años.

Escuchó que se abría la puerta principal y se extrañó de que Mario llegara tan pronto. Miró la hora en el móvil. Eran las siete y él solía llegar sobre las ocho y media.

¿Habría ocurrido algo?

Dio unos pasos hacia la entrada y se detuvo de golpe. No fue él quien asomó en el salón cargado con una gigantesca maleta. Se trataba de una mujer mayor que ella, un poco rolliza, pelo moreno, nariz pronunciada y que miraba a Cristina como si la hubiera pillado cometiendo un crimen.

—¿Quién eres? —preguntó la mujer de muy malos modos, echando un vistazo rápido al salón.

Después de pasar la sorpresa de ver cómo una extraña entraba en su casa como si de algún modo le perteneciera, Cristina la miró de igual modo.

—¿Quién eres tú y por qué tienes las llaves de mi casa?

La otra sonrió con desfachatez y respondió contundente:

—Esta casa es de Mario, mi novio, y tengo todo el derecho de estar aquí.

Cristina sintió que se atragantaba y que la furia invadía su cuerpo. También la decepción. Estaba muy confundida. ¿Por qué Mario había entregado las llaves a esa mujer? ¿Quién era ella?

—Tú no eres su novia —se atrevió a decir.

—¡Claro que lo soy! —La mujer había dejado la maleta en el suelo y se frotaba las manos, calentándolas—. Y te lo diré él mismo en cuanto llegue. Lo que no sé es quién eres tú y qué haces aquí. —Lanzó una mirada a su abultado vientre, que si hubiera sido una lanza de fuego, le habría abierto un agujero profundo y quemado viva.

—Mario y yo nos vamos a casar —dijo Cristina.

Eso debía de bastar para que la otra se disculpara y le dijera exactamente qué era lo que estaba haciendo allí. Pero, lejos de aquello, la recién llegada se echó a reír en su cara.

—¡Olvídate de eso! Mario no se va a casar nunca contigo. No eres más que una cría a la que está tomando el pelo.

—Mientes. Tú no sabes nada.

—¿Lo crees? Miento y por eso tengo su llave. Bien, llámalo y dile que Carla está aquí, a ver

qué te dice.

Al escuchar su nombre, Cristina se sintió morir. Sus piernas temblaron. No conocía a Carla, pero sí había escuchado hablar de ella muchas veces. Sus ojos celestes se llenaron de lágrimas. Una parte de ella se negaba a aceptar lo que le estaba diciendo, pero la otra solo era capaz de insistir en que se lo había advertido.

—Es mejor que regreses cuando él venga. Saldrá del taller dentro de un rato.

—No voy a salir de aquí. La que saldrá por esa puerta serás tú y ¿sabes por qué? —La mirada de Cristina la perseguía—. Porque siempre es así. Él puede estar con muchas mujeres, no te lo niego. Sin embargo, siempre vuelve a mí. Tarde o temprano siempre lo hace.

Cristina sentía que se ahogaba. Carla estaba tan convencida de lo que decía, que toda la confianza que había puesto en esa relación, parecía resquebrajarse como un delgado vidrio. Le dolía el corazón tanto que pensó que se iba a partir en dos.

Asintió, tratando de fingir lo mucho que le costaba estar frente a ella. Indicó una silla que rodeaba a la mesa de comedor, con el dedo.

—Puedes pasar a esperarlo.

Carla cogió su equipaje y caminó directa al dormitorio principal para dejarlo allí junto el abrigo. Cristina quiso detenerla, gritar que ahí no podía entrar, que aquel santuario era solo suyo y de Mario, pero las palabras se engancharon en su garganta y se negaban a salir.

—Supongo que tendrás que sacar de aquí todas tus cosas —dijo Carla, regresando al salón sin la maleta y sin siquiera mirarla.

Para Cristina fue mejor así, de ese modo la otra no podía ver cuánto la estaba humillando y el dolor que estaba causándola.

—¿Hay algo de comer? —Sin reparo, Carla fue a mirar en la nevera y rebuscó hasta sacar un yogur bebido—. Voy a decirle a Mario que me lleve a cenar por ahí. Tenemos que celebrar que he regresado a Madrid. —Se acercó al salón y apoyó un hombro en el marco de la puerta—. Así como estás, no creo que puedas follar mucho con él. ¿Verdad?

Cristina sintió el impulso de llamar a Paula para que acudiera en su ayuda, pero no quería meter en problemas a su amiga.

—No es de tu incumbencia lo que hagamos o dejemos de hacer —respondió.

Los labios de Carla formaron una sonrisa socarrona y divertida.

—Se va a alegrar mucho de verme, te lo puedo asegurar.

Sin decir ni una palabra más, Cristina se encerró en el dormitorio, perdida, sin saber qué hacer o cómo reaccionar. Se maldijo por haberse mudado a esa casa. Al apartamento donde Mario llevaba a todos sus ligues. Observó la cama con odio y, en un arrebato, arrancó las sábanas tirando el abrigo y la maleta de la otra al suelo. Después se sentó sobre el colchón, dispuesta a esperar las explicaciones de Mario. De lejos, escuchó como Carla trasteaba con los cacharros de la cocina y por el salón.

No pensaba llorar mientras esa mujer siguiera caminando por su casa como si tuviera todo el

derecho del mundo.

No sabía cuánto tiempo pasó, hasta que escuchó la puerta. Salió del dormitorio en el momento en que Carla y Mario se fundían en un abrazo frente a sus narices.

—Sabía que no iba a funcionar —murmuró.

Estaba agotado y deseando llegar a casa. Quería ver a Cristina, acostarse junto a su cuerpo blando y descansar. Pero a quien encontró de pie, en el salón de su casa, fue a Carla que, nada más verlo, se echó en sus brazos con una efusividad que le desconcertó.

Confundido, devolvió el abrazo.

—Sabía que esto no iba a funcionar —escuchó la voz de Cristina. Se encontraba en el pasillo, mirándolo con angustia y desilusión.

—¿Qué ocurre, canija? —Dio un paso hacia ella, mas Carla no le soltó y no podía apenas moverse sin hacerle daño.

—¿No me vas a saludar? —preguntó Carla llamando su atención, al tiempo que tiraba de su cabeza para que la besara.

Él se desenredó de sus manos. En ese instante, Cristina desapareció en la habitación y cerró con llave.

—Déjame entrar —pidió él empujando la puerta con el tirador en la mano. Cristina se negó a abrir—. ¿Qué estás haciendo aquí, Carla? —preguntó volviéndose hacia ella.

—He venido a pasar las Navidades. Parece que no te alegras mucho de verme.

—¿Qué ha sucedido con Cristina? ¿Qué le has dicho?

Carla caminó hacia el salón, negándose a continuar con aquella conversación en el pasillo. Una vez en la sala, observó a Mario con enojo. Él la había seguido.

—¿Por qué me miras como si hubiera dicho o hecho algo malo? ¿Y por qué estás saliendo con esa mocosa?

Oírle decir eso de la mujer que quería, lo enfadó más que cuando la encontró a ella con otro tío en su cama. En esa época, él creía que la quería de verdad. Siempre se habían llevado muy bien, hasta llegar al punto de convertirse en uña y carne. Sin embargo, su traición lo dejó echó una piltrafa. Y, de no ser por su familia, no habría salido nunca del oscuro pozo al que ella lo empujó.

—Te aconsejo que no te dirijas a ella en esos términos. Solo dime qué es lo que le has dicho para que esté así.

Los ojos oscuros de Carla se abrieron con sorpresa. Se llevó una mano al pecho.

—¿Yo? Yo no le he dicho nada, o quizá le haya contado la verdad.

Mario frunció el ceño.

—¡Joder, Carla! —Se calló al oír la puerta del dormitorio. Miró hacia allí. Cristina salía

tirando de la maleta de ruedas que habían usado para ir a la playa. El corazón le dio un vuelco al ver lo que eso significaba—. Cristina... —susurró.

—No, Mario. No quiero saber nada. Héctor va a venir a buscarme ahora.

—¡No! ¡Escúchame! Tenemos que hablar. No...

—De verdad —musitó ella en un hilo de voz que le rompió el alma—, ahora no puedo con esto. No quiero hablar. —Los ojos azules se deslizaron hasta Carla y él siguió su mirada. La otra estaba acomodada en el sofá y los contemplaba como si fuera un mero espectador.

—No me hagas esto, canija, por favor —suplicó Mario de nuevo, con el corazón golpeando frenético en su pecho. No podía creer que aquello les estuviera pasando a ellos. Sentía deseos de estrangular a Carla y, al mismo tiempo, de romper a llorar como un niño.

—No vuelvas a llamarme así —le respondió ella, tomando asiento muy erguida frente a la mesa alta del comedor. Clavó sus ojos, enrojecidos por el llanto, sobre la superficie. Estaba destrozada.

Él estaba destrozado, y lo peor era que sabía que, dijera lo que dijese, ella no le iba a escuchar en ese momento.

—Bueno. —Al ver que todos estaban callados, Carla quiso propiciar una conversación—. ¿Cómo está tu familia, Mario?

Él se sentó en el sillón, lejos de Carla y desde donde podía ver a Cristina. Tenía tanto miedo de que ella saliera de su vida, que no sabía qué hacer.

—Todos bien —respondió por inercia.

—Mi abuela está algo fastidiada. ¿Podrías llevarme mañana a verla? Preguntó mucho por ti.

Mario sacudió la cabeza. No quería hablar con Carla. Solo quería estar pendiente de Cristina. Ella se estaba recogiendo la melena rubia bajo su gorro de lana y se colocaba los guantes con lentitud, como si tuviera que ponérselos a la perfección con todos los hilos y las costuras alineadas.

Héctor llegó muy pronto, o a él se le hizo muy breve el tiempo de espera. Carla había continuado hablando de fondo, sin embargo, él no había prestado atención a ninguna de sus palabras.

La misma Cristina se levantó a abrir, antes de que él pudiera levantarse.

Héctor entró, lo saludó con un escueto movimiento de cabeza y agarró la maleta de su hija.

—¿Estás bien, Cris? —preguntó Héctor con preocupación. Ella asintió, sin hablar.

Mario quiso llamarla antes de que se marchara. Tal vez lo hizo, porque Héctor giró la cabeza hacia a él. Sus ojos lo miraron con dureza. Ella salió de casa con la mirada baja, encogida dentro de su plumas blanco y su gorro de lana.

Él se quedó con la vista perdida sobre la puerta que acababan de cerrar. Solo era capaz de verla a ella, marchándose, y él no podía vivir sin ella.

—¿Mario?

Le llevaron los demonios escuchar la voz de Carla. Se volvió hacia ella, iracundo, echando

fuego por los ojos. Todo su cuerpo había entrado en tal tensión que parecía que iba a romperse.

—¡Lárgate de aquí!

—¿Qué?

—¡Que recojas las putas cosas que has traído y salgas de mi casa!

—Oye, no puedes hablar en serio. ¿Piensas dejarme tirada en la calle a estas horas?

Furioso, recorrió la casa hasta encontrar su maleta y el abrigo tirado en el suelo del dormitorio. Lo llevó todo hasta la puerta.

—¡He dicho que te vayas ahora si no quieres que cometa una locura!

Carla se levantó deprisa del sofá, realmente atemorizada con su actitud. Se puso el abrigo.

—Mario, yo no quería...

—No digas ni una palabra. —Tendió la mano hacia ella—. Dame las llaves del piso.

Carla obedeció en el acto y, con mano temblorosa, se la entregó.

—Hace mucho frío en la calle —suplicó.

Mario abrió la puerta para que se marchara. No soportaba verla ni un minuto más. Quería acabar con ella y destruirla. Nunca le había tenido tanto rencor a nadie como en ese momento.

Cuando se quedó solo, se sentó en la misma silla donde Cristina había esperado a Héctor. Por vez primera, se dio cuenta de que la casa estaba llena de adornos y cintas de Navidad. El abeto lucía junto a la ventana —ella dijo que quería colocarlo allí para que se pudiera ver desde la calle.

Rompió a llorar igual que un crío. No recordaba la última vez que lo hizo. Tal vez cuando murieron sus padres, cuando él contaba con quince años.

Llamó a su tío. Necesitaba su consuelo, un abrazo, y quizá, que le dijera que todo iba a ir bien. Que Cristina iba a regresar con él.

Capítulo 9

Phoenix, Arizona

Charly consiguió un billete para Phoenix con una rapidez increíble.

Cristina necesitaba poner distancia con Mario y no dudó ni un segundo cuando su madre le ofreció que se fuera con ella.

A Héctor no le gustaba su idea. Insistía en que debía de hablar con Mario y solucionar las cosas. Él llevaba llamando todo el día, pero Cristina no se sentía con fuerzas, ni tenía ganas de escucharlo. Solo podía pensar en la decepción tan grande que su traición provocaba en ella. Había creído en sueños, en una quimera que la noche anterior había caído en un profundo abismo del que no iba a ser fácil salir.

—Al menos, despídete de los demás —había dicho Héctor cuando empezó a meter en el maletero del coche su equipaje.

Sin embargo, Cristina no se sintió capaz de hacerlo.

—Llamaré a Pauli cuando esté instalada en casa.

El trayecto hasta el aeropuerto se hizo tan en silencio que, solo las gotas de lluvia golpeando la chapa del coche, era lo único que se escuchaba.

El viaje a Phoenix duraba de media unas catorce horas, tiempo suficiente para pensar qué era lo que Cristina iba a decirle a su amiga. No quería que, por su culpa, surgiera la enemistad entre ella y Mario.

Se despidió de su padre con un abrazo muy fuerte y pasó a la sala de espera de la terminal. Dejó el bolso de mano y el abrigo sobre una silla y contempló, a través del mirador del aeropuerto, cómo los aviones aterrizaban y despegaban en la pista. El cielo estaba encapotado y lucía de un gris tan negro que parecía que era de noche, cuando solo eran las nueve de la mañana. El suelo se hallaba brillante y húmedo de la llovizna que no dejaba de caer desde la tarde anterior y las luces del aeropuerto se reflejaban en él como si flotaran a la deriva.

Apoyó la cabeza en el gigantesco cristal, sintiendo el frío en su frente. Se había pasado llorando todo el día y ya no le quedaban más lágrimas. O eso creía, porque sus ojos parecían una

fuente inacabable.

Una hora después llegó la azafata, que dirigió a todos los viajeros a la zona de embarque. El sitio de Cristina estaba junto a la ventana. Se acomodó, se puso los auriculares y, con los ojos cerrados, inició el viaje, dejando atrás todo lo que más amaba en ese mundo. Era joven, y era fuerte. En algún lugar sería capaz de recomponer su vida y pegar esos vidrios que aquella noche de diciembre cayeron haciéndose añicos.

Durante el vuelo sintió vibrar varias veces el móvil. No quiso mirarlo. Cuando todo estuviera más tranquilo, cuando la serenidad volviera a ella, arreglaría todo lo que había dejado pendiente. Llamaría a Paula a su llegada, sí. Pero debía estar segura de que su voz aguantaría sin desplomarse.

Llegó a Sky Harbor justo a media noche. Su madre y Charly la esperaban en la entrada del Museum Gallery. Este no era muy grande y lo visitaba siempre que iba, era muy entretenido e interesante. En aquella ocasión, lo único que quería era fundirse en los brazos de su madre y olvidarse de todo lo demás.

Isabel lo intuyó porque, nada más verla, acortó la distancia hasta ella y la abrazó con fuerza. Cristina se acurrucó contra ella, llorando sobre su hombro, desconsolada.

—Mi niña —susurró con cariño, tratando de animarla, mientras acariciaba su cabeza con ternura—. Esto no es el fin del mundo.

¿Por qué ella se sentía como si lo fuera? Se retiró las lágrimas con las palmas de las manos.

—Hola, Cristina. —Charly, que esperaba a que Isabel la soltara, propinó un beso en la mejilla de la joven—. ¿Qué tal el viaje?

Cristina hipó un par de veces antes de poder controlarse del todo. Isabel le entregó un pañuelo para que se limpiara la cara.

—Muy bien, Charly —respondió con la voz tomada por el llanto—. ¿Cómo estás tú?

—Bien. Aquí todo sigue igual que siempre.

Cristina los observó a ambos. Tenían las pieles bronceadas, seguramente de haber estado tomando rayos uva. La capital era famosa por sus atractivos turísticos con *resorts* con spa de lujo, campos de golf, clubes nocturnos... Se les veía muy bien.

—Lamento haberos hecho venir a estas horas a buscarme.

—No te preocupes por eso —contestó educado, al tiempo que se apoderaba de su maleta—. Yo te la llevo.

Isabel se agarró al brazo de su hija y, con afecto, pasó la palma que tenía libre sobre su vientre. Sintió a su nieto agitándose con suavidad, como la débil ola que surca la orilla de un río.

—Aquí vas a estar muy bien, cariño. Vamos a preparar una habitación para cuando nazca el niño. Cuidaremos mucho de ti. Verás que vais a ser muy felices viviendo con nosotros.

Cristina asintió. Con esa idea había llegado, sin embargo, notaba que ya empezaba a echar de menos muchísimo a Héctor, y a Paula, y a... Mario. Solo pensar en él le producía un dolor sordo que destruía su razón de ser.

—Lo sé, mamá. Aquí estaremos bien —susurró haciéndose la fuerte.

—La pena es que no vas a poder montar a caballo hasta que des a luz. Con lo que te encanta eso, ¿verdad?

Adoraba montar a caballo y pasear por los alrededores del valle en las afueras de la ciudad. Tenía al menos doscientas fotografías hechas con caballos y con cactus.

—Tendrá tiempo para ello —contestó Charly, animándolas a que echaran a andar hacia la salida.

A pesar de las horas tan tardías, en el aeropuerto había mucha gente. Del hilo musical emanaban villancicos que impregnaban el lugar de campanillas.

—Mucho tiempo. —Cristina le dio la razón con un suspiro. Devolvió el pañuelo a su madre, que lo guardó en el bolso.

—¡No puedo creerme que te vayas a quedar a vivir con nosotros! ¡Estoy tan emocionada! — Isabel volvió a darle un achuchón—. Hace poco han abierto un autocine nuevo. ¿Recuerdas cuánto te gustan?

Afirmó con la cabeza. Le gustaban los autocines, y ver Phoenix por la noche cuando todos sus edificios brillaban como las luces de Navidad, pasear por Roosevelt, el distrito del arte... Pero lo que más le gusta era admirar el paisaje agreste de las montañas del desierto. Los caminos solitarios por los que los antepasados Apache habían caminado...

La capital de Arizona estaba situada en una gran llanura rodeada de montañas y ocupaba el quinto lugar entre las ciudades más grandes de los Estados Unidos, por población. Su ayuntamiento era un edificio que constaba de veinte pisos.

Llegaron al aparcamiento donde Charly tenía el coche. Poseía varios que eran de su propiedad, pero el Mercedes negro con asientos de cuero blanco era el que más usaba.

—¿Has cenado, Cristi? —preguntó Isabel mientras abría la puerta.

Cristina pasó primera y después lo hizo ella, dejando que Charly fuera solo, conduciendo.

—Me dieron algo en el avión, un salmón que estaba tan seco como un vaso de talco.

—Un vaso de talco —repitió divertida.

Cristina estiró los músculos de la espalda.

—¿Podemos pasarnos por ese sitio en el que hacen perritos calientes con cebollita frita? ¿Cómo se llamaba?

Isabel observó a Charly, que las miraba por el retrovisor.

—¿Crees que estará abierto ese puesto a estas horas?

—Seguro que sí. El infierno rojo. —Sonrió—. No sé cómo te gusta tanto comer en esos puestos callejeros. Es todo comida basura.

—Ya lo sé —Cristina se echó a reír—, pero llevo todo el viaje pensando en uno de esos. —Se tocó la barriga. No mentía. Estaba deseando hincarle el diente al bocadillo. En España también existían pero, sin lugar a dudas, no eran igual, y no estaban tan buenos.

—Pues no vamos a dejar que el bebé salga con un antojo —dijo él, poniendo el coche en

marcha.

—No vaya a ser que nazca con un perrito caliente en la frente —soltó Isabel entre risas.

El Mercedes recorrió la ciudad mientras Cristina la observaba con la cara casi pegada al cristal. Llevaba un año y medio sin ir.

Unos minutos más tarde, Charly detuvo el coche junto a la acera, cerca del puesto. Era una furgoneta roja, que sostenía un lateral abierto. Llevaban el negocio dos empleados y una cocinera. Tres o cuatro personas esperaban la cola cerca de una pizarra de pie, en la que podía leerse el nombre del *food truck*, El infierno rojo.

Charly se quitó el cinturón y se volvió a mirar hacia Isabel.

—¿Tú quieres algo?

Isabel arrugó los morros y sacudió la cabeza.

—Yo no quiero eso.

—Pues yo me voy a tomar uno. Cristina, ¿lo quieres con todo?

—Sí, por favor, y con mucha mostaza —respondió saliendo del coche también.

Charly no tardó en regresar. Puso en las manos de Cristina un perrito grasiento con una pinta increíble y un sabor que conseguía llevarla a los cielos. La cebollita crujía entre sus dientes y la mostaza chorreaba por sus dedos, pero no importaba. Para ella, era obligado pasar por allí cada vez que los visitaba. Y si la estancia era muy larga, llegaba a ir hasta una vez por semana.

En más de una ocasión, Charly había dicho que aquello era un buen negocio para invertir en pedidos a domicilio. Pero aquellos puesto aún no estaban preparados para llevar tanta producción. A lo sumo, se permitían generar una cadena de *food trucks* en distintos puntos de la ciudad, o incluso en diferentes ciudades. Según Cristina, ¿quién quería un servicio a domicilio, cuando la tradición mandaba visitar los puestos en la misma calle?

Charly comió junto a ella, disfrutando de que la noche allí no era demasiado fría. Isabel los miraba con una sonrisa desde dentro del coche.

—Toma, Cristina. —Entregó a la joven un puñado de servilletas que había guardado en el bolsillo de su americana. Ella las cogió y se limpió la boca y los dedos, dándole las gracias—. ¿Quieres otro?

—No, hoy no. Tal vez mañana.

—Tu madre ha comprado varias tarrinas de helado con tus sabores favoritos. —Guiñó un ojo, como si aquello fuera un secreto entre los dos—. Algo me dice que va a querer charlar contigo durante toda la noche.

Cristina se relamió, golosa.

—Ese es el precio que me tocará pagar para poder meter la cuchara en alguna.

—No lo dudes.

Charly abrió la puerta del coche y ella se sentó de nuevo junto a Isabel.

—¿Habéis disfrutado de vuestros perritos?

Ambos asintieron. Habían llevado con ellos el olor a mostaza y ketchup.

—No están tan mal, deberías probar alguna vez, Isabel.

—No, gracias. Si como eso, luego tendré que hacer una semana intensiva de zumba. —Hizo una pequeña pausa—. Cristi, ¿Como está Héctor?

—Bien. Le va bien. Lleva un tiempo saliendo con una mujer. Apenas la conozco, pero no parece que les vaya nada mal.

—Me alegro muchísimo —dijo, sincera—. ¿Le has llamado para decir que has llegado bien?

—Sí, le mandé un mensaje.

—¿Te ha dicho algo de que te vienes a vivir con nosotros?

—Nahh, que me echará de menos. Yo también voy a hacerlo, pero nos llamaremos muy a menudo.

—Y Mario ¿qué ha dicho?

Sacudió la cabeza. Otra vez afloró ese nudo en la garganta que tanto dolía.

—No he hablado con él.

—Pero...

—Mamá, no me apetece hablar de eso ahora —respondió con firmeza.

—Cristina tiene razón, Isabel. Ahora lo que importa es que está bien, y está con nosotros.

—¡Ay! Ahora que me acuerdo. Han abierto una tienda de bebés muy mona. Mañana podemos ir a ver cunas y... ¡tienes que ver toda la ropita que le he comprado! Pensaba llevártela cuando fuera a Madrid.

—Aún no ha nacido y ya estás llenándolo de caprichos —se quejó, fingiendo una alegría que no sentía.

—¡Es mi nieto! Voy a darle lo que me dé la gana. Si no te lo damos a ti y a nuestro pequeñín, ¿a quién se lo daremos?

Su madre y Charly no habían podido tener hijos, aunque lo estuvieron intentando durante los primeros años de estar juntos. Después tampoco les importó demasiado, pues vivían a cuerpo de rey.

—Pues llevas razón —contestó, apoyando la cabeza en su hombro.

Isabel cogió su mano y, durante todo el camino a casa, la estrechó con cariño.

Como había dicho Charly, Isabel quería quedarse con ella charlando a solas para saber todo con pelos y señales. Cristina le pidió dejarlo para el día siguiente, pues no se sentía con muchos ánimos. Su madre lo entendió y dejó que subiera a su dormitorio. Charly había dejado el equipaje junto al armario empotrado y se había ido.

Recientemente habían limpiado la habitación y olía a ambientador de frutos rojos.

Sus ojos azules recorrieron la alcoba. Todo continuaba igual que siempre: las muñecas que aún conservaba se hallaban colocadas sobre la estantería, algunas tenían las caras y las manos pintadas de rotulador; fotografías de Paula y ella seguían estando adheridas al espejo de encima de la cómoda; y, en el armario, todavía quedaban prendas de la última vez que fue.

La casa era bastante amplia con un montón de dormitorios. El suyo se encontraba situado en

un extremo del pasillo, bastante alejado del de Isabel y Charly. Ella misma lo escogió cuando era niña, la primera vez que viajó a Phoenix para pasar sus primeras vacaciones, lejos de su padre.

Suspiró profundamente y fue hasta una de las maletas. Rebuscó un pijama de manga larga que fuera fino. Su madre era una exagerada poniendo la calefacción y en la calle debía de haber al menos doce o trece grados. Los gorditos y mullidos que usaba en Madrid los había dejado en casa de Héctor.

Aunque durante el vuelo cerró los ojos varias veces, necesitaba descansar. Además, intuía que su madre y ella iban a pasar mucho tiempo de compras y debía estar preparada.

Isabel no era una compradora compulsiva, pero Cristina sabía que iba a tratar de mantenerla entretenida todo lo posible para que no pensara en Mario.

Recordó que el congelador estaba repleto de helados. Se calzó unas zapatillas de estar por casa y fue derecha a la cocina a emborracharse de fresa y nata.

En el otro lado del océano eran las nueve de la mañana y Paula estaba despierta cuando llamó. Hablaron primero sobre la salud, y luego Cristina le relató su versión de la historia: el medio enfrentamiento con esa mujer, la humillación, y el abrazo tan afectuoso que Mario y Carla habían compartido delante de ella.

—¿Se pusieron a charlar, como si tal cosa, mientras tú esperabas a que llegara tu padre? — inquirió Paula, atónita.

—Sí —respondió—, hablaban de la abuela de Carla, de cómo estaba tu familia... A ver, no es que tuvieran una conversación muy fluida, seguro que porque estaba yo presente, pero allí estaban los dos, sentados en el salón mientras yo me rompía por dentro.

—No lo entiendo. Estos meses, viendo a mi primo a tu lado, creí que había cambiado. Se os veía tan bien...

—Pauli, puede que no me estuviera engañando en ese momento, no lo sé. Lo que de verdad me dolió fue que le diera la llave de nuestra casa a esa mujer. ¿A cuántas más les ha podido dar una copia?

—Te comprendo, Cris. Aunque creo que es necesario que sepas que mi primo lo está pasando fatal.

—Si solo hubiera echado a Carla de casa, en vez de abrazarla y permitir que se quedara allí, sentada en el sofá como si fuera suyo...

—Tienes razón. Puede que él no lo hiciera adrede pero, desde luego, actuó como el puto culo. Pero tú, Cris... ¡No puedes quedarte a vivir allí! ¡Yo quería estar contigo cuando naciera el niño!

Cristina cogió aire con energía, haciendo un esfuerzo para que su voz no temblara.

—Te prometo que, cuando llegue el momento, te mando un billete. Charly se lo puede permitir. Además, supongo que iré en alguna ocasión a España para ver a mi padre.

—Eso espero.

—Necesito que me hagas un favor. Hay que anular todo lo de la boda...

—Cris...

—No, escúchame bien. Yo me voy hacer cargo de todos los gastos y llamaré a las personas que iban a venir por mi parte. ¿Puedes hacer lo mismo tú con vuestros invitados?

—Sí, lo haré. No te preocupes.

—Muchas gracias, Pauli.

—Ahora te voy a dejar, Cris. Tengo que ir a sellar unos papeles para entregar en el ministerio.

—De acuerdo, da recuerdos a tus padres, y Pauli... cuida mucho de tu primo. No soportaría que le sucediera nada.

Se despidieron. Cristina cerró la tarrina del helado y la devolvió al congelador. En el dormitorio, se asomó a la ventana —en alguna ocasión había alcanzado el árbol que estaba al lado y había trepado hasta el tejado. Desde allí había observado el cielo pensando en regresar a Madrid, cuando se cansaba de estar allí—. En ese momento, el negro satén de la noche estaba cuajado de diminutas estrellas brillantes que parpadeaban. En su estado no podía escalar.

Se introdujo en la cama y buscó calorcito en las sábanas; el calor y la seguridad que, tan solo unos días atrás, había sentido entre los fuertes brazos de Mario.

Mario fue a la casa de Héctor para hablar con Cristina y solucionar las cosas. Era la única manera de conseguirlo, ya que ella no cogía el teléfono. Él no podía permitir que aquello se enfriara y que ella sacara conclusiones falsas de lo sucedido. No tenía ni idea de lo que Carla pudo haber hablado o hecho, porque una mujer dolida y despechada nunca traía nada bueno. De lo que estaba seguro, era de querer criar a su hijo junto a la mujer que adoraba. Su canija.

Pensando en todo eso, llegó a la casa. Encontró a Héctor en el garaje.

—Si has venido a ver a Cris, llegas tarde.

Esa fueron sus primeras palabras al recibirle.

—¿Dónde ha ido?

Héctor dejó aparcado lo que estaba haciendo y sus ojos se posaron sobre él.

—No está en España. Se ha marchado a vivir con su madre.

A Mario, el mundo se le vino abajo. Supo que aquello era el fin para los dos, que se habían agotado todas las posibilidades de poder vivir junto a ella.

Héctor vio que salía del garaje cabizbajo, con la mirada enredada en el suelo.

—Mario —caminó tras él y le detuvo cogiéndole del brazo—, ¿quieres... charlar?

Negó con la cabeza.

—Solo necesito sentarme un momento —dijo agachándose, para poner el culo sobre el bordillo que separaba la acera de la carretera.

Héctor se sentó a su lado. En silencio. Ambos con la vista perdida al frente.

—Voy a abrir una cuenta a nombre de ella para que no le falte de nada. ¿Te importa hacerle llegar las tarjetas?

—No, claro. En todo lo que pueda ayudarte, puedes contar conmigo, pero dime una cosa.
¿Estabas traicionándola?

—No. Te prometo que no.

Capítulo 10

Nadie muere de amor

Durante mucho tiempo, Isabel quiso que Cristina fuera a vivir con ella. Siempre sintió que había hecho las cosas mal. Dejó que se quedara en España con su padre, en vez de luchar por su custodia. Pero, cuando llegó a Estados Unidos, no tenía nada. Su sueño era el de convertirse en una estrella de Hollywood. Recorrió muchas agencias y, lo máximo que llegó a hacer, fue un anuncio de crema para pies.

A Isabel le costó admitirse a sí misma que no era buena actriz, y que, como modelo, era de lo más corrientes. Ni siquiera se acercaba a las chicas de Victoria's Secret.

Conoció a Charly, un empresario con bastante poder adquisitivo, y se casaron. En realidad, Isabel tenía la intención —más de una vez se le había pasado por la cabeza— de, con el dinero de su marido y su influencia, atraer a Cristina. Pero fue ella misma quien no pudo hacerlo. A su modo, quería a Héctor y sabía que la niña lo significaba todo para él. Se conformó con tener a Cristina en vacaciones o alguna semana, de forma esporádica.

Pero ahora estaban bajo el mismo techo y su niña no era feliz. Lo notaba en sus ojos azules, llenos de tristeza desde que había llegado a Phoenix. No sonreía como antaño, y ni siquiera se quejaba cuando le proponía planes, por absurdos que fueran. Cada día que pasaba, Cristina se apagaba más y más, y ella sufría de verla así.

En la última ecografía, les avisaron de que el bebé no estaba ganando peso. Eso era bastante preocupante, y los médicos decidieron que querían controlarla hasta el final del embarazo, para comprobar si, no solo no ganara peso, sino que pudiera estar perdiéndolo.

Cristina la tenía muy preocupada. Parecía, por mucho que le doliera pensarlo, que no sentía ganas de vivir. A veces la encontraba en el cuarto que habían preparado para el bebé —en realidad fue Isabel quien lo hizo, mientras su hija aceptaba todo sin rechistar—, sentada en una mecedora frente al amplio ventanal con los ojos clavados en el cristal, observando un paisaje que en realidad no veía.

Tuvo que hablar con Héctor. El mismo Charly le dijo que lo hiciera. Por su puesto, su

exmarido se preocupó y comentó que quería ir a verla. Isabel no se imaginaba a Héctor soportando catorce horas de vuelo, con el miedo que él tenía a las alturas. Le dijo que no fuera, que si Cristina empeoraba, llamaría. Le aseguró que tenían buenos médicos, y era cierto. Podían permitírselo.

También Isabel podía permitirse tener empleados en casa, aunque no quería que vivieran en ella. Por eso había una mujer que iba a limpiar todos los días y se marchaba justo después de que terminaran de comer y recogiera la cocina. De la cena se encargaba ella. No cocinaba estupendamente, pero se defendía un poco.

Cristina lo hacía mejor que Isabel. Tal vez, por vivir sola con Héctor aprendió a la fuerza. Pero, desde que había llegado, no había hecho la intención de acercarse a los fogones.

—¿Dónde está mi hija? —preguntó, dejando varias bolsas de papel con rótulos de marcas caras, sobre la encimera de la cocina.

Audrey, la asistente, indicó con el mentón a la escalera.

—Está en el cuarto de niño. Lleva allí desde que se despertó esta mañana.

Isabel expulsó el aire por entre los dientes y asintió. No podían continuar con esa situación.

Subió los escalones. La puerta del dormitorio infantil solo estaba abierta por una pequeña rendija. Sin llamar, entró decidida. Cristina, como de costumbre, se hallaba en la mecedora y ni siquiera volvió los ojos para mirarla.

—Cristi, cariño, ¿has comido algo?

Ella sacudió la cabeza. No se había peinado y su cabello caía desordenado sobre los hombros. Todavía estaba en pijama.

—No tengo hambre. Tengo el estómago cerrado.

—Necesito que te vistas y bajas conmigo. Charly ha comprado algo que te va a encantar.

—Ahora no me apetece —susurró.

—Pues haz un poder, cariño. —Se acercó a ella para darle la mano y ayudarla. Cristina levantó los ojos hasta los suyos. Había estado llorando de nuevo—. He hablado con Héctor.

La joven se incorporó con la ayuda de Isabel y, arrastrando los pies, caminó hacia la puerta.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó.

—Que le estás obligando a que deje todo y se venga para acá.

Cristina curvó las comisuras de los labios hacia arriba, apenada.

—Es imposible que coja un avión. Antes es capaz de hacerse los nueve mil kilómetros por tierra y mar.

—Lo sé, eso mismo le he dicho. ¿Te apetece que hagamos una escapada a España y le visitemos unos días? Todavía te queda más de un mes para salir de cuentas. Si se lo decimos a los médicos...

Ella negó con la cabeza.

—Prefiero quedarme aquí, mamá. Voy a vestirme —dijo entrando en su dormitorio con desgana—. Ahora bajo.

Pero Isabel entró con ella a su cuarto. Mientras se ponía ropa holgada de algodón, sus ojos vagaron por las paredes. Nunca habían tocado esa habitación excepto en la pintura, pero ya iba necesitando un cambio. Una cama más grande, una alfombra..., pensó que debían llevar la mecedora allí para cuando el bebé durmiera en la cunita pequeña con doseles de recién nacido, que iba a llegar en dos semanas.

—Veo que has quitado del espejo las fotografías que tenías de Paula. —Descubrió que estaban todas, en un montón sobre la cómoda—. Podías invitarla a venir.

—Lo he pensado, pero no podrá hacerlo hasta verano. Está en fase de prácticas como docente.

—Vaya. Menuda suerte para ella.

—Sí. Pauli siempre ha querido ser profesora.

—¿Estás lista? —preguntó Isabel, cuando Cristina se paró delante de ella, observándola. Asintió—. Pues ven, te va a encantar la sorpresa.

Bajaron la escalera y salieron por la puerta del jardín hacia el garaje. A Charly le cautivaba coleccionar coches. Él último, según él, había sido una ganga. Se trataba de un Chevrolet Bel Air, un icono del sueño americano tras la II Guerra Mundial.

—¡Vaya! —exclamó Cristina nada más verlo. Por unas décimas de segundo, sus ojos volvieron a adquirir su brillo natural—. Es precioso.

—¿Verdad que sí? —Charly salió del cuarto adyacente, donde había herramientas que él nunca había usado.

La joven se acercó hasta el coche y pasó con suavidad los dedos de una mano sobre la brillante pintura verde manzana.

—La carrocería está estupenda. Parece muy bien cuidado.

Él afirmó con la cabeza.

—Teniendo en cuenta que dejaron de fabricar estos coches en 1975, este está niquelado.

Isabel no entendía ni de coches, ni le interesaba, de modo que se marchó del garaje dejando que ellos dos siguieran hablando de motores y fabricaciones. Según Charly, el coche necesitaba varios arreglos y quería que Cristina se encargara de ello. La mujer le había dicho que debía tener en cuenta su embarazo, sin embargo, él estaba convencido de que iba a ser una buena manera de animar a la joven.

Héctor estacionó el camión delante de las dobles puertas de hierro que pocas veces se abrían y buscó a Mario con la vista.

Uno de los mecánicos le señaló la cafetería de al lado, al tiempo que sus labios formaban el nombre de su jefe. Últimamente Mario estaba muy centrado en el trabajo para, de ese modo, no pensar en nada más y tener la mente despejada.

Al entrar en el local, encontró a quien buscaba sentado en una de las mesas, frente a un café y

un dossier con facturas.

Mario alzó la cabeza, lo vio y le saludó con una mano.

—Me han dicho que estabas aquí —dijo acercándose a él.

—Necesitaba tomar algo caliente. —Apuntó con el dedo a su taza—. ¿Quieres tomar algo, Héctor?

Pasó un camarero cerca y pidió otro café para él. Tomó asiento al lado de Mario.

—Tenemos que hablar —dijo.

—¿Has traído el camión?

—Sí, pero no es eso. Quiero hablarte sobre Cris.

—Dime, Héctor. Ahora me encuentro muy liado. ¿Está ella bien?

—Recuerdo cuando nació —empezó a decir—. Me enamoré de ella nada más verla. Era tan rosa y tan pequeña, y tenía los ojos más grandes que yo había visto nunca. La sostuve entre mis brazos, con orgullo. Prometí que siempre la protegería. Cuando su madre se marchó, me pedía por las noches que me quedara con ella porque le daba miedo la oscuridad. Lo hacía hasta que se quedaba dormida. Habla en sueños, ¿lo sabías? —Mario lo miraba con fijeza. Negó con la cabeza—. Por mi trabajo tenía que dejarla mucho tiempo sola. Yo le decía que debía ser fuerte. Que, si quería que estuviéramos juntos, no podía rendirse pues las cosas debían ser así.

—¿Le ha pasado algo? —preguntó con voz rota y humedecidos los ojos.

Un dolor profundo oprimió la garganta de Héctor.

—Ha pasado que se ha rendido. Se ha rendido del mismo modo en que lo has hecho tú. Isabel me ha contado que no siente deseos por vivir, ni ilusión por el bebé.

—¿Y qué puedo hacer yo, si no quiere verme? —Una solitaria lágrima emergió de sus ojos verdes y resbaló por su nariz hasta perderse en su boca.

—No sé lo que harías tú, pero sé lo que haría yo de estar en tu lugar.

Raúl entró en la cafetería y vio que su sobrino y Héctor tenían una conversación profunda.

—Mario, siento molestar —les interrumpió, palmeando con afecto el hombro del otro hombre—. Hay un perito que pregunta por ti. Ha venido a ver lo del Seat.

Mario sorbió por la nariz de un modo que le hizo pensar a Raúl que había estado llorando, otra vez. Se puso en pie.

—Tienes que disculparme, Héctor. Le estaba esperando.

—No te preocupes. Yo también me voy a marchar, que esta tarde debo ir a Málaga.

Mario, al pasar por la barra, entregó cinco euros al camarero y le pidió que se cobrara lo suyo y también el café de Héctor. Se marchó al taller sin poder sacar a Cristina de su cabeza. ¿Qué significaba que se había rendido?

Con exactitud, no sabía qué era lo que Héctor esperaba que hiciera. Ella no aceptaba nada de él. Ni siquiera el dinero que ingresaba en la cuenta para el niño. No le cogía el teléfono y Paula se negaba a ayudarlo para tratar de convencerla. Había utilizado todos los recursos que estaban en su mano y no era capaz de conseguir nada.

El perito y el cliente del Seat esperaban junto al coche que debían evaluar. El conductor se había tragado una farola y toda la parte delantera del vehículo estaba metida hacia dentro.

—Desde luego se ha dado una buena hostia —decía el perito al otro hombre cuando llegó Mario. Los saludó a ambos.

—Por suerte no ha hecho mucho daño al motor. —Mario les mostró las facturas con lo que iba a suponer el coste de las reparaciones—. Aquí va incluida la pintura, también.

El perito cogió la factura y la estudió con atención. El cliente miraba su coche.

—Y eso que fue un golpe tonto —comentó—. Me despisté unos segundos y ni siquiera llegué a frenar. Menos mal que iba a menos de diez.

—¿Qué pasó con la farola? —inquirió Mario—. ¿La tiraste?

—No. —Sacudió la cabeza—. La doblé solo un poco.

—Mejor así. De haberla tirado, el Ayuntamiento podría haber hecho que la pagaras.

—Seguro que si voy en uno de esos —señaló el camión de Héctor, que en ese momento había puesto el motor en marcha y se disponía a salir de la calle—, me la llevo por delante y no me entero.

Sobre el hombro, el perito miró al tráiler.

—Hay que tener huevos para conducir uno de esos.

Mario estuvo a punto de decir: «Mi novia lo hace».

Porque ella era muy grande y podía con todo.

Capítulo 11

Esto no está bien

Charly abrió la puerta del Mercedes para que Cristina bajara y la ayudó, tendiéndole la mano. Ella se encontraba algo pesada. Había cogido más de nueve kilos desde que empezó el embarazo.

Charly y ella venían de comprar algunas piezas para el Chevrolet. Él había convencido a la joven para que fueran juntos a por ellas, aunque sabía que, por el momento, ella no iba a poder ponerlas.

—Voy a llevar todo lo que hemos traído al cuarto de las herramientas —avisó, sacando las cosas del maletero.

—Pero no lo escondas mucho, Charly. Si luego me entran ganas, puedo ir colocando alguna. —Él la contempló con el ceño fruncido y Cristina se encogió de hombros. Se encontraba un poco más animada que las últimas semanas. Pensó que podía deberse a la visita a la tienda de repuestos. Su olor había llevado a su memoria muchas sensaciones—. No te prometo nada.

—Siempre y cuando no te suponga ningún esfuerzo, de lo contrario tu madre nos mata a los dos.

Estaba segura de que, si Héctor y Charly se conocieran bien, ambos podrían llevarse genial.

Caminó hacia la casa y se detuvo a contemplarla. Estaban situados a las afueras de la ciudad, en el immaculado barrio residencial de Anthem. Aquel lugar había surgido veinte años atrás de un desierto. Una comunidad que se planificó de la nada. Pero lo cierto es que existía la escasez de agua, por muchos avances que se hubieran hecho los últimos años. La vegetación, así como los estanques, no eran naturales.

Echó un vistazo al jardín. Estaba bonito y bien cuidado, pero siempre había que estar muy pendiente de él, ya que, en Phoenix, al estar situado en medio del valle, gozaban de pocos días de sol. Un hombre iba a arreglarlo dos veces por semana. También se encargaba de limpiar la piscina los meses de primavera y verano.

El cielo se veía gris suave, cubierto de nubes. A los lejos, aunque aquel día su visión no era de las más nítidas, se encontraban las montañas Superstición. Era una cadena de montañas —

sagradas para los Apache— situada al Este de la capital. Un lugar que la gente visitaba a menudo, y del que solían decir que, aquellos que subían, nunca regresaban, ya que se los llevaban los fantasmas.

Siempre se escuchaba comentar que allí arriba ocurrían cosas inexplicables. Sin embargo, para Cristina, eran tan solo eso, una montaña muy grande y hermosa, donde era más probable recibir un tiro o caerse en una cueva, que encontrar un fantasma.

Se abrazó el vientre unos segundos y curvó los labios hacia arriba en una sonrisa al sentir la patada de su hijo. La embargaba la culpabilidad por haber llegado a desear que el bebé no naciese.

—¿Entramos? —preguntó Charly detrás de ella, tomándola con suavidad del hombro.

—Sí, estoy cansada.

En la cocina, su madre y Audrey medio discutían por la elaboración de un plato.

—Estamos aquí —dijo Charly llamando la atención de las dos.

Isabel se volvió hacia ellos con una esplendorosa sonrisa.

—¿Qué tal os ha ido? —Agarró las manos de Cristina y sus ojos la observaron fija—. Tienes muy buena cara.

—Ha estado bien. —Llegó hasta ella un olor muy rico de la olla que estaba puesta al fuego—. ¿Qué estás haciendo de comida? —preguntó acercándose hasta Audrey.

—Tu madre dice que es *cocino madrileño*.

—Cocido —rectificó Isabel—. La pena es que no hemos podido conseguir la punta de jamón. Pero tiene su chorizo, su tocino y todo lo demás.

—Huele de maravilla. El cocido es mi comida favorita, y la de Héctor.

Isabel acercó una mano a la cara de Cristina para coger un mechón que caía sobre su mejilla y llevarlo con ternura detrás de su oreja.

—Lo sé. Por eso lo hemos hecho. ¿Por qué no subes a cambiarte? Todavía faltan quince minutos más o menos para comer.

—De acuerdo. —Miró a Charly con cariño—. Gracias por llevarme a comprar.

Él se encogió de hombros e hinchó los carrillos.

—Para mí ha sido un placer.

Se despidió de ellos y subió al piso de arriba. Iba decidida a entrar en su dormitorio, pero los ojos se le fueron al del bebé. Esa habitación se había convertido en su refugio.

Con pasos largos entró y cerró despacio, apoyando las manos sobre la puerta. Dejó caer la cara contra la madera y rompió a llorar descorazonada.

Sabía que su madre y Charly solo trataban de hacerla feliz y, sin embargo, Cristina no podía dejar de pensar que lo único que estaban haciendo era borrar de su mente recuerdos para construir otros nuevos.

Sollozaba en silencio. No quería que nadie la escuchara ni que la interrumpieran. Pero, de pronto, sintió dos manos que se colocaban sobre sus hombros, sobresaltándola.

—Esto no está bien —dijo una voz que había añorado muchísimo.

Sin poder creerlo, y temiendo que sus oídos la engañaran, se giró y sus ojos se perdieron en la mirada verde del hombre que seguía amando con locura. La colonia que él usaba penetró en sus fosas nasales embriagando cada uno de sus sentidos. Todos ellos despertando al roce de las moléculas que flotaban en el aire.

Mario estaba guapo. Más guapo que nunca.

—Has venido —murmuró con la voz ahogada por el llanto. Tardó unos segundos en rodearle el cuello entrelazando los dedos detrás de su nuca con intensidad—. No vuelvas a dejarme —susurró, furiosa.

Mario la abrazó con fuerza y enterró la cara en el hueco de su hombro y su cuello.

Cristina notaba sus sollozos y sus gemidos sobre la piel. Le besó la sien y movió las manos hasta su cara para obligarle a que la mirara. Él tenía los ojos tan rojos y húmedos como los suyos.

—Te he echado de menos, canija.

Ella le borró las lágrimas con sus labios.

—Y yo, tanto que duele —murmuró.

La besó en los labios, al principio tierno, después potenció el beso y su lengua jugó con la de Cristina, ansiosa por saborear cada recodo de su boca. Como si de esa manera pudiera recuperar todo el tiempo perdido.

—No tenía que haberme ido nunca. Lo siento tanto... —musitó ella entre beso y beso—. Tenía que haber hablado contigo antes.

—Eres la única, Cristina. Te lo prometo. Nunca he querido a nadie como a ti, y siento que no puedo seguir adelante si no estás a mi lado. Estamos destinados a estar juntos. Soy tu *crush*, ¿recuerdas? Porque mi *crush* eres tú.

Mario y Cristina bajaron las escaleras cogidos de la mano. Habían estado hablando un rato en el cuarto del bebé hasta que Charly, desde el jardín, empezó a lanzar piedrecitas al cristal de la ventana y les avisó de que el cocido estaba puesto en la mesa.

Mario contó a Cristina por qué Carla tenía la llave del apartamento, y admitió que sintió tanto miedo de que rompiese con él —era lo que al final sucedió—, que no supo reaccionar. Pero le dijo que, nada más irse con Héctor, obligó a Carla a salir de su casa.

Isabel, la mujer que con ayuda de Héctor había preparado todo, ya conocía a Mario y habían estado charlando mientras Charly y Cristina estaban en la casa de repuestos. Presentó a Mario a su marido.

—Es un placer conocerte —le dijo Charly en un pésimo castellano, estrechando su mano.

Cristina rodeó la cintura —lo que podía abarcar— de Mario, con una sonrisa. Estaba dichosa y

aliviada, y sentía que sus pies volaban por encima del suelo de la felicidad que llenaba su cuerpo.

—El placer es mío, aunque Héctor me ha dicho que no me haga muy amigo tuyo.

Isabel se lo tradujo a Charly con una carcajada. Él también se rio.

—¿Comemos? —preguntó la joven. No tenía nada de hambre, pero habría sido capaz de comerse una vaca, solo por sentarse junto a Mario y escucharle hablar.

—Sí —dijo Audrey—, el *cocino* ya está servido.

Isabel volvió a corregirla.

—Cocido.

Se sentaron los cuatro alrededor de la mesa. Se notaba mucho en la sopa que faltaba la punta de jamón, pero estaba bueno.

—¿Habéis arreglado vuestras cosas? —preguntó Isabel.

—Sí —respondió Mario mirando a Cristina con amor—. Por mi sí.

Ella agarró su mano por encima del mantel. No podía dejar de mirarlo. Temía que fuera un sueño del iba a despertar de un momento a otro.

—Sí, lo hemos arreglado.

—¿Vais a seguir adelante con la boda entonces? —insistió Isabel.

Cristina limpió sus labios con la servilleta y agitó la cabeza.

—Lo anulé todo. Perdimos la señal, y —se encogió de hombros— supongo que deberemos empezar con todos los arreglos desde cero, si quieres aún casarte conmigo —respondió mirándolo a él.

—No lo dudes. Quiero casarme contigo.

El pobre Charly los miraba tratando de saber qué era lo que estaban diciendo, ya que, como Mario no sabía inglés, Isabel y Cristina hablaban delante de él en castellano. Isabel se lo contó y, durante unos segundos, estuvieron comentando algo entre ellos. Después la mujer volvió la vista hacia su hija y hacia Mario.

—Dice Charly que os caséis en Las Vegas. Nosotros os acompañamos.

—¡Mamá! ¡No podemos...!

—¿No podemos? —Mario la miró con una amplia sonrisa—. ¿Por qué no podemos, canija?

Los ojos azules de ella recorrieron a las tres personas que la contemplaban, expectantes.

—Es... apresurado, ¿no?

—Nosotros corremos con los gastos. Será nuestro regalo de boda —respondió una Isabel emocionada, y su emoción les embargó a todos—. ¡No me digáis que no! Luego, si queréis volver a casaros en España con vuestra familia, lo hacéis y se acabó.

Mordiéndose el labio inferior, Cristina observó a Mario.

—¿Tú quieres?

—No veo el momento de que seas mi mujer. Cásate conmigo, Cristina. ¡Ahora! ¡Ya!

—¡Pero estoy gorda!

—Estás preciosa.

Paseó de nuevo la vista por todos ellos. Charly sonreía al tiempo que se deleitaba con la sopa. Cristina asintió con firmeza.

—¡Sí! ¡Sí! —gritó—. ¡Nos casamos!

Mario salió de su asiento y la levantó de la silla. No pudo reprimirse y, aunque los padres de su futura mujer estaban delante, la besó con euforia.

—¡No lo puedo creer! —Cristina tuvo que despegar la oreja del teléfono ante el grito de Paula—. Ahh. —Se lamentó—. ¡¿Por qué me hacéis esto?! ¡Una boda en Las Vegas! ¡Estoy flipando! ¡Oh, Dios! No sabes lo que te odio en este momento.

—Yo todavía sigo en una nube. Ahora mismo soy la mujer más feliz del mundo.

—Ya verás cuando se enteren mis padres.

—Mario está hablando ahora con Raúl. Creo que os estáis enterando a la vez.

—¿Y tu padre?

—Ya se lo he dicho, y está feliz.

—Por favor, haceos muchas fotografías. ¡Quiero verlas!

—Te prometo que lo haré. Charly es el típico hombre que va siempre con la cámara de vídeo colgada al cuello.

—¿Qué ha dicho tu madre de que vuelves a España?

—Nada. Sabe que vendremos a visitarla siempre que podamos. Además, de momento no vamos a regresar.

—¿Qué me dices? —preguntó Paula sorprendida.

—Queremos esperar a que el niño nazca. Mario ha dicho que a tu padre no le va a importar que se coja unas vacaciones un poco largas.

—¡Claro que no! ¡Qué cojones! Para eso son los jefes.

Mario asomó por el dormitorio en ese momento. Cristina levantó los ojos azules hacia los suyos.

—Está aquí tu primo, ¿quieres decirle algo?

—Sí, anda, pásamelo que voy a ponerle las pilas por marcharse sin decir nada. Nos ha dado un susto de muerte. El único que lo sabía era tu padre.

Entregó el móvil a Mario y se echó sobre la cama, acariciándose el vientre. No podía estar más feliz con los acontecimientos de ese día. Le parecía increíble que él se hubiera recorrido tantos kilómetros para estar con ella, y más, que se fueran a casar al día siguiente en Las Vegas.

Charly podía presentarse allí en unas cuatro horas pero, por el estado de Cristina, decidieron que lo mejor iba a ser viajar en avión, cuyo trayecto no duraba más de una hora y cuarto.

—¿Qué piensas? —preguntó Mario dejando el móvil sobre la mesilla después de hablar con Paula y asegurarle de que estaba todo bien.

—Te has pasado la mayor parte del día en un avión y estás deseando meterte en otro.

Mario se sentó en el borde de la cama.

—Canija, tu madre me ha puesto a dormir en la habitación que hay frente a la suya, para que no pueda meterme en tu cama. ¿Qué quieres que haga? Mi única solución es casarme contigo cuanto antes.

—Ah, bueno, si lo haces por eso...

Él se giró y colocó las rodillas en el suelo, arrastró el cuerpo de Cristina hasta él para poder poner sus labios sobre la tripa.

—Lo hago porque no puedo vivir sin ti —murmuró contra su piel.

Cristina sintió el calor de su aliento. Alargó el brazo y enredó en sus dedos gruesos mechones de pelo castaño.

—Mario... me gustaría pedirte algo. —Él solo levantó los ojos para mirarla, intrigado—. ¿Sería posible que nos compráramos una casa nueva?

Alzó la cabeza y la miró con intensidad.

—Pensaba proponértelo yo.

La boca de Cristina formó una gran sonrisa. Sus ojos chispearon como si una miriada de estrellas se hubiera metido dentro de sus cuencas. Mario no pudo evitar levantarse hasta alcanzar su boca y besarla.

Capítulo 12

El paraíso existe

Por un impulso, Mario recogió unas cuantas pertenencias, las metió en una mochila y se puso en contacto con Héctor para averiguar la dirección de la madre de Cristina.

Mientras esperaba en el aeropuerto su vuelo, tuvo tiempo de arrepentirse de lo que iba a hacer, pero cada vez que echaba a andar un paso hacia la puerta, se decía que tenía que intentarlo.

El viaje se le hizo largo. Una y otra vez repasaba en silencio todas las cosas que pensaba decirle. Confiaba en poder convencerla de algún modo. Quería estar presente cuando su hijo naciera. Y si se tenía que aprovechar de esa circunstancia para estar a su lado, iba a hacerlo.

No se fijó mucho en el aeropuerto de Sky Harbor cuando arribó. Héctor le había dicho que Isabel iba a ir a buscarlo, y él se encontró en el vestíbulo, observando a todas las mujeres rubias que pasaban a su lado, esperando que fuera alguna de ellas.

Con paso ligero, Isabel llegó hasta él. Vestía una falda negra, recta hasta las rodillas que luego se abría en vuelo hasta un poco más arriba de los tobillos, y una americana negra entallada al cuerpo.

Si la primera vez que Mario vio a Héctor pensó que Cristina y él tenían el mismo color de ojos, tuvo que admitir que, en todo lo demás, era demasiado parecida a Isabel. El color de cabello rubio ceniza, la forma de su boca, el ángulo de su barbilla.

Más tarde se enteró, durante el trayecto hacia la residencia, de que Isabel había hecho sus pinitos como modelo. No se lo contó como si hubiera sido una hazaña, o pretendiera presumir; Isabel, aunque no en apariencia, ya que su elegancia era casi hasta majestuosa, era un mujer sincera y campechana, y desde el primer momento le dejó claro que lo único que le importaba era la salud y la felicidad de su hija.

Mario charló con ella. Le aseguró que quería a Cristina más que a nada en el mundo, aunque no profundizó en el tema de la ruptura. Eso no era incumbencia de nadie más que de él y de la joven.

Cuando entró en el dormitorio del bebé, sus ojos recorrieron con cariño y angustia los mismos

muebles y las mismas paredes que los de Cristina veían todos los días.

—Ya están aquí —había dicho Isabel al escuchar el rugido de un motor, para salir del cuarto y dejarlo solo, volviéndole a asegurar que Cristina pasaría por ese dormitorio.

Mario se mantuvo en silencio. Estaba nervioso y sentía la boca seca. Escuchó los pasos por las escaleras y dejó de respirar. Al otro lado de la puerta estaba Cristina, y no tenía ni idea de cómo iba a reaccionar al verle.

De pronto, la puerta de la alcoba se abrió. Ella entró sin hacer ruido alguno y, sin mirar, se giró para cerrarla. Seguidamente apoyó la cabeza en la madera y empezó a sollozar. Mario vio como ahogaba su llanto y, con el corazón apretado, observó los delgados hombros de Cristina agitarse.

—Esto no está bien —dijo dando un paso hacia la joven.

Cristina tardó unos segundos en volverse a él, e inesperadamente le echó los brazos al cuello.

Al contacto con su cuerpo se sintió vibrar. Su olor fresco embotó todos sus sentidos, y ni siquiera importó que ella le acusara de haberla dejado, cuando había sido al contrario.

Al día siguiente cogieron un avión para Las Vegas. Del aeropuerto al hotel tomaron un coche de alquiler con conductor.

Lo que peor llevaba Mario de todo aquello era el idioma. Chapurreaba el inglés del mismo modo que hacía Charly con el castellano. ¡Menos mal que existía el traductor de Google y las señas! Jugar a la mímica con la familia le había ayudado bastante.

En ese tema, Isabel era muy amable. Tanto ella como Cristina hacían todo lo posible para que se encontrara bien y a gusto, y eso era de agradecer.

Miró a Cristina, sentada a su lado en el asiento de atrás del coche, y otra vez se sintió feliz. Ella le agarraba la mano como si temiera que pudiera desaparecer sin avisar. Los ojos azules observaban la calle por la ventanilla de él y, de vez en cuando, los llevaba hacia los suyos, sonrientes, chispeantes como estrellas.

Mario notaba sobre su cuerpo el calor de su aliento al respirar.

—Estoy loco por ti —susurró sin poder contenerse—, siempre has formado parte de mí.

Los labios de Cristina brillaron en una sonrisa capaz de remover hasta lo más profundo de su ser, y alargó la mano que tenía libre para tocarle los cabellos. A Mario le gustaba cuando hacía eso.

—Te quiero —le dijo ella.

—Esta es la calle principal —avisó Isabel llamándoles la atención con un ligero carraspeo.

Todos miraron en ese momento hacia la derecha y vieron el cartel de *Bienvenidos a las Vegas, Nevada*. Más de una decena de personas guardaban cola para hacerse una fotografía junto a la señal.

Cristina apretó con más fuerza la mano de Mario y preguntó:

—No es obligatorio que te case Elvis, ¿verdad?

A él le atravesó el fuerte deseo de comerle la boca, pero su futura suegra lo vigilaba como Talos, el gigante de bronce que Zeus dio a Europa para que fuese el guardián de Creta. Se conformó con sonreír a su novia al tiempo que luchaba contra el impulso más primitivo de todos. No quería caer mal a Isabel, ni mucho menos avergonzar a Cristina.

—¡Elvis no! —reía Charly sentado junto al conductor.

—Aquí piensas en el imposible y se puede hacer —murmuró Isabel.

Más tarde, Mario dio la razón a sus palabras, justo cuando descendieron del coche frente al hotel The Venetian, un lujoso resort inspirado en Italia. Poseía restaurantes, spa, piscinas, casino y, por supuesto, paseos en góndola por simulados canales de Venecia que cruzaban puentes y la plaza San Marcos. Los gondoleros hacían todo el recorrido entonando melodías italianas.

Cristina le agarró del brazo, emocionada. Ambos se quedaron sin palabras ante tanta grandeza.

—Es una belleza, ¿verdad? —musitó Isabel observando el canal de aguas verdosas—. Podemos dar un paseo en góndola después de comer.

Charly les pidió que posaran para tomarles una fotografía. Cristina pasó la mano por la cintura de Mario, al tiempo que hacía lo mismo con su madre y sonreía a la cámara.

—Whisky —dijo Charly.

—Whisky —saltaron todos a la vez.

Luego le pidieron a un tipo, que estaba allí para eso mismo, que les hiciera una fotografía a los cuatro juntos.

Las Vegas era la ciudad que nunca duerme, la ciudad del pecado, pero también la de las propinas. Mario se dio enseguida cuenta de eso. Si un camarero te servía algo —en el casino las bebidas eran gratis—, debías darle propina. También al botones, al conductor, al ayudante de las maletas...

Le pidió a Charly que le ayudara a cambiar algunos euros por dólares. Aun así, tenía a Cristina muy pendiente y, en cuanto veía que se le iba la mano en generosidad, le cortaba las alas.

Subieron a dejar el equipaje y bajaron en seguida, con ganas de conocerlo todo.

Mario llevaba un pantalón de pinzas oscuro, camisa blanca y cazadora en color crema. Cristina vestía un jersey de punto holgado, pantalones premamá y un abrigo largo de punto que adornaba más que arropaba. Era la embarazada más bonita que había visto nunca.

Entraron a comer al restaurante del hotel Luxor, una pirámide de vidrio negro con más de cien metros de altura. A su lado se encontraba una gigantesca esfinge.

—Charly dice que cuando, salgamos de aquí, debemos ir a pedir la licencia para poder casarnos. A las doce de la noche cierran y, hasta mañana, no vuelven a abrir —comentó Isabel, dejando la cucharilla del café sobre el platillo—. Podíais ir tú y Charly —señaló a Mario con el dedo—. Cristi y yo deberíamos ir a echar un vistazo a algún vestido.

—¿Por qué? Con esto voy bien.

—¿No te hace ilusión estrenar algo?

Cristina frunció el ceño, dudosa.

—Anda, ve y cómprate algo bonito. —Mario se sacó una tarjeta de su cartera.

Cristina rehusó a cogerla.

—Será regalo mío —sentenció Isabel.

—¡No! No necesito nada. Me gusta mi ropa.

Mario se giró hacia ella y le puso la tarjeta en la mano.

—Cristina, quiero que vayas a echar un vistazo con tu madre. Si te gusta algo, lo compras, pero si tu prefieres ir así, por mí no hay problema, aunque pensaba alquilarme un chaqué de esos chulos.

—¿Estás hablando en serio?

—Nos vamos a casar en Las Vegas, pero es una boda que debemos tomarnos en serio. A partir de esta noche, serás mi mujer. —Acarició la mejilla femenina con un dedo hasta deslizarla bajo su barbilla y alzarle el mentón. Durante unos segundos, su mirada se quedó prendida de los labios rosados, que estaban ligeramente entreabiertos—. Y créeme que lo estoy deseando.

Ella se humedeció los labios con la lengua. Sus ojos se llenaron de deseo.

—¿Vas a besarme? —inquirió, sin apartar los ojos de él.

—No, no va a besarte. —La voz de Isabel hizo a Mario curvar los labios en una sonrisa.

—¡Mamá!

—Mamá nada. Termina ese flan y nos marchamos. —Cambió unas palabras con Charly y volvió la vista hacia Mario—. Nos vemos luego en el hotel. Nos vestimos y damos un paseo por los canales. Después... ¿Habéis pensado ya cómo queréis que sea la ceremonia?

Cristina negó con la cabeza. Por debajo de la mesa, apoyó la palma de su mano sobre el muslo de Mario con una sonrisa ladina.

—Eh...no —respondió él con la boca seca. Cristina había empezado a mover los dedos como si rascase suavemente algo que, poco a poco, iba ascendiendo por su pierna y sentía que lo estaba abrasando.

—En la ciudad hay cientos de capillas, pero como os he dicho antes, un montón de formas de casarse. Podéis hacerlo montados en un Cadillac rosa, o en una cafetería ochentera, una terraza al aire libre, un jardín, e incluso hay un sitio donde los novios ni siquiera bajan del coche y les casan a través de la ventanilla. Eso sin contar al típico Elvis.

Cristina alzó la mano de la pierna de Mario y observó a su madre, fija.

—Mamá, ¿cómo sabes tanto de este sitio?

—Alguna vez hemos venido a los casinos.

—Nunca me has dicho dónde os casasteis tú y...

Isabel se puso colorada hasta el nacimiento del pelo. Mario y Cristina rompieron a reír.

Charly se inclinó hacia adelante levantando las cejas. Quería compartir la broma. Isabel le contó. Él asintió.

—Nos casamos en un helicóptero —admitió Isabel—. Nos lanzamos al vacío.

Cristina empezó a reírse con tanta fuerza que la gente volvió las cabezas para mirarlos. Isabel trataba de hacerla callar.

Cristina contempló a Mario, divertida.

—Me niego a saltar desde un helicóptero. Perdería al niño por el camino.

Él estuvo completamente de acuerdo.

Poco después se levantaron de la mesa, cuando Isabel les terminó de contar cómo había sido su boda. Cristina se fue con su madre hacia las tiendas mientras que Charly y él fueron a por la licencia y los papeles que necesitaban. Después, alquiló un elegante traje compuesto por un pantalón de pinzas gris claro, chaqué azul, chaleco blanco y corbata plateada.

No podía negar que estaba nervioso. Iba a casarse por fin con su canija e iba a luchar para hacerla feliz. Quería volver a verla reír, quería demostrarle lo mucho que la amaba. Deseaba que jamás olvidase ese día.

Capítulo 13

Los días más felices

Cuando Cristina vio a Mario, se quedó atónita y sin palabras. Sabía de sobra lo guapo que era, tanto como un dios griego, pero estaba acostumbrada a verle vestir de calle, o elegante pero informal. Sin embargo, en ese momento era un verdadero dandi de ojos verdes. Se había peinado los cabellos hacia atrás y todo él llamaba la atención de una manera poderosa y brutal.

—Estás preciosa —dijo él al contemplarla.

Se puso colorada. Llevaba un vestido de seda beige cubierto por una gasa que hacía aguas. La prenda tenía cosidos pequeños puntos de plata que brillaban como estrechas fugaces, dependiendo del modo en el que incidiera la luz. De largo llegaba hasta el medio de las pantorrillas. Entre el vestido, los altos tacones en crema y una delgada chaqueta larga, que estilizaba su figura, se sintió atractiva a pesar de su estado.

—No puedo creer que vayamos a casarnos —dijo emocionada sin poder quitarle la vista de encima—. Esto es un sueño.

—El sueño eres tú —dijo ofreciéndole el brazo.

Caminaron así por la calle. Muy juntos, con los cuerpos rozándose. A Cristina se le vino a la cabeza el día aquel que salieron del pub. Qué lejos había estado ese día de imaginar cómo iba a acabar todo.

Charly e Isabel los llevaron hasta una capilla.

—Tenga, señorita. —Un hombre vestido de blanco de la cabeza a los pies, con un sombrero de copa a juego, la entregó un ramo de orquídeas blancas. Ella las olió. Sus manos temblaron—. Pasen por aquí. —Los llevó por el centro de un pasillo, donde a cada lado se abrían una fila de bancos adornados con rosas y lazos, hasta un gran arco repleto de rosas blancas y azules—. Ahora mismo vienen a officiar la ceremonia. ¿Son los testigos? —preguntó dirigiéndose a Charly e Isabel. Ellos asintieron y estuvieron hablando un poco con él.

Cristina cogió aire con fuerza y lo soltó despacio por entre los dientes.

—¿Estás nerviosa?

—Sí. Mucho. ¿Y tú?

—Un poco.

Ella se mordió el labio inferior, divertida.

—Mentiroso. Lo estás mucho. Es como cuando dices que no duermes y roncas.

Mario soltó una carcajada y levantó la mirada al techo. Cristina lo imitó para ver qué llamaba su atención. Sobre ellos, el techo era terciopelo negro tachonado de brillantes estrellas artificiales.

—Es bonito, ¿verdad? —musitó ella.

Ambos se miraron al tiempo.

—Lo es.

—Mario... todo esto es muy apresurado y...

Él la miró, alerta.

—¿No quieres casarte?

—No es eso. Es solo que sé que falta tu familia, y Héctor...

—Cristina, aquí está la única persona que me interesa que esté.

Los ojos azules se humedecieron.

—No me hagas llorar, ya sabes que estoy muy sensible.

Les interrumpió un señor de poco pelo, con gafas, vestido con un pantalón negro y chaqueta granate con solapas de purpurina. ¿Quién llevaba las solapas de purpurina, aparte de algunos presentadores de shows?

—Me dicen que oficie la ceremonia en castellano. ¿Están ambos de acuerdo?

Asintieron, emocionados.

En menos de quince minutos, Cristina se convirtió en la esposa de su *crush*. Él la besó bajo el arco y robó su voluntad cuando su lengua danzó con la suya.

—Si en España no fueran las cuatro de la mañana, te prometo que llamaba a Pauli por videoconferencia.

—Lo podrá ver todo —dijo Isabel acercándose a ellos para felicitarlos. Charly soltó la cámara de vídeo para hacer lo mismo.

—¿Sabéis dónde me apetece ir a cenar? —preguntó Cristina.

Mario se encogió de hombros. Charly asintió.

—*Hot dog*.

Ella sonrió.

—Qué pena que el Hard Rock casino cerrara hace unos años —informó Isabel sin disimular el tono de felicidad que ese hecho le producía.

—Pero seguro que encontramos una hamburguesería o algo de eso. ¡Estamos en América! —les hizo ver Mario.

Aunque a regañadientes, Isabel se puso de acuerdo con los demás, y ella misma le preguntó al señor del sombrero de copa, que supervisaba los lazos y las flores para la siguiente ceremonia.

Ya era de noche cuando salieron de la capilla. Cristina otra vez se volvió a coger del brazo de Mario, pero esta vez con fuerza. Necesitaba sentirlo cerca en todo momento. Estrujarlo, besarlo...

La hamburguesería estaba hasta los topes. Cuando entraron, fue como retroceder a los años cuarenta por la decoración. Había reservados, pero también mesas altas con banquetas de brillante aluminio, cuero y piel en tonos azules y blancos por todos los lados. El suelo era un damero gigante, en blanco y negro.

Mario se acercó a uno de los camareros, intercambió varias palabras y algunos billetes, y en seguida los guiaron hasta una de las mesas que acababa de quedar libre.

Isabel y Cristina se deslizaron sobre un banco de polipiel azul chillón, mientras que Charly y Mario se sentaron en frente. Con hamburguesas, pechuga de pollo marinada y costillas a la barbacoa, celebraron que se acababan de casar.

Al llegar a la habitación del hotel, Cristina estaba muy cansada. Lo primero que hizo fue sentarse en un sofá de dos plazas y quitarse los tacones.

—¿Te duelen? —Mario se arrodilló ante ella y, con suavidad, empezó a masajear sus pies.

Ella gimió dejando caer la cabeza hacia atrás. Sentía las manos apretando sus tobillos, deslizándose por las plantas, ejerciendo presión, frotando los dedos de uno en uno.

—¿Mario? —llamó entre ronroneos y suspiros.

—¿Sí?

—¿Crees que es posible que hagamos el amor? —Él dejó de moverse, por lo que Cristina abrió los ojos y lo miró con intriga—. ¿No te gusta mi...?

—No lo digas —cortó él—, sabes que me gusta todo de ti.

Prosiguió con el masaje, abarcando esta vez la parte de los gemelos.

Cristina, con los ojos entrecerrados, lo observaba intrigada. Lo conocía y sabía que tenía tantos deseos como ella. No podía ocultar el fuego en sus ojos verdes, ni la manera tan sensual en que se mordía el labio inferior.

Las manos de él continuaron ascendiendo por sus rodillas obligándola a separar sus piernas. Después, por el interior de sus muslos. Jadeó cuando sintió el roce de los dedos sobre su sexo. Lo necesitaba, en cambio él se lo estaba tomando con calma.

Según iba ascendiendo, iba arrastrando la falda del vestido, desnudando sus piernas hasta que no pudo continuar. Ella se incorporó lo suficiente para que lo subiera por encima de sus caderas y, al hacerlo y volver a bajar las manos, Mario se llevó consigo sus bragas.

Cristina gimió de nuevo y, una vez más, dejó caer la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrados. Sintió que Mario pasaba una de las palmas de las manos sobre su pecho y pellizcaba con suavidad uno de los pezones. Todo su cuerpo vibró al contacto. Notaba como todas sus moléculas se deshacían y dejó de pensar. Entonces él agarró sus muslos y hundió la cabeza entre las piernas.

Ella solo fue capaz de aferrarse a un puñado de cabellos castaños y echarse a temblar.

Mario gruñó, excitado. Sus labios asediaron el sexo de su mujer con hambre voraz.

Recorrieron cada rincón y cada pliegue de la piel ardiente y húmeda.

Cristina se mordió el labio para no gritar. No necesitaba que sus vecinos de habitación supieran qué era lo que estaban haciendo.

—Ven —dijo él poniéndose en pie. Se había despojado de la chaqueta y tiraba de su corbata para sacarla por su cabeza. La ayudó a levantarse y la guio hasta la cama. Desabrochó la espalda del vestido y dejó que ella se quitara la ropa mientras él hacía lo mismo y se echaba sobre la cama boca arriba—. Tendrás que hacerlo tú. Deberás marcar el ritmo.

Cristina escaló como pudo sobre él, totalmente excitada. Mario la sostenía de la cintura y la contemplaba como si fuera la primera vez que lo hacía.

Cuando ella se encontró cómoda sobre el fornido cuerpo, acogiendo el miembro masculino en su interior, comenzó a moverse sobre él, recorriendo el amplio torso con las palmas abiertas.

Con las manos en sus caderas, Mario la ayudó a imprimir el ritmo. Al principio suave, sin embargo, aquello no parecía ser suficiente para los dos. Hundió los dedos en la carne femenina.

—¿Esto es lo que querías? —preguntó haciendo que ella lo mirara a los ojos.

Cristina, mordiéndose el labio, asintió entre jadeos. Sí, aquello era lo que llevaba buscando desde que lo vio el día anterior.

Los dos días siguientes lo dedicaron a visitar la ciudad más a fondo. Los hoteles contenían espectáculos a todas horas. El casino New York incluso poseía una montaña rusa en su interior. Por supuesto, Cristina no pudo probarlo, y tuvo que ver, con envidia, como Charly y Mario repetían varias veces.

También montaron en góndola, jugaron al rojo y negro, al *blackjack*, y a las máquinas tragaperras. Charly tomó muchas fotos de todo.

En Phoenix, Cristina le enseñó a Mario, orgullosa, sus lugares favoritos. Quería que él supiese todo de ella. Su afición por montar a caballo, la comida en los puestos callejeros, observar los murales de pintura por las calles del arte..., y le prometió llevarlo a las montañas, mostrarle los parajes donde vaqueros e indios habían luchado en otra época.

A finales de febrero Cristina empezó a sentirse mal. Los médicos, que continuaban revisándola todas las semanas, dijeron que el bebé estaba comenzando a encajarse. Sin embargo, durante una monitorización, llegaron a la conclusión de que debían provocar el parto, ya que el niño estaba perdiendo demasiado peso.

Mario se sintió muy mal durante esos días. Solo Isabel hablaba su idioma y era la única que le podía traducir lo que los doctores decían.

Pasó miedo. No soportaba ver a Cristina con dolores, tendida en una cama. Sintió tantos remordimientos de haber provocado esa situación, que se prometió no volver a dejarla embarazada.

—Todo va a salir bien —le dijo Raúl a través del teléfono—. Es normal que te sientas así. Nos hubiera gustado mucho poder acompañaros.

Mario lo sabía. De haber estado la familia cerca, les habrían arropado y apoyado durante aquellos momentos difíciles.

—Ha llegado el momento —le avisó Isabel cuando una enfermera se detuvo antes ellos. Mario se despidió de Raúl prometiendo que le llamaría más tarde.

La mujer le entregó una bata azul y lo guio por los pasillos hasta llegar al paritorio. Isabel se había quedado a esperar fuera, y llamó a Charly para decirle que Cristina ya iba a dar a luz.

La sala era amplia, con paredes de azulejos blancos. A Mario le recordó algunas estaciones antiguas de metro.

Vio a Cristina en una camilla alta. Varios mechones rubios se habían pegado a su frente lisa y su rostro se encontraba perlado de sudor. Una enfermera le ponía los pies en los estribos.

Él se acercó con paso rápido hasta colocarse en el campo de visión de Cristina. Los ojos azules parecían aterrados.

Sacando valor y fuerzas de donde no tenía, Mario sonrió, guiñándole un ojo.

—Falta poco para conocer a nuestro hijo.

Ella tragó saliva y asintió:

—Sé que nunca hemos hablado en serio de cómo vamos a llamarlo —musitó en un hilo de voz—. Me gustaría que se llamara Santiago, como tu padre.

Los ojos de Mario se llenaron repentinamente de humedad. Había imaginado que Cristina deseaba llamarlo Héctor.

—¿Te parece bien, Mario?

Él asintió. Iba a contestarle que le parecía perfecto, pero entonces ella aguantó la respiración. Sus mejillas enrojecieron y de pronto soltó el aire junto con un lamento.

Ella sufría y él solo podía mirar y acariciar su cabello, mientras los médicos daban a la joven instrucciones de lo que debía de hacer. Mario nunca se había sentido tan impotente.

El grito de un bebé llenó la sala. Cristina dejó caer la cabeza hacia atrás, sonriendo satisfecha. Mario fue incapaz de apartar los ojos del diminuto cuerpo que la matrona colocaba sobre el pecho de la mamá.

El bebé no era muy grande. No alcanzaba los tres kilos, pero los sanitarios dictaminaron que estaba completamente sano y fuerte.

Cristina y Santiago estuvieron dos días ingresados en la clínica —Mario no se apartó de ellos—, y después se fueron a casa.

Capítulo 14

Un encuentro inesperado

Se quedaron dos meses más en Phoenix. Isabel y Charly estaban encantados con su nieto, al que malcriaban todo lo que podían. Para Cristina supuso un relax poder tener a su madre tan cerca, aunque se moría por ver a Héctor y presentarle a Santiago. Era tan bonito... Se parecía mucho a Mario.

En aquel tiempo, Mario y ella terminaron de reparar el Chevrolet de Charly. O, más bien ella, recibía clases magistrales sobre mecánica. Ya que, lo que más les gustaba hacer, se lo habían prohibido. Los médicos habían sido muy explícitos al decirles que las relaciones sexuales debían esperar cuarenta días mínimo.

El día que regresaron a España, Isabel y Cristina no pudieron contener las lágrimas mientras se abrazaban en el aeropuerto.

—Me da tanta pena que os marchéis... —dijo Isabel limpiándose con un pañuelo. Besó a Santiago, que dormía con placidez en brazos de Mario.

Las maletas ya estaban facturadas. Muchas de las pertenencias del niño no podían llevarlas por problemas de espacio, pero Isabel había quedado en enviarlas.

—Podéis venir siempre que queráis, mamá. Estaremos encantados de teneros. —Cristina se despidió de Charly y cogió a Santiago, que ni siquiera abrió los ojos.

Mario sostenía en el hombro una bolsa cargada con cosas del bebé. No entendía para qué Cristina llevaba tantos pañales encima, tanta ropa de cambio, polvos de talco, cremas, colonia, peines y, lo que era peor, un bote de kilo de leche en polvo, un par de biberones y un esterilizador si Santiago tomaba pecho. Ella le había dicho que por si acaso, y como estaba tan sensible esos días, no había querido llevarle la contraria.

El viaje de regreso a España se le hizo más corto que el de la ida. Cristina era muy conversadora y lo mantuvo bastante entretenido. También lo hizo Santiago, que dormía repartido entre los brazos de su padre y de su madre.

En el aeropuerto pidieron un taxi y llegaron a casa con ganas de enfrentar a todo lo que se les

pusiera por delante.

—A partir de mañana mismo comenzamos a buscar casa —prometió él mientras abría la puerta de su apartamento.

Cristina asintió. Pasó delante de él empujando el cochecito de Santiago, donde dormía tranquilo. Al traspasar el umbral del salón se detuvo, inmóvil. Sus ojos celestes recorrieron todos los adornos de Navidad que aún continuaban puestos en los muebles y en las paredes.

—No me apetecía quitarlos. Quedaron bonitos —comentó él dejando las maletas en la entrada. Ella frunció el ceño con una mueca.

—Quedaron como el culo.

—Eso no es cierto. —Vio que ella volvía a mirarlos—. ¿Qué piensas, Cristina?

—Me hubiera gustado tanto que nuestras primeras Navidades fueran tan especiales...

Él la abrazó y hundió los labios en su cabello, por encima de su oreja.

—Lo serán. Todavía no hemos pasado ninguna juntos.

Ella asintió, apenada.

—Me siento ridícula e infantil.

Mario la hizo volverse hacia él.

—Te amo por cómo eres, por todo lo que haces. —Desvió solo unos segundos sus ojos verdes hacia el bebé y de nuevo los puso sobre ella—. No hemos tenido unas Navidades especiales, pero no me puedes negar que nuestra boda ha sido espectacular.

«De cuento, no», pensó Cristina. Pero espectacular y original lo había sido sin duda.

—Tienes razón.

—Además, por mi parte no quiero volver a celebrar ninguna otra boda, al menos de momento. —Rodeó su talle y empujó su cuerpo contra el de él. Cristina volvía a lucir preciosa. Los pechos tal vez estaban más llenos y las caderas más redondeadas, pero eso le encantaba—. Podemos invitar a la familia a cenar o a comer un día, y ya está.

—Me parece estupendo, y cuando cumplamos las bodas de plata, podemos ir a renovar juramentos a Las Vegas. —Se encogió de hombros—. Puede que me guste lanzarme desde un helicóptero.

La besó apasionado. Con ella se sentía capaz de hacer cualquier cosa.

Se inclinó para cogerla en brazos y llevarla a la cama. En ese momento sonó el timbre.

Con un suspiro se apartó de ella. Le habría gustado fingir que no estaban en casa, pero no podía hacerlo. Su familia estaba deseando conocer al nuevo miembro.

Durante semanas estuvieron visitando viviendas hasta que, finalmente, se decidieron por una casa adosada en un barrio no muy lejos del taller.

El día de la mudanza todos los familiares se ofrecieron a ayudarlos y en el mes de mayo ya

estaban completamente instalados. Para esa misma fecha, Eva cumplía años y, como era diario, quedaron en la cafetería cercana al taller para merendar y que Raúl y Mario pudieran escaparse para acompañarlos.

Cristina estacionó el coche y sacó toda la parafernalia de Santiago cerca de la puerta del taller. Mientras montaba el cochecito, Mario se acercó corriendo a ella, evadiéndose unos segundos de sus tareas, para besarla. Raúl también lo hizo, él para ver al pequeño.

—No vamos a tardar mucho, Cristina. Ve pidiendo para mí unas tortitas con chocolate y nata, y café.

—Lo mismo para mí —dijo Raúl.

La joven entró en el local y, al poco tiempo, llegaron Eva y Paula. Ocuparon una de las mesas que estaba en el fondo.

—Cris, ¿café o descafeinado? —preguntó Paula.

—Descafeinado, o de lo contrario Santiago, tras su toma, es capaz de bailarnos unas sevillanas.

Eva sacó al niño de su silla y lo sentó sobre sus rodillas.

—Yo también descafeinado, que luego no duermo.

Paula se encargó de pedir y se acomodó junto a Cristina. Posó una mano sobre la de su amiga —ahora prima.

—Cris, me alegro mucho de que no me hicieras caso.

—¿Sobre qué?

—Sobre el aborto.

Cristina se encogió de hombros con indiferencia.

—Era una decisión difícil. Créeme que, de no haber estado enamorada de Mario, no lo hubiera tenido.

Eva asintió.

—Nunca lo había visto así. Está loco por ti.

—Fueron momentos muy complicados que tenemos que olvidar. Debo aprender a ser menos celosa, y a preguntar antes de largarme sin más.

—Eso se aprende con la edad.

—Pues yo creo que hubiera reaccionado muy mal. Por lo pronto, en este momento, Carla estaría completamente calva. Hubiera barrido con ella la calle.

—¡Pauli!

—Lo digo muy en serio.

Mario y Raúl aparecieron. Alcanzaron a escuchar la última frase de Paula.

—¿Qué es lo que dices muy en serio? —preguntó Mario sentándose al otro lado de Cristina.

—Cosas nuestras —respondió su prima—. Decía que soy persona de perder la paciencia pronto.

Cristina rio.

—Y de tener muy mal... —guardó silencio. Sus ojos se quedaron enganchados en la mujer que acababa de entrar en la cafetería y que, alzando el cuello, parecía buscar a alguien con la vista.

—No lo puedo creer —susurró Paula al descubrirla.

El resto de la mesa también vio a Carla. La mujer se acercó con paso decidido y se detuvo delante de ellos. El maquillaje tan oscuro, las ropas negras y la corta minifalda que apenas cubría sus nalgas, llamaban la atención tanto como si una estrella de cine acabara de entrar en el local.

—Mario, necesito hablar contigo. Tienes que hacerme un favor.

El corazón de Cristina dio un vuelco brutal, y observó a su marido, preocupada. Él observó a Carla con una fría expresión.

—Ahora no puedo, estoy muy ocupado.

—Mario, por favor, te lo suplico.

Cristina puso una mano de dedos largos sobre el antebrazo del hombre. Hacía escasos segundos había dicho que tenía que aprender a convivir con los celos, y eso mismo era lo que se proponía hacer.

—Tal vez deberías ir a hablar.

Mario sacudió la cabeza.

—No.

—Es importante —insistió Carla.

La tensión era tan fuerte y tan palpable, que parecía poder cortarse con un cuchillo.

Cristina suspiró.

—Mario, ve a ver qué quiere y zanja este asunto del todo. Yo voy a estar aquí cuando vuelvas. Lo prometo.

Él lo pensó durante unos largos segundos, se puso en pie e indicó a Carla un lugar en la barra.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó sin andarse con rodeos.

—He oído decir que te has casado. ¿Es verdad?

Mario asintió.

—¿Qué quieres?

—¿Aun tengo alguna posibilidad contigo?

—No. La perdiste hace mucho tiempo.

Carla apretó los labios con disgusto.

—¿Quieres de verdad a esa...?

Con un puño, Mario golpeó el mostrador, no tan fuerte como hubiera querido, pero lo suficiente como para que cualquiera adivinara que no le gustaba aquella conversación.

—Se acabó, Carla. No me interesas. En realidad, lo nuestro fue una gilipollez. Me gustabas como amiga. Pero ahora, ni eso. No sé qué es lo que habrá pasado en tu vida, pero te aseguro que ni siquiera me importa.

—Sin embargo, ella sí. —Rio, irónica—. Tienes que saber que una mujer de verdad me hubiera enfrentado aquel día en tu casa, después de todas las cosas que le dije, en cambio ella te

abandonó sin siquiera hablar contigo. ¿Por qué estás con ella? ¿Por el niño?

—Una mujer de verdad me daría espacio y me dejaría elegir. Jamás me retendría con un crío. Una mujer de verdad, cuando ama, no traiciona.

Carla se enfadó.

—¿Me lo echarás siempre en cara?

—No. ¿Sabes lo más gracioso? Que, desde hace mucho tiempo, ni siquiera me importa.

—Me arrepiento muchísimo de lo que hice. No hay día que no piense en ello.

—Yo, en cambio, lo agradezco. Y ahora, si no te importa, me gustaría ir a merendar con mi familia.

—De acuerdo —dijo, altiva—, pero si alguna vez te apetece buscarme...

Mario la miró con desfachatez antes de darle la espalda y regresar a su sitio. Cristina le buscó los ojos.

—¿Todo bien?

—Todo perfecto. —Sonrió y levantó una mano hacia el camarero—. ¿Dónde están esas tortitas?

Epílogo

Tres años más tarde

Era sábado por la mañana y el taller tenía bastantes clientes. Todos trabajaban a destajo, y hacía poco más de media hora habían dicho que ya no cogerían más coches para ese día.

—Mario, ¿tienes ya listo el BMW?

—Lo tengo. ¿Has pasado por la caja?

El hombre que buscaba el coche asintió.

—Sí, y me han dicho que tú tenías la llave.

Mario echó un rápido vistazo hacia la oficina. La puerta estaba abierta y el empleado que cobraba las facturas le hizo un movimiento afirmativo de cabeza.

—Tienes que tener cuidado con dejar la música con el motor apagado, porque te vas a quedar sin batería enseguida —le dijo al tiempo que se buscaba la llave entre los múltiples bolsillos de su pantalón. En ese momento cayó en la cuenta de que Cristina había sido la última en tenerla.

Buscó con la vista a su mujer hasta descubrir dos pies pequeños que asomaban debajo de una furgoneta.

—Cristina, ¿te di la llave del BMW?

—Sí, la tengo yo —respondió saliendo. Se puso de pie con agilidad y se limpió las manos en un trapo. Mientras caminaba hacia él, buscó las llaves en el bolsillo del pantalón. Levantó la vista al llegar a su altura, y sus ojos azules se dilataron al ver a su acompañante.

—¡Tú!

Mario se giró hacia el hombre rubio, intrigado.

El hombre también se sorprendió al verla. Dio un paso hacia atrás.

—¡Yo no fui!

Mario los observó a los dos. ¿De qué conocía ese capullo a Cristina? ¿Qué es lo que decía él que no había hecho?

—¡Sí que fuiste tú! —exclamó ofendida—. ¡Me drogaste en la discoteca!

—¿De modo que tú fuiste quien le echó aquello en la bebida? —preguntó Mario en un

peligroso tono de voz.

El rubio alzó las manos en actitud defensiva.

—De verdad que yo no sabía que mi amigo iba a hacer eso. No tenía ni idea.

—Ya lo habíais hecho otras veces —le recordó con un murmullo frío.

—Te lo prometo, de verdad. Déjame que te explique.

—A nosotros no tienes que explicarnos nada. En su día se cursó la denuncia. Le pasaré tu dirección a la policía y les cuentas lo que quieras —informó Mario.

Cristina le dio las llaves a su marido y salió con largas zancadas del taller, sin disimular lo enfadada que estaba por haber visto a ese tipo.

Mario le entregó la llave.

—Toma, y la próxima vez no vuelvas por aquí.

El rubio se montó en su coche, arrancó el motor y salió despacio, cuidando de no atropellar a nadie. De pronto, vio que un enorme tráiler se le echaba encima. Frenó a pocos centímetros de la carrocería del BMW, con un estrepitoso chirrido de frenos.

Con piernas temblorosas, el rubio salió del coche dispuesto a increpar al dueño del camión. Mario lo siguió y, divertido, contempló a Cristina bajar de la cabina con aire chulesco. El hombre, al descubrirla, y al darse cuenta de que todo el mundo lo miraba, se metió de nuevo en su coche y se marchó.

Mario caminó despacio hasta la joven.

—No has podido resistirte, ¿eh?

—Tenía que hacerlo —susurró ella.

—¿Qué te parece si nos vamos a casa y dejamos que estos acaben con el trabajo?

—Sí, porque hay algo que tengo que decirte.

Él arqueó las cejas y rodeó su cintura con un brazo.

—Tú dirás.

—Quiero tener otro hijo.

—Ya hemos hablado de eso, Cristina. No quiero que vuelvas a pasar por lo de la otra vez.

—¡Pero es que eso no es decisión tuya! —Él frunció el ceño y ella continuó diciendo—: Al menos, no toda tuya. Tendremos que discutirlo entre los dos.

—Pues habrá que discutirlo, canija.

Aunque Mario sabía que esa batalla también la tenía perdida. Si su *crush* quería volver a ser mamá, no iba a ser él quien se lo impidiese.

Fin

Nota de autora

La inspiración de esta novela corta llegó sin previo aviso. Los personajes se metieron dentro de mí y me sedujeron de tal modo que no pude evitar escribir su historia.

Cristina es un personaje que aparece en la novela de *Un escocés despistado para la chica de al lado*, perteneciente a la serie de Adonis House. De hecho, ella nació mientras Sean se iba abriendo un hueco en mi cabeza y se montaba su propia historia.

No es una novela con muchas pretensiones. Siendo sincera, no tengo ninguna. Simplemente surgió de pronto, y los personajes se hicieron tan reales, que tuve que sacarlos a la luz.

Espero que a los lectores les entretenga y les haga pasar un rato agradable. Por eso quiero dedicarla, precisamente a ellos, vosotros, nosotros, a los lectores.

*Podrán romperte los sueños,
Podrán hacerte llorar...
Pero siempre podrás
Soñar una vez más*

(No sé de quién es esto, es una frase que leí por la red y me gustó mucho)

Si te ha gustado
Porque tú eres mi Crush
te recomendamos comenzar a leer
Tú, mi loca aventura
de *Girl-chick*



Ella

Una chica inexperta, desilusionada del amor, obstinada, mimada y muy caprichosa.

Él

Un adulto experimentado, pero incapaz de amar a alguien, y lleno de vicios y adicciones que esconde detrás de una linda y arrogante cara.

1. Un comienzo

Como un leve murmullo, Math percibió el sonido lejano de alguien que lo llamaba, trató de moverse y fue en vano. Ni sus manos, ni sus pies, ni ninguna parte de su cuerpo parecían responderle. De repente se sintió tieso y lejano, como la voz que poco a poco también se iba desvaneciendo en su cabeza. Trató de abrir los ojos, pero sus párpados le pesaban como si cargara toneladas de acero en ellos. Su garganta se cerró impidiéndole hablar. No podía hacer nada, se empezó a agitar, de repente se sintió *morir*.

—¡Math, despierta! —La repentina voz irrumpió en su cabeza causándole un dolor infernal, sintiéndola casi estallar—, ¡Math, despierta de una maldita vez! —La escuchó más fuerte y luego sintió cómo le zarandeaban. La sensación se hizo más palpable y su cuerpo se llenó de euforia por sentirse *vivo*.

Su respiración aumentó, el sudor empapando todo su cuerpo le despertó y sus ojos se abrieron de forma desorbitada. Lo estaba, se recordó nuevamente. Su viaje tenía retorno y, aunque

muchas veces no ansiaba tenerlo, la culpabilidad le invadía por desear lo contrario. Siempre se hallaba en esa disyuntiva de su vida. Le gustaba y al mismo tiempo le aterraba estar en la línea entre ser y estar, o no ser y no volver a estar. Todo estaba borroso ante sus ojos, hasta que su vista se fue despejando y el rostro de la persona que le estaba zarandeando para traerlo de vuelta a la realidad, poco a poco, se materializó frente a él.

Era Lianna, su hermana menor.

—¿Qué sucede? —preguntó llevando su mano a su cabeza. Esta seguía doliendo.

Ella le miró muy enojada.

—¡Dios, Math! Creí que no ibas a despertar, por poco y llamo al 911 —farfulló su hermana, furiosa.

Exhaló hondo normalizando lentamente su respiración. No iba a aseverarle nada, porque a pesar de cómo se veía y, aunque era mayor que ella, le hacía sentir y verse muy inferior. Él no tenía *tatuajes* que hicieran avergonzar a su padre, como alardeaba; pero sí tenía vicios. Vicios que lo llevaban al borde de la sobredosis cuando se lo proponía, y que quizás algún día le matarían. Lo sabía muy bien. Ella se incorporó de pie y caminó alejándose del sofá donde se hallaba tirado como otras veces. Solo que esta vez sí se había extralimitado. Se alejó de él. Le dio la espalda cruzándose de brazos, mostrándole su enojo.

—Deja de exagerar, no pasa nada —bufó sentándose o tratando de hacerlo, la cabeza siguió doliéndole y el cuerpo le pesaba—, solo estaba dormido —añadió.

Su hermana resopló fuerte dándose la vuelta hacia él. Ambos sabían que mentía.

—Un día de estos vas a matarte con una sobredosis de esa porquería que te metes, porque no habrá nadie que te despierte para saber si estás bien o no —le espetó ella con el enojo palpable en su voz.

Math masajeó su nuca varias veces tratando de concentrarse. Miró hacia la mesa y pensó que tenía perdida la batalla con la razón; pero no iba a aceptarlo. Era un desastre de persona y ni él mismo entendía por qué había caído tan bajo. O sí lo sabía, pero era más fácil obviarlo que aceptarlo; no obstante, prefería no enfrentarlo y mantenerse como un fiel retrato de Dorian Grey, apuesto por fuera, pero podrido en algún lugar de sus adentros. Su espejo no estaba escondido en un ático, cargaba siempre con él y se miraba en él todos los días.

—¿Crees que a alguien le importe? —masculló la pregunta con un deje de humor negro.

Dejó caer su espalda contra el espaldar abullonado del sofá y la miró. Ella era su contraparte, ambos compartían muchos rasgos de Katharine, su madre; pero ella sabía cómo exponerlos, él no. Reconoció que se comportaba mucho más adulta que él cuando se suponía que era él el que llevaría las riendas de todo; no obstante, se estaba quedando atrás. Muy atrás. Era una mentira que él mismo se creía y, al final, solo se estaba autodestruyendo.

—A Nath le importa, acabas de asumir su puesto en la empresa —le recordó con algo de ironía en su voz.

Eso le hizo abrir los ojos que aún le pesaban.

—Me pregunto por qué me lo ofreció.

Ni el mismo lo entendía, ¿o sí? Talló su frente sudada con la palma de su mano.

—Deberías preguntarte por qué aceptaste —ella inquirió y él la miró achinando sus ojos.

Su cabeza dolió de nuevo; sin embargo, tenía razón.

¿Por qué aceptó de buenas a primeras su ofrecimiento?

Su padre no le había echado de su empresa, no fue lo que le dijo, pero sí lo que entendió. Tal vez, en el fondo, solo quería intentarlo como lo hizo su hermana. Solo que no se demoró tanto como él. Siempre excusándose para dar los pasos que necesitaba para superar su propia crisis. Eso le hizo redescubrirse como un inútil, y quizás hacer lo contrario le llevara a hallar la esperanza que necesitaba para superarse a sí mismo y, cuando se redescubriera nuevamente, ya no fuera el despojo humano en el que se estaba convirtiendo.

¿Aún tendría una salida? Se preguntó por enésima vez.

Quizás la respuesta yacía en la misma que estaba esperando Lianna. El sencillo anillo que llevaba puesto llamó su atención. La conocía muy bien, ella no era de usar joyas, solo pendientes, y siempre pequeños, por lo tanto, ese anillo debía significar algo especial. Pensó que, sin duda, se lo había regalado Nathaniel. Levantó su mirada de su mano y la miró a los ojos. Todavía mostraban mucho enojo por él, pero también reconocía la compasión, detrás de ellos.

—Tal vez solo quiero una oportunidad de redimirme conmigo mismo —dijo finalmente, y lo aceptó, era su misma respuesta.

Su vida era una constante de locas aventuras y estaba cansado. Siempre queriendo morir en alguna, pero en el fondo anhelando que alguna de ellas fuera su salvación. Su vida era una estúpida ironía, pensó con desazón en el pecho y en el estómago.

—Entonces, piensas que acaban de darte una. —Su hermana rompió su cavilación, le hizo mirarla atentamente. La vio bonita y sus ojos claros, como los de él, ahora mostraban un tenue brillo, como si fuera un atisbo de esperanza—. No tenía idea de que pensara ofrecerte su antiguo puesto, pero si lo ha hecho no creo que sea para llevarle la contraria a nuestro padre. Creo que puedes tomar esto como un reto para ti mismo.

—¿Eso crees tú?

—¿Y tú que crees? —le refutó imponente, fiel a su estilo.

Siempre imperante, nunca doblegada. Ella, a diferencia de él, hacía lo que quería, aunque no pudiera quitarse la sangre Davenport de las venas. Al final, ambos sabían quiénes eran.

—Que tal vez tienes razón —respondió—, por eso haré lo posible por no defraudar a tu novio.

—Que gracioso.

—¿No es tu novio? —Mathladeó su rostro y enarcó sus cejas, interrogante.

—Sí-í, sí lo es, ¡bien!

Eso le hizo bufar, su hermana también tenía fama de testaruda. Reconoció que, si bien tenía rivalidades con Nathaniel, no le odiaba. El hombre le caía bien. Era de palabra, correcto, y a él le gustaban las personas correctas. Y esa era de las pocas cosas que todavía admiraba en los demás

y que siempre trataba de replicarlo. Daría lo mejor de sí, aunque con sus planes autodestructivos de vida, no tuviera certeza de cómo acabaría *todo*.

Sabe que su *crush* es inalcanzable, que nunca será para ella, pero ¿y si es solo suyo por una noche?



Cristina está enamorada de Mario desde que tiene uso de razón. Es su persona especial, su amor platónico. Su crush, que es como se dice ahora.

Sabe que él nunca verá en ella a la mujer que es, sino a la amiga de su prima y a quien, de forma cariñosa llama canija. Y por una parte, está bien que él la vea así, de ese modo no usará con ella sus artes de seducción, ¡pues solo eso le faltaba!

Pero Mario no es tan mujeriego como la gente cree. Nunca ha engañado, y mucho menos ha tratado mal, a nadie. Sin embargo, es consciente de la fama que se ha creado y de lo que todos cuentan de él. Por ese motivo, sabe que no debe acercarse a Cristina como un hombre se acercaría a una mujer. No obstante, no puede remediarlo y lo hace.

Deciden que será tan solo una noche especial para los dos... Luego la vida volverá a ser normal. ¿O quizá no?

Sandra Bree (Sandra Palacios) es una ávida lectora desde que era muy jovencita. Sus novelas preferidas son las románticas, ya sean históricas, contemporáneas, paranormales y juveniles. Aunque en su biblioteca personal tiene una amplia gama de géneros, suspense, policíacas... Nació en la primavera de 1971 en Madrid capital y vivió sus primeros años en el castizo barrio de Lavapiés. Luego se trasladó al sur de la comunidad, donde realizó sus estudios. Ahora reside allí con su marido y sus tres hijos. Ama la naturaleza, es adicta a la coca-cola y ha publicado varios libros hasta la fecha.



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Edición en formato digital: julio de 2021

© 2021, Sandra Bree

© 2021, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño portada: Bárbara Sansó Genovart

Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18724-07-7

Composición digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks

Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros

Instagram: somosselecta

Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En [Penguinlibros.club](https://penguinlibros.club) encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



[Penguinlibros.club](https://penguinlibros.club)



   [Penguinlibros](#)

NOTAS

Capítulo 2

[1] Persona especial

Índice

Porque tú eres mi Crush

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Epílogo

Nota de autora

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Sandra Bree

Créditos

Notas